

J. ALVAREZ



LA NIÑA DE LA TANAGRA
Por Julio Romero de Torres

50 Cts

¡IMPORTANTÍSIMO!

La Biblioteca Estudios tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina integro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos por tanto a los lectores de Estudios compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a Estudios en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de Estudios tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los

gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago por anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS. Los suscriptores de Estudios deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

Generación Consciente, por Frank Sutor. —Engendrar hijos cuando no se dispone de medios suficientes para nutrirlos y educarlos debidamente, no sólo es una imprudencia y una vergüenza; es una infamia; es un crimen que sólo la ignorancia y la estupidez humana pueden disculpar. La misión del hombre es dar vida, vida de esplendor y de optimismo, y no vida miserable, de languidez y degeneración física y moral. En el hombre debe imperar la voz de la razón y no la del instinto grosero. Leed este librito y evitaréis el hacer más víctimas inconscientemente. Con varios grabados sobre la fecundación.—Precio, 1'00 pesetas.

Huelga de Ventres, por Luis Bulfí. —Medios prácticos para evitar las familias numerosas.—De las comparecencias del autor ante los tribunales resultan las resoluciones siguientes, que declaran que estos medios: *No constituyen ofensas a la moral pública*. Juicio por Jurados, 16 de marzo de 1906; *No son pornográficos*, Juicio por Jurados de 7 de junio de 1907; *La publicación de los medios preventivos de la fecundación no produce escándalo público*. Juicio por Jurados del 2 de julio de 1908; *No constituyen delito*. Sentencia del Tribunal de Derecho, fallo absolutorio. Juicio del día 15 de junio de 1912. (Audiencia de Barcelona, Sección de lo criminal).—Precio, 0'25 pesetas.

Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor.

Recomendamos la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación.—Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shun* a cuatro tintas, 3'50 pesetas; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

El veneno maldito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.— Precio, 1 pta.

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades cénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

¿Maravilloso el instinto de los insectos? Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lurot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.— Precio, 0'30 pesetas.

La virginidad estancada, por Hope Clare. —Una mujer que expone al mundo su corazón, acerado por la incompreensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 pesetas.

Almanaque de GENERACIÓN CONSCIENTE para 1928.—Precio, 1 peseta.

Almanaque de ESTUDIOS para 1929.—Son estos almanaques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 peseta.

La tragedia de la emancipación femenina, por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

Eugénica, por Luis Huerta.—Mucho y muy bueno se puede aprender de este libro, en el que brilla, entre los temas propios de la finalidad de la obra, el amor al Naturismo, del que prácticamente es don Luis Huerta un devoto admirador y ejemplo viviente de su excelencia.—Precio, dos pesetas.

Libertad sexual de las mujeres, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que J. R. Barcos trata las cuestiones del sexo es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Blasco Ibáñez). Está en prensa actualmente la tercera edición española.

El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier. — El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

La Muñeca, por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario. — Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 pesetas.

Maternología y Puericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.

Amor y Matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y la educación de la mujer y lo falso de su conal de la vida, mostrando a la vez su alma feupia y pura, su espíritu abnegado y decidido

y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 pesetas.

Cuentos de Italia, por Máximo Gorki.—Los que no han leído este libro del gran escritor ruso, desconocen uno de los aspectos más interesantes de su personalidad artística y social. *Cuentos de Italia* es un bellissimo florilegio de narraciones dramáticas en las que el alma italiana se descubre por entero en todas sus complejidades y matices. La hondura psicológica que es peculiar en los escritores rusos, puesta en estos temas occidentales, maravilla en gran manera. Lo que más admira en este librito singular es la variedad de los asuntos y el hecho de que todos estén tratados con insuperable maestría. Pocos viajeros han dicho cosas tan interesantes y tan justas de ese país tan lleno de materiales para obras literarias. Gorki se ha superado a sí mismo en estos cuentos, que ningún lector atento debe desconocer.—Un volumen en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo, por Máximo Gorki. — Pocos son los escritores que en circunstancias difíciles logren imponerse de un modo tan rápido y absoluto como Máximo Gorki. La obra del glorioso novelista es una de las más interesantes que ha producido la literatura contemporánea. *Cómo se forja un mundo nuevo* es un libro que ha de interesar por lo que nos revela acerca de la revolución rusa y la nueva forma política y social de aquel pueblo, y porque sus páginas están impregnadas del entusiasmo ardoroso que Gorki ha tenido siempre en la libertad económica y moral de la raza humana. Este nuevo libro de Gorki aclara muchas dudas, desvanece equívocos y contribuye a difundir una idea más exacta y justa de lo que es el actual estado de Rusia y de lo que puede ser en el porvenir.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

Anissia, por Leon Tolstoi.—Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentirse profundamente conmovido. Un libro que guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad.—Precio, 3 pesetas.

La filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 pesetas.

Entre los muertos, por Elías Castelnuovo. — Precio, 2'50 pesetas.

Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 Ptas.

Ideología y táctica del proletariado moderno, por Rudolf Rocker.—Muerto Kropotkin, el más alto exponente de las ideas libertarias que éste preconizó durante toda su vida es Rudolf Rocker, ya ventajosamente conocido del lector de lengua española, por los muchos escritos suyos que han circulado por España y América. El volumen *Ideología y táctica del proletariado*

moderno es lo más fundamental que se ha escrito en los últimos tiempos acerca de las luchas que el proletariado sostiene y habrá de sostener con sus enemigos de toda especie, que no son pocos. Libro serio, hondo, pensado, denso de doctrina y de ideas, no son éstos sus mayores méritos, con serlo de primera categoría. Su mayor mérito es la claridad y la sencillez, prendas de que no gozan otros libros, interesantes pero abstrusos. Rocker escribe pensando en los obreros, y se esfuerza por que éstos le comprendan acabadamente, lo que logra por entero. El libro, cuidadosamente traducido por Diego Abad de Santillán, ha sido muy bien impreso y muy bien presentado, lo que avalora aún más su mérito.—Precio, 3 pesetas.

La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico, por Pierre Ramus.—*Mi libro rompe el tejido de una pérfida conspiración* — dice el exponente más activo en Austria, del anarquismo, Pierre Ramus.— *Cuando tuvo lugar en los gloriosos días de Octubre-Noviembre de 1918 el magnífico derrumbamiento del militarismo austro-húngaro y de su bestialidad, entonces había llegado el momento especial para la realización de la libertad y el bienestar para todos.* He aquí, pues, explicado en pocas palabras el origen y el móvil principal de este libro. Ramus, con una visión clara y amplia de los principios que defiende, que han constituido sus veinte años de lucha incansable y tenaz, plantea en croquis certero y contundente los estamentos sólidos y lógicos de la sociedad del porvenir para que en las conciencias libertarias se consolide la misión esencial a realizar en momentos oportunos como los que señala, y que pasaron inaprovechados por incapacidad e imprevisión. Este libro lo reputamos de importancia extraordinaria, y recomendar su lectura es hacer labor eficaz y de gran trascendencia.—Precio, 3 pesetas.

El alcohol y el tabaco, por León Tolstoi. — Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que oscurecen la conciencia del mundo.—Precio, 1 peseta.

Ideario, por Enrique Malatesta. — De la enorme producción intelectual de Malatesta, dispersa en periódicos, revistas y pequeños opúsculos, casi nadie se da perfecta cuenta. Parece que el gran revolucionario fuese sólo un simple hombre de acción. Lo es, sí, un hombre de acción, y admirable. Pero también es un hombre de pensamiento, y no de menor categoría que como hombre de acción. Este *Ideario* que hemos editado es buena prueba de ello. Hasta los mejores conocedores de Malatesta tendrán sorpresas con él. Se ha puesto en su traducción y ordenación sumo cuidado. Así, vemos desfilan por las páginas, apasionadas y ardorosas, en las que palpita el hombre de acción, todas las opiniones de éste, interesantes y valiosas siempre, sobre todos los problemas de la vida, sobre todas las luchas en que se empeñan los hombres, sobre los conflictos más hondos que se plantean en la conciencia de cada hombre, y más cuando éste siente el deseo de que la humanidad sea, en lo posible, feliz. *Ideario*, sencillamente, es un gran libro.—Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

La vida trágica de los trabajadores, por el doctor Feydoux.—Excelente documentación, henchida de rebeldía contra los males que padecen los obreros, de todas las miserias, dolores, lágrimas y sufrimientos que, como un rosario sin término, soportan los trabajadores. Interesantes detalles de catástrofes y accidentes que podían ser evitados y que no se evitan por la avaricia y la inhumanidad de los explotadores. Curiosas re-

velaciones de cómo en muchas de sus ocupaciones los obreros se envenenan poco a poco. Libro doloroso y verdadero que no debe faltar en la biblioteca de ningún trabajador, ni de nadie a quien la suerte de los trabajadores preocupe e interese.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3'50 pesetas.

La Ética, la Revolución y el Estado, por Pedro Kropotkin. — La personalidad de este célebre escritor revolucionario es demasiado conocida de los lectores de lengua española; esto nos excusa de hablar aquí de él, aunque nunca sería excesivo lo que se dijera. Sólo llamaremos la atención de los que gustan de las lecturas sociales, sobre la importancia de este volumen, en el que se reúnen, por vez primera en castellano, tres de los estudios más famosos del gran escritor. Analizar cada uno por separado sería tarea dilatada. Vale más que el lector, por sí mismo, se forme un juicio, conociendo estos estudios, esmeradamente traducidos. Las opiniones de este gran hombre sobre la moral, sobre la revolución y sobre el Estado, son de un valor seguro e imponderable.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

La Universidad del Porvenir, por José Ingenieros.—En esta obra es donde con mayor relieve destacan el talento y la elevada personalidad moral del gran humanista.—Precio, 1'50 pesetas.

Los hermanos Karamazow, por el novelista rusoedor Dostoiévski. — En *Los hermanos Karamazow* es donde la personalidad del formidable moderno escritor Dostoiévski se destaca con más relieve, adquiriendo las gigantescas proporciones de los grandes autores de la antigüedad. La forma poemática en que esta novela está trazada hace que las pasiones que agitan a sus personajes reflejen un fondo de humanidad tan vivo y trascendente, que sólo es posible hallarlo en las más encumbradas concepciones homéricas o shakespearianas.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas, 3 pesetas.

La vida de un hombre innecesario (la policía secreta del Zar), por Máximo Gorki. — Esta es una de las mejores obras que han salido de la pluma de Gorki, tan apta para crear buenas obras. Formidable ariete contra las prácticas policíacas. Libro henchido de humanidad hacia las víctimas de la tiranía. Novela que a través de su argumento de enorme fuerza dramática, nos descubre la vida entera de los hombres que preparan las revoluciones.—Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

Camino de perfección, por Carlos Brandt. — Valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor.—Precio, 2 pesetas.

Realismo e idealismo, por E. Armand.—Precio, 1'50 pesetas.

La montaña, por Eliseo Reclus. — Grandiosa obra en la que se estudia la naturaleza de las montañas de un modo magistral. Quien no ha leído a Reclus, no sabe las posibilidades de arte que hay en los estudios de esta índole. En *La Montaña*, que con *El Arroyo* es uno de los más bellos libros de este sabio geógrafo, el lector siente el encanto inexplicable de tener en las manos un volumen que le enseña y que le deleita a la vez, con una in-

tensidad pocas veces igualada. Las consecuencias sociales que Reclus expone, de las lecciones de la naturaleza, tienen un interés extraordinario. Este hombre libre ponía en todo su alma privilegiada. *La Montaña* es prueba evidente de ello.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

Crítica Revolucionaria, por Luis Fabbri. — Un admirador de este libertario italiano, que es uno de los más cultos, inteligentes y enterados de nuestro tiempo, ha traducido, de la obra entera del autor, las páginas más vibrantes de crítica que han salido de su pluma, vibrante en toda ocasión y circunstancia. Y esta crítica, acertadamente denominada revolucionaria, no se dirige sólo contra un aspecto de la sociedad actual, sino contra todos en bloque. Ni tampoco es sólo contra la sociedad, sino que también, y hondamente, contra muchos de los que la combaten. Hasta contra sus propios compañeros de ideal, cuando los juzga equivocados, se dirigen estas críticas encendidas en pasión humana limpia y pura. De aquí que sea crítica revolucionaria en el más exacto sentido de la palabra, puesto que lo revolucionario todo, ideas y opiniones, estados de ánimo y errores, posiciones espirituales y luchas interiores. Por todo el libro corre un viento libre, fuerte, de escritor que arde en la llama que le anima en su lucha por la libertad.—Un tomo cuidadosamente impreso, en rústica, 2 pesetas.

El calvario, por Octavio Mirbeau. — Hay muchos críticos notables que juzgan *El Calvario* como la mejor novela de Mirbeau. Que es una de las mejores novelas que se han escrito en los últimos tiempos, es indudable. Los extremos a que puede llevar a un hombre la pasión amorosa, pocas veces han sido mejor analizados, más hondamente desentrañados y expuestos, sin el menor esfuerzo aparente. Hasta el lector menos atento se da cuenta en seguida de que tiene en las manos un libro singular, raro, profundo, interesante hasta lo extraordinario. Las críticas de muchas cosas actuales que Mirbeau intercala en el curso de su novela, son, como suyas, hirientes, luminosas, henchidas de su gran capacidad satírica, famosa mercedamente. El autor de *Los malos pastores* es en toda ocasión uno de los más formidables críticos del orden actual de cosas.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

¿Qué hacer?, por León Tolstói. — *¿Qué hacer?* es la más famosa obra social de Tolstói. Quien no la ha leído desconoce uno de los aspectos más admirables de este gran hombre, gran artista y gran novelista. Un sentimiento de humanidad sin límites circula por las páginas de este libro admirable. Nadie se había planteado, ante las miserias humanas, problemas morales tan importantes. Con ser terrible la pregunta "¿Qué hacer?", que en muchas ocasiones parece que no puede tener respuesta, Tolstói la desentraña y responde con un acento de sinceridad tan claro y tan humano, que conmueve y convence. Es imperdonable que este libro no se haya puesto en manos de todas las gentes para que meditaran, ante él, en él más grave problema que tienen que resolver los hombres de nuestro tiempo.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

El imperio de la muerte, por Vladimiro Korolenko.—*El imperio de la muerte* es uno de los más grandes libros que se han escrito contra el régimen que antes de 1914 imperaba en Rusia. Leyendo esta obra inmortal, se tienen los antecedentes más verídicos de lo que en Rusia ha sucedido. Se explica entonces el lector las cosas más oscuras. Este libro, además, es un rosario de dolores que emociona hasta lo más profundo. Korolenko, que era un hombre bueno como ha habido pocos, pone en las páginas de esta obra toda su bondad infinita, con un

fervor y un color de humanidad tan densos y avasalladores, que no es posible dejar de leerle, no ya con interés y entusiasmo, sino con verdadera admiración emocionada.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

La que supo vivir su amor, por Higinio Noja Ruiz. — Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción. La heroína de esta novela, mujer perfecta física y moralmente, libre de prejuicios, sirve a su autor para plantear una tesis racional y lógica en pugna con la moral corriente (de profunda inmoralidad) que sirve de base a la compra-venta en muchos matrimonios actuales. Es un canto de dignificación para la mujer íntegra que ofrece su amor siguiendo los dictados de su corazón, enalteciendo la maternidad consciente.—Precio, 4 pesetas.

El subjetivismo, por Han Ryner. — Es este un libro de alto valor filosófico por las elevadas concepciones en él expuestas; pero al mismo tiempo, y ello es una cualidad de este genial pensador, su lectura es por demás sugestiva y amena. Su lógica racional, al tratar de la individualidad humana, conquista al lector y le conforta incitándole a la busca de la verdad que se desprende de sus apreciaciones deductivas, razonadas, serenamente expuestas. Se ve el espíritu inquieto e investigador, profundamente analítico de su prestigioso autor, cada vez más admirado.—Precio, 1 peseta.

Rejas adentro, por Ramón Magre. — En rústica, 2 pesetas.

Pequeño manual individualista, por Han Ryner.—Precio, 2 pesetas.

La educación sexual, por Jean Marestán. — En poco tiempo se han agotado de esta obra diez numerosas ediciones. Es un libro que se ha hecho indispensable en todo hogar, pues en él se hallan descritos en forma sencilla y clara provechosos conocimientos sobre Anatomía, Fisiología e Higiene de los órganos genitales; preservación y curación de las enfermedades venéreas; medios científicos y prácticos de evitar el embarazo; razones morales y sociales del neo-malthusianismo; el amor libre y la libre maternidad; la procreación consciente y limitada.—Precio, 3'50 pesetas.

Socialismo y Federalismo, por Bakunin. — Precio, 1'10 pesetas.

Filosofía de un ideal, por Carlos Malato. — Precio, 1 peseta.

Historia del movimiento machnovista, por Pedro Archinof.—Precio, 3'50 pesetas.

La mancebia, por Maupassant.—Precio, 1'10 pesetas.

El mundo nuevo, por Luisa Michel.—Precio, 1'50 pesetas.

Kyra Kyralina, por Panait Istrati. — Las obras de Panait Istrati han sido una revelación para el mundo literario. *Kyra Kyralina* sorprendió por su originalidad y su sabor oriental a todos los más encumbrados novelistas de fama mundial, que no titubearon, como el maestro de novelistas Blasco Ibáñez, en decir de él que era un "bohémio inspirado y genial, de la misma familia que Gorki y Jack London".—Precio, 3 pesetas.

Mi tío Anghel, por Panait Istrati. — "Conozco tres o cuatro de sus novelas—decía el insigne Romain Rolland de Istrati—y puedo afirmar que son dignas de los maestros rusos." Estas tres o cuatro novelas a que aludía el gran escritor francés no eran otras que *Kyra Kyralina*, *Mi tío Anghel*, *Los Aiducs*, *Nerránsula* y alguna otra

no traducida aún al español, y que apenas aparecidas dieron fama universal a su autor. En efecto; esta obra confirmó a su autor como a uno de los mejores escritores de nuestro siglo, que ya se vislumbró con la aparición de su primera obra.—Precio, 3 pesetas.

Los aiducs, por Panait Istrati. — Esta obra, como las dos anteriores, transportan al lector a un mundo de emocionantes y sugestivas aventuras. El oriente europeo, con sus misteriosas costumbres y sus hombres de rebeldía indómita atraen al lector desde las primeras páginas. —Precio, 3 pesetas.

(En breve aparecerán de este mismo autor *Mis andanzas* y *Los cardos del Baragán*.)

Domniza de Snagov, por Panait Istrati. — En esta obra continúa Istrati las emocionantes narraciones de Adrien Zografli. "Estoy contento de morir, de no saber nada de este mundo. Horrible rebaño que pega o se deja pegar, pero que no conoce nada mejor que estas dos ignominias."—Precio, 3 pesetas.

La maternidad consciente, *Papel de la mujer en el mundo*, por Manuel Devaldés. — El mundo científico dedica cada día mayor atención a los problemas de orden sexual y biológico. Problemática y compleja es la superación mental y física de la especie humana por medio de la maternidad consciente y limitada.

Educar a la mujer en los conocimientos necesarios para cumplir racionalmente y por su voluntad la más importante misión de la vida, es fomentar y decidir el porvenir y la felicidad en las generaciones futuras; es atacar y cauterizar en su origen las miserias sociales, por donde sangra el mundo con todas sus purulencias de prostitución y pauperismo.

La obra de Manuel Devaldés, consagrada a tan importante labor eugénica, merece ser leída y divulgada por todos; vibra en sus páginas la lógica del razonamiento incontrovertible, la exposición juiciosa, serena, basada en una moral muy humana y muy digna. — Precio, 2 pesetas.

El arroyo, por Eliseo Reclus. — Hacia ya bastante tiempo que se había agotado este primoroso libro del sabio geógrafo y liberario insigne. Los que lo habían leído lamentaban no poderlo encontrar de nuevo para leerlo una y otra vez, y darlo luego a leer a sus amigos más íntimos. Cosa perfectamente explicable. El placer que se tiene leyendo *El Arroyo* no tiene nada de egoísta. Más bien, al contrario, ese mismo placer enseña a no ser egoísta. Así, después de haber sentido el intenso gozo interior de dicha lectura, se siente el deseo de que participen del mismo placer las personas que nos son más allegadas. Y no sólo es un poema maravilloso este libro célebre con sobrada justicia, sino también un arsenal de donde extraer sin fin de argumentos de orden social. Compañero de "La Montaña" en belleza, también lo es en el caudal inagotable de ideas que encierra. Quien no ha leído *El Arroyo* desconoce uno de los libros más bellos que han salido de mente humana, como asimismo de los más sugeridores de ímpetu y de serenidad para las contiendas sociales. — Un volumen de más de 200 páginas, en rústica, 2 pesetas.

La educación sexual y la diferenciación sexual, por el doctor Gregorio Marañón. — Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El

merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito. — Segunda edición. 0'50 pesetas.

Apología socrática, por Platon. — Precio 1'10 pesetas.

Medicina natural, por el Dr. Adr. Vander. — Nuevo sistema de curación natural. Gran enciclopedia práctica para el tratamiento de las enfermedades al alcance de todos. Con 600 ilustraciones originales intercaladas en el texto, y varias láminas en color. Séptima edición. Un volumen de 688 páginas en rico papel satinado. Lujosamente encuadernado en tela y oro.—Precio, 25 pesetas.

La calvicie, *Cómo se evita y cómo se cura*, por Koheler. — Precio, 4 pesetas.

El Abogado del Obrero, por José Sánchez Rosa. Verdadera Enciclopedia de leyes referentes a la clase obrera. Novena edición, notablemente reformada, corregida y aumentada con las nuevas disposiciones y decretos vigentes. Contiene formularios para toda clase de trámites legales que facilitan, en forma clara y sencilla, el ejercicio de los derechos del obrero ante el patrono y las autoridades. Leyes de Reunión, Asociación, Registro civil, Imprenta, Registros domiciliarios, Orden público, Contrato de Trabajo, Accidentes de Trabajo, Huelgas y Coligaciones, Ley contra la usura, Constitución del Estado, Sobre la Jornada de ocho horas, Inquilinato, Retiro obrero, Organización Corporativa, Comités Paritarios, etc., etc. — Precio, 3'50 pesetas.

Los habitantes de Marte, por C. Flammarion. Precio, 1'10 pesetas.

La Gramática del Obrero, por José Sánchez Rosa. — Con más de 300 demostraciones prácticas con las que, muy fácilmente, se aprende a pronunciar las letras, cómo se forman los diptongos y triptongos, las sílabas; a conocer las nueve partes de la oración, la ortografía de cada letra, el oportuno empleo de las mayúsculas, la acertada colocación de los acentos, la coma, punto y coma, los dos puntos, el punto final, los signos de interrogación y admiración, puntos suspensivos, entreparéntesis, diéresis, comillas, guión corto y largo; en una palabra: escribir con toda corrección y ortografía.— Precio, 2 pesetas.

La Aritmética del Obrero, por José Sánchez Rosa. — Décimatercera edición. Con más de 200 demostraciones prácticas y sencillas al alcance de todos y relación detallada de todas las equivalencias y modo de resolverlas para los efectos de la reducción. — Precio, 1'50 pesetas.

Sobre el pasado y el porvenir del pueblo, por Lamennais. — Precio, 1'10 pesetas.

La tisis. (*Cómo se evita y cómo se cura*), por el doctor Bjancaý.—Precio, 2 pesetas.

El estómago y la salud. (*Cómo se cura sin médico*), por el Dr. Bjancaý.—Precio, 3 pesetas.

Ideario, por Ricardo Mella. — Este libro de Mella no es sólo recomendable a los libertarios. Todas las personas que se preocupen de los problemas más agudos en que la humanidad se debate, deben leerlo. Encontrarán en él esfuerzos admirables por hallar una salida para esos problemas. Esfuerzos trabajados, ponderados, apasionados. Nunca superficiales. En todo momento, una seriedad filosófica preside su labor. El tono literario es, también constantemente, digno, de expresión feliz y cierta. Unos granos de escepticismo, atravesados hasta en



REVISTA ECLÉCTICA

PUBLICACIÓN MENSUAL

La Química de la Vida

En mi artículo «La teoría de la evolución», aparecido en el número extraordinario de ESTUDIOS, existe un error de sumo bulto, que por lo imperdonable tengo gran interés en rectificar. Así lo hacía en una carta abierta que dirigí al director de esta Revista, y que el censor, que ya había mutilado el artículo en cuestión, no quiso dejar pasar.

El error grosero, suficiente a deslucir no ya el artículo todo, sino hasta la misma Revista, fué fruto, tanto de la precipitación con que redacté el tema, como del estado de ánimo que viví en aquellos días precursores de un acontecimiento político en el que —como muchos— puse demasiadas ilusiones.

En la página 4, columna 2.ª, y final del párrafo 3.º, del susodicho número extraordinario, se lee: «Luego se dijo que era imposible sintetizar los albuminoides, y uno de ellos, el aldehído fórmico, hace tiempo que fué conseguido.» Podría rectificar brevemente la lamentable equivocación sufrida, diciendo «cuerpos cuaternarios» en lugar de *albuminoides*, y «amido fórmico», en lugar de *aldehído fórmico*. Con ello estaba salvado y reparado el error. Pero he preferido desarrollar el tema consagrándole la debida importancia y dando a la Revista la debida rehabilitación. A ello encamino estas cuartillas.

Composición química de los seres vivos.—

En la composición de los seres vivos entran los siguientes elementos: Oxígeno, Nitrógeno, Carbono, Hidrógeno, Azufre, Fósforo,

Potasio, Sodio, Calcio, Cloro, Hierro, Magnesio, y a veces Manganeseo, Silicio, Bromo, Fluor, Aluminio, Yodo y Cobre. Los cuatro primeros elementos existen en la atmósfera, y los restantes en la tierra. Sólo los vegetales verdes pueden aprovechar para su composición y su alimentación, estos cuerpos elementales y sin preparación previa. En cambio, los vegetales no verdes, como los hongos, tienen que aprovechar productos de la descomposición de otros seres vivos, ya animales o vegetales. Y en cuanto a los animales, tienen necesidad de tomar estos elementos después de ser preparados por el vegetal.

El vegetal verde, hace la síntesis, o construye su sustancia y sus alimentos, merced a la actividad de la luz solar, que sostiene y crea la vida sobre nuestro planeta, y gracias a la clorófila, sustancia verde que comunica este color al vegetal. Del aire de la atmósfera, rico en anhídrido carbónico y en vapor de agua, las hojas del vegetal fabrican, por la influencia de la luz solar y merced a la clorófila, los Hidratos de Carbono. En esta síntesis rapidísima, que se puede observar y reproducir experimentalmente, toma buena parte la presencia del magnesio, que existe en todas las partes verdes de los vegetales, y probablemente también algunos fermentos. A partir de los Hidratos de Carbono, los vegetales fabrican las Grasas, y de éstos y de los nitratos del suelo, los Proteicos o Albúminas, que son las tres categorías de alimentos indispensables a la vida. Es decir, que los ele-

mentos primeramente enunciados, han de presentarse bajo estas tres formas al sostenimiento y construcción de la vida animal.

Los vegetales no verdes, tienen necesidad de valerse de materiales de desecho, procedentes de la descomposición o putrefacción de la materia orgánica. Y los animales han de tomar estos tres grupos de compuestos tal como se los ofrece el reino vegetal.

Los Hidratos de Carbono y las Grasas proporcionan la energía necesaria al sostenimiento de la vida. Son combustible para la máquina animal. Los proteicos, en cambio —aunque accidentalmente pueden suministrar también energía—, sirven para componer las sustancias que forman el cuerpo animal; es decir, son materiales para construir el edificio.

Constitución molecular.—Los Hidratos de Carbono, entre los que se encuentran los azúcares, la dextrina, la celulosa y el almidón, están compuestos de tres elementos. De Carbono, de Hidrógeno y de Oxígeno. Se llaman hidratos, porque el Hidrógeno y el Oxígeno entran en la misma proporción que para formar el agua, es decir, dos átomos de Hidrógeno por cada uno de Oxígeno. El azúcar de molécula más simple es la glucosa (el azúcar de la uva), y está formada por 6 átomos de Carbono, 12 de Hidrógeno y 6 de Oxígeno. Hay azúcares en los que se reúnen cientos de átomos. Y el almidón, que es una combinación de varios azúcares, tiene una enorme molécula, compuesta de 1.200 átomos de Carbono, 2.000 de Hidrógeno y 1.000 de Oxígeno. El almidón es la forma en que sintetizan los vegetales los hidratos de carbono.

Las grasas están también compuestas de estos tres elementos, Carbono, Hidrógeno y Oxígeno, pero en distinta proporción. Pero además estos elementos tienen que disponerse en ciertas agrupaciones, formando dos clases de compuestos, de cuya reunión se forman las grasas. Estos dos compuestos son los éteres de la glicerina y los ácidos grasos. Estos ácidos son bastante complejos de por sí, y la molécula grasa suele componerse a veces de gran número de ácidos grasos y de glicerinas.

Pero donde la complejidad molecular alcanza su cumbre, es en las Proteínas. Su mismo nombre de proteicos alude a lo complicado de su constitución, y el de albúminas a su parecido con la clara de huevo. Presentan siempre el estado coloidal, y de su disposición material dependen los fenómenos de la vida. Están compuestos de los cuatro elementos: Oxígeno, Carbono, Hidrógeno y Nitrógeno,

conteniendo casi siempre y en pequeña cantidad, Azufre o Fósforo. Muchas de ellas se coagulan por el calor, y el fenómeno no es reversible; es decir, no puede ser recuperado el estado primitivo, aunque se enfríen.

Los cuatro elementos de que están formadas las proteínas han de disponerse en complicadas moléculas, formando cuerpos intermedios, que han de servir de materiales para identificarse en la molécula de la proteína. De estos compuestos se conocen unos veinte, y se llaman ácidos aminados, porque tienen en su molécula un radical ácido (compuesto de 1 átomo de Carbono; 2 de Oxígeno, y 1 de Hidrógeno), y al mismo tiempo y sin que se neutralicen, un radical básico, el llamado amina (compuesto de un átomo de Nitrógeno y de dos de Hidrógeno). De este doble carácter ácido-básico depende lo intrincado de su combinación entre sí. Desmoronando el edificio de una molécula de albúmina, merced a los fermentos digestivos, como lo hace nuestro tubo digestivo, o merced a métodos de laboratorio, se consigue descomponerla en sus ácidos aminados constitutivos. De estos ácidos aminados, tiene que partir el organismo o célula animal, para hacer la síntesis de sus proteínas propias.

Con ser sumamente numerosa en átomos la molécula de la albúmina, no es por esto por lo que llama la atención. La proteína de la Hemoglobina del perro, por ejemplo, contiene 725 átomos de Carbono, 1,171 de Hidrógeno, 194 de Nitrógeno, 214 de Oxígeno y 2 átomos de Azufre. Lo que sorprende en ella, es la diversidad en que estas piezas están combinadas y la disposición o arquitectura en que se mezclan estas diversas piezas entre sí, para dar lugar a la gran variedad de proteínas que existen, variables, no sólo de una especie a otra, sino hasta de un individuo a otro. La molécula del almidón está compuesta de moléculas repetidas de azúcar. La de grasa encierra dos clases distintas de componentes, que también se repiten con uniformidad. Pero la molécula de proteína es como un edificio hecho sólo con cuatro materiales, pero formado por muy diversas piezas en las que los componentes elementales han sido ya combinados a profusión y abigarradamente.

Los fenómenos vitales no merecían un lujo menor en el grado de organización de la materia. Pero esto no basta a dar idea de lo que el edificio molecular proteico representa. En Química se conocen muchos compuestos de propiedades distintas, no obstante estar formados de los mismos elementos. Estos com-

puestos llamados Isómeros se explican por la distinta disposición de los átomos dentro de la molécula. La Química ha tratado de representarse estos modos de combinación por esquemas arquitecturales en varios planos sumamente ingeniosos. Pero hay otro carácter sorprendente. Las sustancias vivas tienen la propiedad de desviar hacia uno u otro lado la luz polarizada. Según la desvían a la derecha o a la izquierda se llaman dextrogiros o levogiros. Pero los compuestos que se obtienen por síntesis, no tienen esta propiedad. Ella se ha explicado por la asimetría de la molécula, y se supone que es debida a la acción de «molde» que ejerce un ser vivo, sobre la materia orgánica que él forma. Esta sería una de las dificultades más insuperables para sintetizar la vida.

La síntesis de la proteína.—La célula vegetal tiene necesidad de encontrar el nitrógeno combinado, ya que el atmosférico no es directamente aprovechable. Este nitrógeno tiene que encontrarlo en forma de Nitratos, de Nitritos o de Amoníaco. Estos diversos compuestos se producen espontáneamente por las descargas eléctricas (rayo), por la descomposición de la materia orgánica y por la acción de ciertas bacterias del suelo, las llamadas bacterias nitrificantes. En nuestro planeta todo está solidarizado, constituyendo un todo orgánico; las plantas a la vida de los animales; las bacterias, a la vida de las plantas. Atmósfera y energía solar, están dispuestas para el sostenimiento de la vida. Las bacterias nitrificantes de que acabamos de hablar, son las que infectan las raíces de las leguminosas, formando en ellas nódulos, y las que hacen que estas plantas enriquezcan en Nitrógeno el suelo donde se cultivan. Las hay de tres clases: unas transforman los nitritos en nitratos, otras el amoníaco en nitritos, y otras pueden formar los nitratos a expensas del oxígeno atmosférico. Estas bacterias, despreciadas por los agricultores, que recurren a los abonos químicos, se creen perjudicadas por estos abonos, que tienen además una acción excitante sobre la vegetación.

A partir de este nitrógeno así combinado, a planta forma las albúminas que han de servir de punto de partida al animal para construir las suyas propias. El proceso digestivo tiene por finalidad desmoronar las albúminas, descomponiéndolas en sus ácidos aminados, desde los que el animal ha de partir para formar su albúmina. Una molécula así de complicada resulta enormemente frágil, y las diastasas y fermentos digestivos consi-

guen desmoronarla transformándola primero en peptonas, luego en peptidos, y por fin en ácidos aminados, siendo en esta forma absorbidos por la sangre desde el intestino. El organismo animal puede trasmutar unos en otros estos ácidos aminados, pero se conocen dos por lo menos que no pueden ser improvisados, y cuya falta trasciende sobre la nutrición y el crecimiento. Son el triptófano y la tirosina.

El misterio de la vida.—En la descomposición de la materia viva, la química ha encontrado los mismos elementos del mundo inorgánico, pero asociados en tal número, disposición y arquitectura, tan compleja y abigarradamente, que aún quedan por encontrar ciertas claves de interpretación. A tal combinación, han contribuido la energía solar y la desplegada por diastasas y por seres vivos. El misterio de la estructura se lo guarda aún el ser vivo como un secreto en el que no deja de hurgar la Biología. El «soplo vital», la «fuerza vital» y demás fenómenos extranaturales supuestos por el «vitalismo» y por el «neovitalismo», no resisten ya a la luz de la investigación, ni caben dentro del secreto que aún se nos escapa.

Intentos de síntesis.—Sin olvidar lo arduo de la empresa, los hombres de ciencia han pretendido producir experimentalmente, artificialmente, las sustancias inherentes a la vida. La Ciencia Plasmogenista creada por Herrera, tiende a producir artificialmente el plasma o materia que forma la vida. Hoy imita sus formas y manifestaciones por múltiples medios y no hay por qué desconfiar de que un día logre imitar también su índole misma.

Los intentos de síntesis artificial han proporcionado a la Ciencia un fruto equiparable con el del análisis. Así Berthelot y Gaudichon sintetizaron los hidratos de carbono, haciendo obrar los rayos ultravioleta de una lámpara de mercurio sobre una mezcla de de aire y agua. No tuvieron necesidad de la presencia de la Crorófila. Los mismos autores lograron producir el *amido fórmico* haciendo obrar estos mismos rayos sobre una mezcla de anhídrido carbónico y de gas amoníaco. Aquí estaba mi error. Esta sustancia, el *amido fórmico*, proviene del ácido fórmico (compuesto de un átomo de Carbono, dos de Oxígeno y uno de Hidrógeno) por sustitución de un oxidrilo (es decir, la combinación de un átomo de Oxígeno con otro de Hidrógeno), por un radical amino (o Nitrógeno Hidrógeno). El *amido fórmico* es, por lo tanto,

una sustancia cuaternaria, compuesta de los cuatro elementos, y aunque muy lejano, pues es el más simple, tiene un cierto parentesco con los proteicos, que son los más elevados de los elementos cuaternarios. (El aldehído fórmico, citado por mí equivocadamente, está compuesto de un átomo de Carbono, otro de Oxígeno —unido con doble valencia—, y dos átomos de Hidrógeno.)

Fischer ha logrado combinar entre sí diversos ácidos aminados, constituyendo los polipéptidos, que tienen un parecido grande con las peptonas y productos de la hidrolí-

sis digestiva de las albúminas. Estos polipéptidos, cuando reúnen 20 ácidos aminados, tienen, según Fischer, un sorprendente parecido con las albúminas.

Los intentos de síntesis se prosiguen, y para quienes saben que siempre han sorprendido por imprevistas las conquistas humanas, no tienen ningún valor las prisas y aplomo con que exclaman los retardatarios :

—¡A ver! ¡Ande usted! ¡Obténgame por síntesis una albúmina!

—¡Todo se andará! La Ciencia nunca tiene prisa.

ISAAC PUENTE

El Self-Control

Aceptado fácilmente por quien no esté cegado por prejuicios, su realización práctica encuentra algunas pequeñas dificultades, de las que vamos a ocuparnos. La copiosa literatura que se ha consagrado a su defensa, y la evolución operada en el modo de ver la cuestión sexual, me releva de argumentar en su favor. La necesidad de este control es incuestionable. El hombre necesita poseer este dominio sobre uno de sus más trascendentes actos. El Eugenismo lo precisa para hacer posible la evitación de las generaciones lamentables. La Medicina lo requiere para poner a cubierto, a la madre, del grave riesgo que tanto el embarazo como el parto pueden suponer en caso de enfermedad o de anormalidad. Lo demanda el proletario para no encargarse de hijos que agravan su indigencia económica y sólo pueden ser partícipes de su miseria. Lo impone la juventud, que ha derribado los vetos y las prohibiciones, afirmando su derecho al amor.

La cópula no tiene por única finalidad la reproducción de la especie, cosa que sólo realiza de tarde en tarde y circunstancialmente. Responde a la necesidad de reproducción, pero satisface necesidades y apetencias orgánicas y espirituales, que sólo pueden desdesharse mediante un gran autodominio, y con riesgo de la salud. Lo que Malthus recomendaba, esto es, limitar la cópula a las necesidades reproductoras, no es hacedero en la práctica ni defendible desde ningún punto de vista, si no

es desde el religioso, que considera el acto sexual como un pecado.

Las dificultades para llevar a la práctica el control de natalidad, nacen de la documentación insuficiente; de la incertidumbre para decidirse por uno de los muchos medios que se recomiendan; de lo difícil que suele ser la adquisición del medio elegido; y de los cuidados o atención que exigen la mayoría.

Son muchos los libros que se detienen precisamente allí donde el interés es máximo, y dejan al lector el cuidado de procurarse la información que el autor no se decide a dar. Otros se limitan a enumerar los diversos procedimientos, sin mostrar predilección por uno de ellos. El lector quisiera en cambio recomendaciones concretas y terminantes. Teniendo en cuenta la diversidad de casos y circunstancias en que han de usarse, tal dogmatismo no es siempre posible. No obstante, voy a procurar, por mi parte, obviar este inconveniente.

De los diversos medios propuestos creo preferible el pesario «Tarnkappe». Su colocación es relativamente fácil, cosa que no puede decirse de los obturadores, tales como el «Securitas», cuyos fracasos se deben siempre a su defectuosa colocación. Se conserva en su sitio, sin sufrir cambios de posición con motivo de los movimientos, lo que tampoco puede decirse de otros pesarios similares. Se tolera bien en la vagina, sin que se produzca flujo blanco, lo que suele ocurrir con los apa-

ratos de goma. Puede llevarse colocado entre menstruación y menstruación, poniendo a cubierto del riesgo de olvidos o descuidos fáciles de cometer, cuando han de llevarse a cabo a cada coito. No exige tampoco precaución ninguna después del acto. No impide la absorción vaginal del esperma. No precisa de irrigaciones antisépticas, las que sólo son recomendables cuando existe un proceso infeccioso o inflamatorio de los órganos genitales. En efecto, en la vagina existe un bacilo ácido inofensivo, cuya proliferación preserva de otros que pueden ser perjudiciales, por lo que debe ser respetado. Es económico, pues su precio es módico (ocho pesetas) y se conserva largo tiempo, incluso durante varios años. Es fácilmente desinfectable (lo que debe hacerse para guardarlo) mediante jabonado e introducción durante unos minutos, en agua sublimada.

El principal inconveniente es: que exige la cooperación de la mujer para su empleo, por lo que no es utilizable cuando ésta ofrezca resistencia al empleo de anticonceptivos, o cuando no se trata de relaciones regulares, como es el caso de las matrimoniales, que es en las que tiene su verdadera significación. En efecto, en esta clase de relaciones frecuentes y habituales, el ideal es procurar desterrar la preocupación del momento, evitando el fracaso de los olvidos.

Entre los medios químicos, existen dos preparados, el «Semoril» y el «Patentex» (el

primero en forma de comprimidos y el segundo en forma de pomada), especialmente indicados para casos de relaciones sexuales accidentales, máxime cuando existe riesgo de contagio venéreo. Además de no ser recomendables para un uso frecuente y continuado, tienen el inconveniente de su carestía, importando más de una peseta cada aplicación.

Cuando la mujer no consiente en el empleo de los anticoncepcionales, o no puede contarse con su colaboración, el medio más recomendable es el «preservativo». Los pesarios (Pro race o Tarnkappe) pueden ser empleados en el caso opuesto, es decir, cuando la mujer ha de ocultar del hombre sus cuidados anticonceptivos.

La dificultad común a todos los medios, es la que resulta de su secreta venta, por lo que son de difícil adquisición en el mercado. No obstante no faltan algunas farmacias y centros de ortopedia o de artículos de goma que los expenden con ciertas garantías. Estando prohibido su comercio, y siendo todos estos remedios de importación alemana, resultan poco menos que inasequibles para la mayoría del público.

UN MÉDICO RURAL

Se desea entablar relaciones con obrero especializado en la elaboración de objetos de talco o de celuloide. Dirigirse a: Dr. Isaac Puente, Médico, Maestu (Alava).

Todos tenemos hambre

Bien sabes que todos tenemos hambre: hambre de pan, hambre de amor, hambre de conocimiento, hambre de paz...

Este mundo es un mundo de hambrientos.

El hambre de pan, melodramática, soflanera, ostentosa, es la que más nos conmueve; pero no es la más digna de conmovernos.

¿Qué me dices del hambre de amor? ¿Qué me dices de aquel que quiere que le quieran y pasa por la vida viendo en todas partes mujeres hermosas, sin que ninguna le dé una migaja de cariño?

¿Pues y el hambre de conocimiento?

¿El hambre del pobre de espíritu que ansía saber y choca brutalmente contra el zócalo de granito de la Esfinge?

¿Y el hambre de paz que atormenta al peregrino inquieto, obligado a desgarrarse los pies y el corazón en los caminos?

Todos tenemos hambre, sí, y todos por lo tanto podemos hacer caridad.

Aprende a conocer el hambre del que te habla... en el concepto de que, fuera del hambre de pan, todas se esconden. Cuanto más inmensas, más escondidas...

Análisis psicológico de la Mentira

De entre todos los males, la mentira es el preferido por el hombre. Le acompaña desde la meseta de Pamir hasta las épocas supercivilizadas de nuestro tiempo, en el cual la petulancia ha tomado tanto incremento. Su cromática es variada y va desde la fantasía hasta la calumnia. A juicio del doctor brasileño A. Austregesilo, catedrático de Medicina de Río Janeiro, fué con artificios inteligentes, con apariencias de verdad, como el hombre escribió su propia historia. Tal vez haya necesidad de que se nos haga el elogio de la mentira, por los beneficios que ha prestado a la humanidad, como en otro tiempo Erasmo hiciera el de la locura.

El doctor Austregesilo, enfocando el problema desde el punto de vista psicológico, afirma que la mentira está grabada en el carácter del hombre como un añejo estigma, y por ahora no se vislumbra la norma moral e higiénica para regenerar a las gentes que tienen muy arraigado ese feo vicio. Predomina, dice, en la segunda infancia, declinando en la pubertad y en la edad adulta; se va disipando con la madurez y con la ancianidad, para tan sólo desaparecer en casos muy raros. El alma del hombre, en su evolución, resume la de la humanidad: es la ley ontogénica. Apareciendo predominante el hábito de mentir en el niño, ello indica que el linaje humano contaba en sus comienzos con la mentira para entablar sus luchas y conseguir progresos y triunfos, siendo a la sazón condición psicológica normal del éxito.

Prosiguiendo su fina y meticulosa labor analítica, hace notar el psiquiatra brasileño que en la actualidad existen variedades étnicas que revelan tendencias manifiestas a fantasear, delatando así los restos de antiguas mentiras, que en otro tiempo sirvieron de base para la formación del carácter. La creación imaginativa, la preferencia por lo irreal y fantasmagórico, fueron la materia prima que constituyó el acervo común de muchas religiones, y el embuste y la fábula transformáronse en leyendas, narraciones, mitos y dogmas. Le Bry dice que el hombre nació mentiroso, y nosotros podemos acreditar, sin temor de incurrir en error, que vive, y acaso morirá así. La mentira, la

simulación, el ardid, constituyen los caracteres del hombre salvaje, y el engaño es la modalidad predominante en el alma infantil, que la emplea, no sólo por la tendencia natural de la evolución de su mentalidad, sino también como arma de defensa contra los castigos de los padres y de los maestros. Muchas veces el miedo y la duda cruel nos inclinan a velar la verdad, o a expresarla sólo a medias.

Hay muchos niños que mienten por instinto, sin necesidad de defenderse, y tales faltas son fomentadas por los cariños maternos, cuando se llevan a la exageración. El egregio psicólogo francés Duprat menciona hechos interesantísimos de niños que llegaron a concebir embustes que sorprenderían al espíritu más suspicaz. Varios de esos casos los han referido científicos de nota. El doctor A. Benavides menciona en un bello estudio la observación siguiente, por demás interesante: Una niña de 12 años llegó a la Escuela diciendo que su madre se hallaba en cama. En los días subsiguientes refirió los detalles de la enfermedad. Esta se agrava, y finalmente fallece la madre. La niña dejó de concurrir a la escuela dos o tres días. Cuando volvió a clase, estaba llorosa y vestía de luto. Transcurrido algún tiempo anunció que su padre se disponía a contraer nuevas nupcias. La pequeña refirió todos los detalles del casamiento del padre, del mismo modo que describiera el entierro de la madre. Posteriormente, logró averiguarse que la madre de la niña vivía, que nada había ocurrido en la casa y que todo era pura invención. Preguntada la niña por qué había inventado aquella historia, contestó que para hacerse interesante entre sus compañeras. La vanidad es sin duda alguna uno de los incentivos de la afectación y la insinceridad y el disimulo.

Duprat refiere que una niña de nueve años dijo haber perdido a una hermana, pura mentira imaginada para que las personas que la trataban la consolasen.

Jouckerre relata otro hecho muy característico: A un profesor se le extravió un manojito de llaves, y trató de indagar entre sus alumnos. Tres afirmaron que lo vieron en las manos de un compañero que se halla-

ba enfermo en el Hospital; el profesor se dirigió allí preguntando al alumno, y éste confirmó la sospecha refiriendo que las llaves eran niqueladas y que se hallaban sujetas a una argolla, y que él las había dejado en una gaveta de su casa, y que al hallarla su padre exclamó: Muy bien; de aquí en adelante estamos libres de rateros. Añadió el alumno, que su padre limó las llaves para adaptarlas a la cerradura de la puerta, quedándose con dos de ellas y entregando las otras dos a la madre. El profesor convencióse de la historia por la minuciosidad con que se la expuso su alumno, y porque todos los detalles eran verosímiles. Sin embargo, hecha una requisita, halláronse las llaves en la propia gaveta del profesor, y nada de lo que había referido el niño era cierto. Interrogado el muchacho acerca de los motivos que le indujeron a mentir, limitóse a contestar: No sé. Probablemente la causa fué el afán de adquirir notoriedad entre sus discípulos.

Hechos semejantes, en sentir de Austregesilo, son indicios patológicos, y ya no pertenecen a la leve tendencia de los niños al embuste. Cree el profesor de Río Janeiro que la mentira proviene de un instinto de autodefensa. El avestruz, al ocultar su cabeza con las alas, pretende engañar al cazador. Las artimañas de los animales para escapar a la persecución de los más poderosos, la astucia de los felinos para dominar a la presa, la traición, fueron los gérmenes que el hombre recibió inconscientemente y que hubieron de transformarse en la futura mentira que es, como atestigua Duprat, un hecho psicológico, dinámico, oral o no, por el cual alguien se propone infundir en el espíritu de otro una creencia positiva o negativa, no estando, sin embargo, en armonía con lo que el autor considera como verdad. Es, como dijo Benavides, la objetivación del error intencional. No siempre el error lleva aparejada la mentira. La condición necesaria para tal proceso es la intención aviesa.

Cualquiera puede mentir o exagerar inconscientemente, dependiendo todo del propósito de persuadir de que lo que se dice es verdad. La esencia de la mentira reside, pues, en el deseo de engañar, de ilusionar y de ejercer una sugestión en provecho del autor de la falsedad. Significa un proceso mental artificioso, y por los elementos psíquicos de la imaginación con que está elaborado simula una gran capacidad intelectual. Si discurrimos, sin embargo, que la

astucia, que constituye su base esencial, es compatible con las inteligencias inferiores de los débiles y de los imbeciles, advertiremos que toda la fantasía empleada es de calidad bastarda y de pocos quilates. A menudo se finge sin que a ello nos mueva un impulso malsano, sino más bien por pereza o para rehuir un riesgo inminente.

Varios elementos psicomorales son traídos a colación por el deturpador de verdades, a saber: la facultad imaginativa o fantaseadora; la defensa moral o material del individuo; la sugestibilidad de aquel a quien se dirige la mentira, y por último, la auto-sugestión del que urde el embuste.

Tales elementos son indicios de debilidad psíquica del mentiroso, así como de su inferioridad ética y de su plebeyez intelectual. Este proceso psicológico moral tiene gradaciones: la treta, el artificio, la farsa, la falacia, el amaño, la añagaza, el señuelo, la artimaña, el halago, la mentira y la calumnia.

En los niños la fantasía es natural; como señala el reputado psicólogo francés Paulhan, la incoherencia hace presa en el espíritu de los pequeñuelos, en el adolescente, habitual y frecuente en muchos adultos, sobre todo en los poetas, novelistas, cuentistas, cazadores, viajeros y exploradores de tierras y mares no navegados en otros tiempos. Savage Landor dió una prueba de tales facultades. Los cuentos de las *Mil y una noches*, las fantasías de Hoffmann, las grandiosas y fantásticas creaciones de Huysmanns, son pruebas de esa facultad extraña y a veces deliciosa.

Hay hombres cuyo temperamento rastrea la vida entera por la fantasía; son eternos soñadores, perennes contempladores, cuya alma está formada por burbujas de jabón. Otros elevan el coeficiente de esta calidad hasta los lindes de la Patología, y surgen entonces los MITOMANOS, estudiados por Dupré, y los *pseudologistas fantásticos* examinados por Delbrugh. La mentira es un proceso psicológicamente más adelantado, hablando de un modo paradójico.

El sexo femenino tiene más propensión a la mentira que el masculino, máxime en cuestiones apasionadas. Esta opinión del publicista brasileño no la compartimos por creerla infundada y porque a nuestro juicio es un tópico manoseado vulgarísimo y en buena parte falso. Sin embargo, en la vida social la necesidad de recurrir a la mentira y aun al fraude y la hipocresía, es apre-

mante. Comienza por la diplomacia, que por labios de Talleyrand afirma que la palabra se hecho para ocultar el pensamiento. Max Nordau, que escribió un libro muy sugestivo, intitulado *Mentiras convencionales de la civilización*, que alcanzó gran éxito, describe las diversas gradaciones de la mentira. Sin que haya ofensa para los puritanos, puede decirse que la mentira constituye un elemento de defensa en la existencia, y la simulación, que es la mentira en su grado mínimo, sirve para amparar a los animales y al hombre en las luchas biológicas y sociales. Véanse a este propósito los documentados estudios del célebre sociólogo argentino José Ingenieros.

La mentira ha sido consagrada en la Historia, en la Filosofía, en las Artes y en muchas religiones. ¡¡Nada más bello y fecundo que la mentira de la Mitología griega!! Y ¿qué decir del sofisma, que es el proceso racional de mentir?

Uno de los más importantes es el de Zenón de Elea, conservado en la Dialéctica de Cicerón. Hélo aquí: «Si dices que mientes y dices verdad, mientes; pero si dices que mientes y no dices verdad, mientes también; luego si mientes, no dices la verdad; no es, pues, verdad, que mientas.»

SANTIAGO VALENTI CAMP

(Continuará.)

No hacer las cosas mal

Todo hombre de nuestros días aficionado a frecuentar los libros capitales que se escriben acerca de los más diversos problemas, se encuentra al final de sus exploraciones, si al hacerlas no se ha olvidado de la experiencia personal, valiosa en la misma proporción en que el hombre lo sea, con una muchedumbre de ideas desordenadas e impetuosas, de las que poco a poco va filtrando lo valedero y de más enjundia.

Se sabe hoy, acerca de casi todo, lo que es nulo, aunque todavía no se haya averiguado, en la mayoría de los casos, con qué lo nulo debe ser sustituido. Se sabe lo que no se debe hacer, aunque no se sepa lo que haya de hacerse. El paso, no es posible negarlo, ha sido gigantesco.

La retórica no servirá para hallar lo que la meditación no ha encontrado. Pretenderlo sería vano empeño, o, a lo sumo, concluir afirmando cosas de las que no sólo no deben hacerse, sino que tampoco se pueden hacer. En problemas sin significación, como apenas importan, si se dicen cosas absurdas nadie parará mientes en ello. Al final, sólo quien las dice y quienes no se inquietan por aportar algo de más valía las suponen importantes. Y hombres así, claro está, tienen muy poca relación con los que se esfuerzan por

encontrar verdades que valgan para más tiempo del que dure su vida.

Saber lo que no debe hacerse, o lo que no debe afirmarse, es conquista muy reciente, por lo menos en su aspecto general: que siempre hubo hombres sabedores de esto, aun en los períodos más oscuros de la historia.

Hace algún tiempo, hombres incapaces de ninguna obra bien hecha se erigían en reformadores, no de cualquier cosa, sino del mundo. La pretensión era desmedida, y por eso no han reformado nada. Un zapatero que no haga bien los zapatos, es un hombre que no puede aspirar a transformar nada. La obra bien hecha de categoría para intervenir en cualquier otra tarea, sea cual fuere su fuste. La obra mala niega capacidad a quien la hace para toda otra labor. No se deben hacer cosas mal hechas. Eso se sabe ya. No se sabía, tau cabalmente, aún no hace muchos años.

Después de poner en el propio trabajo un valor de permanencia, y de conocer, siquiera sea medianamente, el trabajo de los demás, se está en disposición para las transformaciones. Antes, no. Con hombres inútiles en lo que sea su labor cotidiana, ¿qué puede hacerse? En todo momento serían inútiles. Y como después de las transformaciones las

necesidades son más imperiosas y requieren, para que el paso dado hacia adelante no vuelva a darse hacia atrás, urgente satisfacción, la utilidad de la obra de cada uno es ineludible. Si el zapatero no sabe hacer zapatos, ni el carpintero trabajar la madera, ni el panadero elaborar el pan, ni el impresor presentar un impreso legible, todo se derrumbará. No habrá transformación, sino descrédito para el intento de transformar.

Las culpas, naturalmente, se cargarán a la fatalidad, o a cualquier otra causa imaginaria. Nadie querrá reconocer su propio fracaso, fracaso que se repetirá mientras no se haga bien de antemano el trabajo de que cada cual se ocupe. En efecto; quien no sabe hacer nada bien, ni siquiera lo que hace cada día, lo primero a que debe aplicarse es a poner su alma en su trabajo, pues de este modo es como más se acercará a la transformación que desee.

«Se trabaja para burgueses», dicen los que quieren eludir este problema. Vano argumento. Hay maneras de saber hacer bien las cosas por encima de ese inconveniente. En último extremo, preferible es todo a no saberlas hacer sino mal: que si hoy no se saben hacer bien porque son para la burguesía, mañana tampoco sabrían hacerlas para uno mismo, con lo cual todo intento de cambio será inútil y la burguesía se eternizará. No hay que dejar jamás de ser adversarios de la burguesía: es una cuestión de decencia; pero cuidemos de que ese sentimiento no nos lleve a trabajar para su perenne existencia.

Aparte de que el que sabe hacer bien las cosas se impone tanto como es posible hoy a la burguesía, por saberlas hacer bien es el más preparado para trabajar en la tarea de su abolición. El obrero que necesita, para hacer lo más baladí, un hombre que le dirija, que le dé explicaciones, que no se separe de él ni un momento durante la faena, no tanto por temor de que no trabaje cuanto por saber que sin esta presencia haría mal su labor, ha menester en todo de guía, de un gobernante o de un jefe. ¿Cómo habría, ni la transformación más radical, de evitar esta necesidad de ese obrero? Y como un gran número de obreros son así, he aquí por dónde, a consecuencia de no saber hacer las cosas bien, trabajan por la eternización de sus adversarios, a los que creen combatir de modo perfecto haciendo las cosas mal y no sabiéndolas hacer nada más que mal.

No valen subterfugios ni sofismas. La

realidad desnuda y escueta, es ésta: un zapatero que no sepa hacer bien los zapatos, un mecánico que en lugar de hacer bien las máquinas las haga pésimamente, un trabajador cualquiera que no entienda todos los resortes de su trabajo, no pueden ser buenos revolucionarios en el exacto significado de la palabra, puesto que con la ocupación a que se dedican hacen todo lo posible por retardar una revolución auténtica. Por otra parte, si la revolución les sorprendiera, la malograrían por su incapacidad en el propio trabajo.

Un grupo de individuos que se crean influir mucho en la marcha de los acontecimientos de esta índole, que día y noche se dediquen a la preparación de propagandas encaminadas a una transformación, cuando sobrevenga esta transformación, por ellos preparada, si hacen mal las cosas que hagan cotidianamente para ganarse el pan, se les hundirá, sin duda, por no saber sostenerla con su trabajo propio bien hecho, entonces más necesario que todas las propagandas.

Estamos en una sociedad burguesa, sí; pero para suprimirla es preciso estar capacitados para ello. De lo contrario, no se suprimirá: se perpetuará. Si el obrero, para hacer lo más insignificante, necesita un guía, podrá creerse todo lo revolucionario que quiera, pero jamás hará una verdadera revolución. No basta abominar de los jefes: es menester estar capacitado para no necesitarlos. El hombre que es sumiso no podrá ser convencido de la teoría de que le esclavizan; al que hace las cosas mal sí se le podría convencer de que nunca transformará nada.

En lugar de en esta dirección se ha trabajado mucho en otra que dice que no deben hacerse determinados trabajos. Teoría que llevada a su fidelidad perfecta los impediría todos, pues que en todos se hacen cosas en desacuerdo con ella. Dicha teoría puede resumirse en estas palabras: no hacer nada para el adversario.

En realidad, no importa lo que se haga ni para quién se haga si se hace bien: que el hacerlo bien hoy es principio para hacerlo mañana del mismo modo, no ya para el adversario entonces, sino en provecho propio y de todos. Haciéndolo mal, en cambio, porque no es hoy para uno, se aleja la posibilidad de que algún día lo sea. Es, pues, equivocado hacer las cosas mal, y más equivocado aún no saberlas hacer sino mal.

Yo rehusaré incondicionalmente todo el servicio guerrero (directo o indirecto), y trataré de inducir a mis amigos a que hagan lo mismo.

PRÓSPERO ALBERTO EINSTEIN

CREACION DE LA LIGA DE REFRACTARIOS A LA GUERRA

Una noche yo estaba sentado solo en mi celda de la prisión. Los hombres se habían estado matando unos a otros durante tres años, y hacía ya dos años que yo estaba encerrado en esa pequeña celda, teniendo como todo horizonte el pequeño cuadrado de huerta plantada de repollos que se veía desde mi ventana. Mis pensamientos volvieron hacia la primera noche, cuando las puertas se cerraron ruidosamente detrás de mí. No estaba sólo ahora, como lo estaba entonces. La primera noche, con toda la fe y el coraje que pude reunir, quise creer que no estaba solo; traté de pensar en todos los hombres y en todas las mujeres que habían cruzado sus brazos con la firme determinación de no hacer un solo gesto para ayudar a la guerra. Yo me sentía cerca de todos ellos en espíritu; pero ¡oh, cómo yo añoraba por tener algún contacto con manos amigas para oír la voz llena de simpatía de los que pensaban como yo! Ahora era distinto. Nosotros los encarcelados por negarnos a matar a nuestros semejantes, habíamos conseguido romper la vigilancia de la prisión y comunicarnos con los demás. La puerta de hierro no nos separaba ya de toda comunicación; la mano del amigo podía a veces estrechar la nuestra, y la voz del compañero podía también dejarse oír. Poco a poco, pero con insistencia, habíamos logrado romper todos los reglamentos que nos separaban del contacto con nuestros amigos. Sentado en mi celda, yo pensaba en el muchacho que yo era cuando llegué a la gran ciudad dese la pequeña aldea natal, y que se creía solo en la gran necrópolis; ahora sabía que había cientos de prisioneros en diversas cárceles de su país y otros tantos en las de otras naciones. ¿Era yo esa noche aquel muchacho de la aldea? Estábamos nosotros solos en nuestras luchas contra las fuerzas que nos querían hacer oficiar de asesinos? ¿O había otros brazos que estrechaban los nuestros a través de otros barrotes de otras prisiones? Eran las voces que

llegaban hasta nosotros, británicas, o los gritos eran expresados en otros idiomas? Si nosotros pudimos comprender que el mayor servicio que podíamos hacer, no sólo a nuestra patria, sino a toda la humanidad, era el resistirnos a empuñar las armas homicidas, deberían existir en los demás países otros idealistas que nosotros ignorábamos.

Y con estos pensamientos me adormecí en mi celda, soñando en la creación de una Liga Internacional de Refractarios a la Guerra, formada por aquellos que rehusarían terminantemente todo servicio militar, que rehusarían el mancharse con sangre hermana, demostrando de esta forma que se sentían verdaderos amigos de todos los hombres para que la fe en la fraternidad humana no se extinguieran del todo. Yo presentí cómo las gruesas murallas de razas y naciones, de diferentes idiomas y costumbres, de opuestos credos y convicciones, de distintas castas y clases, riquezas y pobreza, se abrían para dar paso a nuestro ideal. Nosotros habíamos logrado romper los muros de nuestra prisión para establecer un contacto con los demás. Si habíamos logrado esto, la creación de la Liga Internacional podría ser llevada a cabo de una manera sistemática.

Ahora que han transcurrido los años, sé que no era el único que soñaba detrás de los muros de una prisión esa noche, y sé que no todos los soñadores se encontraban encerrados en una celda, pues muchos de ellos estaban tejiendo sus ensueños bajo la pálida luna en las trincheras.

Y pasaron los meses, y tres años más tarde un pequeño grupo se reunió en la localidad de Biltoven, en Holanda, y la Liga de Refractarios a la Guerra quedó fundada. Mensajes se cruzaron en la oscuridad, como se cruzaban en otra hora dentro de los muros de las prisiones; luego escuchamos, y las contestaciones comenzaron a llegar; con lentitud, primero, pero llegaban. Dos años después pudimos recibir la adhesión de cuatro Ligas creadas en Europa, y la sede central fue llevada desde Holanda a Inglaterra, donde se encuentra ahora. Encontramos suficientes evidencias para llevarnos a la convicción de que siempre que nos fuera posible romper a través de las barreras artificiales de las fronteras y hacernos oír, podíamos encontrar cientos de hombres y mujeres que nos comprendieran, porque ellos mismos estaban animados de ese gran deseo de fraternidad. Nosotros no éramos misioneros, no teníamos que inculcar ideales que otros no tenían. Así es que

nuestra labor era más bien la del explorador, confiado en que si podía vencer los vientos y las corrientes, podría descubrir los nuevos países donde le esperaban hermanos en el mismo ideal.

Nosotros llevábamos una simple declaración; estas solas frases: LA GUERRA ES UN CRIMEN CONTRA LA HUMANIDAD. POR LO TANTO, NOSOTROS ESTAMOS DETERMINADOS A NO AYUDAR DE NINGUNA MANERA A LA GUERRA, Y LUCHAR PARA QUE DESAPAREZCAN TODAS LAS CAUSAS DE LAS GUERRAS.

Nosotros no teníamos dinero para propaganda, pero teníamos ideas. El deseo universal de paz había sido ya expresado en la Liga de las Naciones y en innumerables sociedades pacifistas. Si detrás de esos deseos había verdaderamente determinación de acabar con las guerras y las violencias armadas de cualquier clase, el fin de la guerra podría ser un hecho. Ese fin no llegaría por el temo de la próxima guerra y sus horrores aun mayores, ni por el lento y cuidadoso paso que dan las naciones hacia la limitación de los armamentos, abandonando un cañón por otro cañón y un crucero por otro cruceo, sino que vendría por medio de la fe y del coraje, por el riesgo que significaba lanzarse a la aventura pacifista. En la «guerra para terminar con las guerras» no faltó el derroche de coraje, y los riesgos fueron enormes; pero el uso de la violencia fracasó. Los hombres que tanto combatieron y tanto sufrieron eran en verdad valientes; pero aquellos que se cruzaron de brazos por una convicción y fueron denominados «cobardes» eran también valientes, ya que tenían el valor de asumir la responsabilidad y las consecuencias de sus actos: la prisión y el desprecio. Los jóvenes de ambos sexos que crecían al margen de la guerra, comenzaban a asombrarse de la locura de sus mayores. La rebelión y el desafío hacia ese estado de cosas se encontraba en el aire. El armisticio no terminó con la guerra; solamente puso de manifiesto la sorda guerra entre clase y clase, entre los dirigentes de los imperios y sus pueblos. La fe en las virtudes humanas había desaparecido. Los gobiernos podían establecer Ligas y las personas bien intencionadas podían formar sociedades pacifistas. Todo lo más que se podía esperar era que se postergaran algunas guerras internacionales, que los impuestos guerreros fueran limitados, y se preparara lentamente a los pueblos, si no para otra guerra internacional, para resistir entonces al espíritu de rebelión que intentaba crear un nuevo estado social del caos del pasado.

Era, pues, en ese momento que se nos presentaba nuestra oportunidad. Nosotros vimos clara-

mente que el movimiento pro paz del futuro debería ser un movimiento abiertamente declarado contra la guerra, es decir: resistencia a la guerra. No podía ser solamente un deseo de que imperara la paz, sino que deberíamos estar poseídos de un irresistible impulso de hacer imperar la justicia. Nosotros no teníamos el deseo de suprimir las rebeliones, sino de traer la justicia junto con la paz. La rebelión, el desafío, deben ser encauzados hacia la creación de la buena fe entre los hombres, sin distinción de raza, credo, clase, color; tenemos que descubrir aquellos que personalmente se opondrían a toda futura violencia sobre sus hermanos en la evolución humana; aquellos que estaban dispuestos a abandonar toda arma y a tener fe, para su defensa, en sentido de justicia que debería nacer entre los hombres.

Hemos obtenido plena evidencia de que en muchos países los hombres y las mujeres estaban ansiosos de dejar las armas y estrecharse las manos en fraternal expresión. Nuestro trabajo era, pues, el de romper las barreras que impedían que esos hombres y mujeres supieran que en cada rincón del mundo había otros seres que anhelaban el advenimiento de esa Nueva Era.

NUESTRA DECLARACION

Lanzamos, pues, el grito: LA GUERRA ES UN CRIMEN CONTRA LA HUMANIDAD. POR LO TANTO, NOSOTROS ESTAMOS DECIDIDOS A NO AYUDAR DE NINGUNA MANERA A LA GUERRA, Y A LUCHAR PARA QUE DESAPAREZCAN TODAS LAS CAUSAS DE LAS GUERRAS.

NUESTRA PLATAFORMA

Y ella quedó establecida: LA GUERRA ES UN CRIMEN CONTRA LA HUMANIDAD.

Es un crimen contra la Vida, y usa a los seres humanos para fines políticos y económicos.

NOSOTROS, POR LO TANTO, DECLARAMOS:

Que animados por un intenso amor a la humanidad, ESTAMOS RESUELTOS A NO AYUDAR, ni directa ni indirectamente, a ninguna clase de ejército, marina o fuerzas aéreas, ya sea fabricando municiones u otro material guerrero, suscribiéndonos a empréstitos guerreros o usando nuestra labor para que otros queden libres de poder tomar las armas; estamos determinados a no ayudar NINGUNA CLASE DE GUE-

RRA agresiva o defensiva, acordándonos de que las guerras modernas son invariablemente presentadas por los gobiernos como guerras defensivas.

* * *

Sólo hace dos años que publicamos este manifiesto, el que fué inmediatamente firmado por cuarenta de los más prominentes dirigentes de la opinión pública en todo el mundo, entre los que se encontraban: Norman Angell (Inglaterra); Natanael Beskow (Suecia); Graf Harry Kessler (Ale-

mania); Philip Snowden (Inglaterra); Rabindranat Tagore (India); y entre los intelectuales, profesores Einstein, Augusto Forel, Bertrand Russell, Georges Duhamel, Arnold Zweig, H. G. Wells, Sinclair Lewis y otros tantos más. A aquellos a quienes nuestro programa interese pueden dirigirse a nuestra sede en Londres: 11 Abbey Road, Enfield, Middlesex. Paz entre los hombres de buena voluntad.

H. RUNHAM BROWN

GACETILLA

La ley de las mayorías es una cosa repugnante. Coinciden en opinar así de esa ley los peores hombres, es decir, los tiranos, y los mejores, esto es, los más delicados e inteligentes, que no tienen nada de común con los primeros. No es posible ninguna confusión entre unos y otros. La opinión de los tiranos es tan repugnante como la propia ley que así juzgan.

La ley de las mayorías, hasta en sus mejores frutos, no pasa de razonable. De aquí su mayor defecto. La razón, por sí sola, ¡qué poca cosa es! En muchos casos está justificado llegar a despreciarla.

La ley de las mayorías, en general, abate todos los valores. ¿Queréis mayor prueba de su inferioridad?

Vamos al teatro. Representan una comedia mala, estúpida. La mayoría aplaude, se ríe, goza, se solaza. Éxito. Cuatro, diez, quince personas delicadas, que no se conocen, dispersas en el teatro, salen asqueadas: acaban de atentar contra su buen gusto. Inútil hubiera sido toda protesta. La razón de la mayoría está por entero en su contra. La comedia sigue representándose. Lo exige así la ley de las mayorías.

Otro día en el mismo teatro, no se acierta a comprender por qué torpeza del empresario se estrena una obra valiosa, llena de vida, con pasiones, vital. Aquellas cuatro, diez, quince personas de buen gusto, se sorprenden, gozan, aplauden. Pero la mayoría, que no sabe nada de valores, silba, pateo, escandaliza. Fracaso. La obra no vuelve a represen-

tarse. La mayoría, que según la ley de las mayorías siempre tiene razón, impone su criterio.

Se publica un gran libro: novela, poesía, ensayos, estudio de cualquier ramo de la ciencia; tanto da. En una gran ciudad, progresiva, industrial, *culta*, democrática, se venden diez, doce, veinte ejemplares. El autor, que ha puesto en su obra parte de su vida, asiste a la indiferencia de las gentes. Según la ley de las mayorías, esto es justo. El escritor que no ha sabido captarse lectores, una mayoría de lectores, no tiene razón para quejarse. Su fracaso es una lección. Si la mayoría no le lee es porque su obra no vale. Porque la mayoría siempre tiene razón.

Al propio tiempo, un escritor cualquiera, cuanto más idiota, mejor, publica un novelón indecente, ajeno en absoluto al arte, a la literatura, a la vida. Se agota en una semana. Puede verse en manos de toda clase de gentes: obreros, burgueses, periodistas, lo leen y lo comentan. Éxito rotundo. Elogios en toda la Prensa; artículos encomiásticos de críticos tan idiotas como el autor. Nuevas ediciones; nuevos comentarios. Triunfo resonante. Lo impone la mayoría. Así debe ser, según la ley de las mayorías.

Exactamente lo mismo que en el teatro y en la literatura ocurre en todas las actividades: el hombre que vale, fracasa; el idiota, triunfa. Inevitablemente: la ley de las mayorías no puede tener otro resultado.

Los hombres delicados, sensibles, estudiosos, inteligentes, carecen de razón ante la ley

de las mayorías. En cambio, los que cuentan con todas las cualidades contrarias tienen de antemano asegurado el aplauso de los más y su apoyo. Sin excepción. Todavía no ha sucedido, ni una sola vez, que la mayoría comprenda a un hombre delicado. Tampoco el hombre delicado podría estar de acuerdo con la mayoría. Si algún día ésta llega a comprenderle, ha pasado tanto tiempo que él es ya más delicado, de modo que siguen viviendo en mundos distintos. De aquí que la ley de las mayorías no pueda superarse. Está llamada a ser siempre una cosa repugnante.

* * *

El fundador de *Estampa* debía creer que no esparcía por el ámbito de los países de lengua castellana bastantes tonterías con esa revista, y ha fundado, para ensanchar su obra, un diario: *Ahora*, periódico en el que apenas se publica una línea que no contenga alguna simpleza. Con decir que es un *A B C* más malo que *A B C*, cosa que parecerá imposible, está dicho todo. He aquí algunos colaboradores de *Ahora*: López de Haro, novelista a quien no lee nadie que sepa leer; Rodríguez Marín, académico de no sé cuántas Academias y que escribe como un muchacho que empiece a hacer pinitos literarios; y Maeztu, el insoportable Maeztu.

* * *

Por cierto que en uno de sus artículos, o lo que sean, don Ramiro habla de los que creen en paparruchas. Verdaderamente cómico: si algún hombre de los que se dirigen al público en España está incapacitado para tratar de un tema de esa índole, ese hombre es precisamente Maeztu, que creyó nada menos que en Primo de Rivera y sus célebres notas.

* * *

Hace algún tiempo asistí a la representación de una obra en la que se trataba de ofrecernos, en escena, costumbres de los gitanos. Saqué la impresión de que el autor no había visto jamás un gitano, como no fuera en estampa, y así hube de decirlo. No espero oír nunca comentarios más adversos para mi aptitud crítica. El autor de la obra, un tal Vallmitjana, era un bohemio impenitente, que había pasado la mayor parte de su vida entre gitanos. A mi juicio, de ser esto cierto, nada le favorecía. Allí estaba la obra pregando que su autor desconocía en absoluto

a los gitanos, desconocimiento mucho menos disculpable en este caso.

Recientemente me han dicho que toda la bohemia de Vallmitjana se reduce a usar un sombrero muy grande; que es uno de los muchos tenderos de Barcelona, propietario de una joyería, y que lo único cierto en aquello de haber pasado parte de su vida entre gitanos es que tuvo a unos cuantos alojados en su casa mientras escribía la obra que yo vi representar y alguna otra. Me quedé, pues, corto en mi juicio. Conocía a los gitanos de un modo más imperfecto aún que por estampa. ¿No es así?

JULIO BARCO

La Cultura

Considero desde hace algún tiempo la cuestión cultural tan importante o más que la cuestión social. La cuestión cultural ha de ser la cuestión condicionante, la que sirva de base a toda otra condición que pueda modificar la organización económica y social actual.

Y ahora, por experiencia de estos últimos años, digo que me afirmo aún más que antes en el valor que va a tener la cultura proletaria en la posibilidad de que logremos transformar el régimen económico. Y digo que tiene la experiencia de estos últimos años un valor de enseñanza, y puedo analizar ahora el porqué; porque estimo que están todavía excesivamente candentes las pasiones y llegará pronto tal vez el instante en que se puedan sacar enseñanzas de toda la dolorosísima experiencia societaria de estos últimos tiempos.

Yo no digo que el aspecto cultural sea el exclusivo para conseguir la transformación del régimen económico. Eso sería decir demasiado. Es indispensable un elemento pasional; la pasión sirve de motor, pero la pasión necesita una idea que la alumbre para que sepa la pasión a dónde ha de apuntar el tiro, a dónde ha de dirigir su opinión, hacia qué ha de orientarse; y sólo cuando la pasión se desposa de una manera permanente con la idea, que es el fruto de la cultura, nace la virtud que origina todo progreso en la Historia, que es la virtud del heroísmo. Heroísmo es eso: pasión e ideas. Ejemplos hay patentes de cómo realmente la virtud heroica —o sea la pasión encendida en el amor a una idea— es la que va trazando la línea luminosa de la Historia.

FERNANDO DE LOS RIOS

Santiago Valentí y Camps me recibe en su estudio del Puiguet, barrio silencioso, floresta ya y cima, a dos pasos de Barcelona, con el panorama de la ciudad a los pies.

Le encuentro modelando un nuevo libro que va a recibir el bautismo del plomo y del antimonio: *La mujer ante el amor y frente a la vida*.

El autor ha sabido estilizar el proselitismo feminista de una manera acerada y elegante. Porque se necesita elegancia para no decir en redondo que la mujer viene a ser, en realidad, lo que un negro para los tratantes de carne de ébano.

Si hacéis un viaje y los compañeros de coche sacan a relucir el tema del cabello corto, las opiniones se dividirán, y veréis surgir partidarios de imponer a la mujer el cabello corto o el largo. No hallaréis casi nunca al hombre que diga sencillamente: «Mi opinión es que la mujer vaya como le dé la gana.» Pues bien; como Valentí y Camps es uno de los pocos hombres capaces de querer que la mujer vaya «como le dé la gana», me ha parecido oportuno cambiar algunas impresiones con él sobre el momento actual del feminismo.

Valentí y Camps extrae la pasión de su propio peculio, sin comercializarla. A no ser por él, careceríamos de antecedentes justos y sistemáticos sobre lo que podríamos llamar «didáctica feminista». Tampoco tendríamos la más moderna y completa bibliografía sobre el tema, si no la hubiera formado Valentí y Camps en un tercio de siglo fecundo, hasta alcanzar ocho millares de obras selectas y puntuales.

Vale la pena, por las razones apuntadas, de hablar con este trabajador, que sintetiza el feminismo en un grito de libertad, y no como muchos de los tratadistas de renombre, en un ejercicio de coquetería.

—¿Qué me dice usted de la afición femenina a los deportes?

—Está redimiendo a la mujer de las preocupaciones religiosas. Por la mujer se socializa el deporte. Los hombres hacen de él un reñidero de gallos, una pugna política, una vanidad espectacular, un vaivén de apues-

tas, una moda o un patriotismo localista. Las mujeres gustan de ser actrices en el deporte. En Rusia, en Inglaterra y en Alemania la mujer salta, corre y juega como el hombre.

—¿Y a qué se debe?

—La mujer no tiene un concepto psicológico del heroísmo como el hombre, que obedece a una mentalidad de gallo, de sultán, de momento culminante, de paroxismo. El heroísmo es para los hombres victoria, triunfo, desquite, récord, escenografía. La mujer profesa un sentido biológico del deporte y del heroísmo. Para ella la actividad deportiva es algo completamente íntimo y privado que no puede depender de un desempate ni de un concurso; un ejercicio continuo y no una solemnidad ni un juego de prendas.

Una mujer moderna no comprende que sesenta mil espectadores poltroneros presencian un partido de campeonato; comprende que los sesenta mil seres naden, trepen, salten, jueguen, remen, vuelen o corran, en vez de aficionarse a tareas tan poco deportivas como silbar o aplaudir a sus favoritos de Club. El Estadio moderno, con sus monstruosas proporciones, es la decadencia del espíritu deportivo cuando se llena de gente que va «a ver qué pasa», gente raquítica o cansada que aplica al Estadio el punto de vista del circo.

—¿Y qué ve en la diferencia de apreciación de los dos sexos?

—El sentido humano y risueño de la mujer, su inapetencia de solemnidad, su concepción centrífuga de las cosas frente al hombre y a las feministas marimachos, de mentalidad centrípeta generalmente, amigos de aglomeraciones, sensación y titulares grandes en los periódicos.

—¿Y no cree usted que la mujer es más extremista que el hombre, en lo que tiene de noble el extremismo?

—¿Sí: de cordaje en tensión y de heroísmo sin cronistas. La literatura ha creado un falso tipo de mujer, una mujer convencional, que tan pronto se ve piropeada hasta el servilismo como despreciada; pero el término medio de mujer moderna se da en la realidad y no en la escena. A la encuesta de *El Sol* respondieron muchos jóvenes con un vi-

gor y un ímpetu irreflexivo que ya quisieran para sí muchos conferenciantes y filósofos de relumbrón. Las teorías más recientes tienen en las plumas femeninas ardor de pelea y cordura perfecta.

—Pues Keyserling no parece muy entusiasmado con el feminismo.

—Es un conde filósofo, que no un filósofo que se encuentra por accidente con un título. Keyserling se marchó disgustado de Holanda porque las mujeres son allí, según aquel turista, excesivamente inteligentes... Como ve usted, es una opinión digna de un paleta. Aquí tiene muchos devotos esa concepción de Keyserling, y es natural, por desgracia, que sea así. La mujer, una vez convencida, se enfrenta más fácilmente que el hombre contra la injusticia. Hay una preocupación en creer que la mujer no está en la avanzada social. ¿Cómo va a aceptar la mujer, de sensibilidad más refinada que el hombre, esas reuniones interminables, esos mítines demagógicos, y esas amenazas y galleos de la invalidez que tanto se prodigan? ¿Cómo va a sentirse satisfecha en locales sin la menor preocupación estética, donde la miran sólo para desnudarla con el pensamiento? ¿Va a hallar estímulo en esas hoscas salas, donde hay un Club de charlatanes infatuados; pero no una escuela clara, limpia y alegre? ¿Es capaz de solidarizarse la mujer con las voces aguardentosas, las amenazas inocuas, el sentimentalismo de pauta, la rebeldía de falsilla y grito pelado?

—¿Qué actividad despliegan en el movimiento feminista los elementos de avanzada cultural y política?

—No se oponen al feminismo, pero lo lamentan. Si aceptan las reivindicaciones femeninas es sólo para figurar en un programa. Hay excepciones, naturalmente, pero escasas.

—Lo subconsciente en ellos es el miedo a la mujer y el miedo vence al razonamiento, ¿no es eso?

—Exactamente. En todos los países ocurren peripecias muy expresivas. En Francia, en Inglaterra, en Alemania, en gran parte de América y en otros países, las mujeres están poniendo en un brete a los hombres, birlándoles las cátedras y ganando concursos. En España empieza a ocurrir eso mismo, y se generalizará: o se airea el hombre o queda derrotado.

—¿Prevé usted el matriarcado?

—No; porque la mujer prefiere el diálogo al decreto y al dominio.

—El movimiento feminista no halla mucha comprensión en los hombres.

—Porque están acostumbrados a dominar y a disputar más que a colaborar y a discutir. Y no me refiero a la cuestión del divorcio y del voto...

—Desiderata un poco ridícula de las feministas de la cabeza del escalafón, empeño que nada puede representar frente al formidable movimiento de emancipación social, cultural, deportiva y estética.

—Los hombres no saben apenas unirse, ni siquiera en interés propio, para explotar, por ejemplo, una pequeña industria si han de prescindir de asalariados. Les une el interés, la avidez y la vanidad; pero son incapaces de organizar una cooperativa de producción. Las mujeres tienen un temperamento más apto y fino para percibir y practicar la cooperación y el apoyo mutuo.

—Yo creo, sobre todo, en un feminismo, disperso hoy, que avanza sin decretos ni leyes; un feminismo que se impondrá a los hombres si éstos siguen con sus rutinas y su manía autoritaria; un feminismo de compañeritas dispuestas a mirar la vida cara a cara, a mejorar su cultura social y técnica, a bastarse sin la soldada del macho, a elegir libremente al compañero de su vida, a disponer de su cuerpo, a no someterse, a rebelarse francamente... Son las obreras que van a la fábrica, las costureras no atacadas del «mal de escapatete», las trabajadoras del estado llano, las que no buscan premios de belleza. Ellas, que no el petulante feminismo de Liceo, empapado de esencias burguesas, abren brecha en el campo social. Entre las mismas está Venus sin ceño, una Venus Fluminis redimida y pura, bella y fuerte.

FELIPE ALAIS.

El silencio

Los discípulos preguntaron una vez al sabio maestro de la India cuál era el gran brahmán — es decir, la mayor sabiduría —. El maestro no respondió. Creyendo los discípulos que estaba distraído, reiteraron la pregunta. Pero el maestro calló también. Otra vez y otra insistieron los discípulos, sin obtener mejor respuesta. Cuando se hubieron cansado de preguntar, el maestro abrió la boca y dijo: ¿Por qué habéis repetido tantas veces vuestra pregunta, si a la primera os respondí? Sabed que la mayor sabiduría es el silencio.

Femeninas

Mi excelente amigo Fontaura se ocupa recientemente de este tema, y anima a la mujer a leer y a instruirse. Falta hace, por cierto, que la humanidad lea, y especialmente la fémína, tan cargada de prejuicios y tan incapaz de luchar al lado del hombre por el mejoramiento humano.

Se va acentuando, cada día más, la necesidad de hacer capacidades y de enfrentar problemas que la vida nos presenta cada vez más complicados. El problema humano no se circunscribe ya a cuatro frases hechas: la explotación del hombre por el hombre, la justicia histórica, la propiedad privada, etcétera. La cuestión es hoy de vida o muerte entre el pasado y el porvenir; entre una sociedad juzgada por incapaz y una vida que renace plétórica de savia y con alguna mayor aspiración, que ha r. renacer de las ruinas sociales un cuarto Estado tan voraz y cruel como la burguesía, que nos legó la gran revolución.

Cada época lo suyo: murió para siempre la libertad política y la igualdad ante la ley, y se está demostrando palpablemente, en Rusia, que la cárcel, el destierro y hasta el martirio, son patrimonio de todos los Estados y de todas las Dictaduras, por muy proletarias que se llamen, que nunca se cazaron moscas con vinagre, ni se sometió a los hombres a un régimen de arbitrariedad, sino a fuerza de palo y de leyes coercitivas.

Y si todos estos postulados son como un corolario de la gran guerra, ¿qué sucederá si otra vez el mundo se inflama de ardor bélico, cosa bastante probable?; ¿qué papel desempeñarán las mujeres en la tragedia que se avecina?; ¿sustituirán al hombre en muchos trabajos, como ya hicieron, o irán más adelante, tomando parte activa en la matanza?; ¿se horrorizarán de tanta carnicería y el amor maternal palpitarán una vez de verdad en las entrañas que gestaron algo más que carne de cañón? Preguntas éstas que representan una interrogación dolorosa en todos los que nos preocupamos de la indiferencia femenina ante los problemas de actualidad.

Los intelectuales franceses se han declarado abiertamente enemigos de otra nueva guerra, y a España ha venido una miss para gestionar un establecimiento de protección

para los animales abandonados. Soy enemiga de que se maltrate y abandone a los animales; pero todavía encuentro más injusto que los ancianos se mueran de hambre y frío, como a diario leemos en la Prensa, y que los hombres, hablando de paz, se armen, y un día con un pretexto cualquiera se destrocen como bestias feroces, y no respeten ni a indefensas mujeres ni a niños inocentes.

Porque la guerra que se avecina será la fría, la serena matanza, que no se satisface de cañones y ametralladoras, que siembren la muerte en las filas enemigas; necesita más, y la ciencia, que debería ser sacrosanta enseña de bienestar y alivio, se pondrá a su lado, y descubrirá el gas que asfixia, el que intoxica los pulmones, el que destruye el organismo todo, y, como Espronceda, deseaba ver caer la bomba mansa y queda, que luego explotase, sembrando después el dolor y la muerte; el hombre, al surcar los aires, podrá destruir el lugar y la aldea, la ciudad populosa y el apartado caserío.

Y en tanto que los hombres defiendan las trincheras y las alambradas, las mujeres podrán fácilmente lanzar esos instrumentos de destrucción, para cuyo manejo no se necesita la preparación militar, ni la fatiga que produce las marchas y contramarchas de las operaciones guerreras; es más: no tendrá ni que prescindir del maquillaje ni el carmín, sino que, coquetamente, con el mismo gesto que se puede pasar por la cara la borla de los polvos y por los labios la barra roja, puede lanzar la bola que lleva en su seno los elementos que cercenan miembros e impiden la respiración.

Antes las mujeres tenían por todo horizonte la casa, casi no pasaban de un animal doméstico más; rara era la que cultivaba su inteligencia para algo más que para la cocina, y creencia general era, que la instrucción pervertía a la fémína; hoy la mujer ha salido del pequeño círculo de las labores de su sexo, como rezaba el padrón municipal; la guerra le planteó el problema de ayudar al hombre o apartarlo de la hecatombe; optó por lo primero; vistió el mono, y trabajó: por sus manos, hechas para blandas y maternales caricias, pasó el hierro que el guerrero había de emplear; la que sólo supo hasta entonces llorar ante el infante

enfermo, curó valerosa a los heridos de metralla, y la que sentía espanto ante las cosas más nimias, vió desfilas ante sus ojos los horrores de la destrucción y la muerte; la tímida doncella, que languidecía detrás del balcón, esperando el novio romántico, principio y fin de sus anhelos, se convirtió en la mujer animosa, que durante la guerra ayudó a los combatientes, y después afrontó el problema de la vida de una manera muy distinta a sus anteriores aspiraciones; mas, ¡ay!, en ese cambio se olvidó de algo muy primordial: de preguntarse el papel que debía representar al lado del hombre en la conquista por la vida.

Antaño, veía la madre partir al hijo para la guerra, sin que supiera de otra misión suya que llorar y preparar hilas para sus heridas: justo era que su hijo muriese de sed abandonado en el campo de batalla, sin que ella pudiese mojar sus labios sedientos; jus-

to que, en holocausto de una causa, para ella desconocida, lo separasen de su lado y a lo largo del camino encontrase la muerte, sin que pudiese cerar sus ojos, ni bajar a la tierra con el último beso suyo; hogaño, quizá sea su misión más guerrera o más pacifista; quién sabe si orgullosa y sedienta de torpe ambición destruye con gases mortíferos, hogares donde otras madres acunan niños inocentes, en tanto que su hijo maneja la ametralladora que infunde pavor al enemigo, o si unidas las manos de todas las madres imponen la paz que debe salvar a sus hijos.

La doncella romántica, que esperaba al amor detrás del balcón, ¿luchará a su lado para conquistar la vida o se dejará arrastrar por la vorágine de la muerte?

Interrogación que sólo las mujeres pueden contestar.

ANTONIA MAYMON

Dos románticos

Estoy relejendo todo lo que he podido conocer de cuanto se ha escrito durante el pasado año con motivo del caprichoso centenario del romanticismo.

En general, se afirma que el romanticismo ha muerto. Afirmación aventurada. ¿No son románticos todos los movimientos sociales de nuestra época? La nueva literatura, excepción hecha de la que es mera distracción de señoritos de las letras, sin ímpetu creador, ¿no es romántica?

Ha muerto, sí, lo que era falso en el romanticismo; pero lo que era humano perdura y perdurará. En la relación de hombre y mujer, señaladamente, cuando la atracción mutua no es superficial, el romanticismo pervive en toda su pujanza.

La casualidad ha puesto en mis manos la correspondencia de una pareja contemporánea. Romántica correspondencia que algún día publicaré, comentándola. Desfila por ella, en cierto sentido, toda nuestra época. De ningún modo será inoportuna su publicación.

Anticipo hoy al lector dos cartas de esa correspondencia, interesantísima desde el punto de vista del romanticismo.

Antes, me parece conveniente decir algo acerca de sus autores. Ella es una mujer madura, a quien todo le ha sido adverso en

la vida. Derrochó generosidades y cosechó ingratitudes. Se desvivió por cuantos la rodeaban y la dejaron en angustiada soledad. El es un escritor joven, al que el porvenir sonreía, y lo ha abandonado todo por ella.

He aquí ahora las dos cartas. Escribe la mujer:

«A cuatro cartas tuyas no he contestado. Sé que supones que no tengo tiempo de escribirte y que por esto no te intranquilizas. Algo hay de eso, desde luego. Pero el motivo primordial es que mi ánimo hace algún tiempo que está decaído. En primer lugar, porque no me encuentro bien; en segundo lugar, porque una desesperanza invencible se me ha entrado en el corazón y no quería decirte, pues mi pesimismo amarga tu juventud, esa juventud que tan generosamente me has ofrecido. Cuanto más veo que me quieres, más me entristezco. Yo nací para luchar y no conocer jamás la satisfacción que se experimenta con el resultado del esfuerzo. Al llegar al final de cualquier empresa acometida, la ingratitud y el abandono han sido los premios que mi destino me ha deparado. Hoy soy dichosa cual ninguna otra mujer. Pero borrada de mi memoria y de mi corazón, por tu cariño, toda mi vida pasada, tiemblo, no acostumbrada a

ser feliz, temerosa de nuevos sufrimientos. Pienso que en la última etapa de mi vida mi destino sigue implacable su curso. Las fuerzas me abandonan. No podré gozar lo que me ofreces : el descanso a tu lado. Todo me dice, produciéndome una amargura infinita : «Demasiado tarde.» Discúlpame si te hago sufrir. Mas llevo demasiados días esta pesadumbre sobre mí, y si sigo callando acaso formarías juicios temerarios. Todo lo prefiero a una duda tuya respecto a mis sentimientos. Suceda lo que suceda, siempre podrás decir que yo sólo conocí la dicha mientras estuve a tu lado, pues eres el único ser comprensivo con quien he tropezado en mi camino.

Ahora comprenderás por qué no he contestado tus cartas. Yo no merezco las atenciones que me prodigas. Sacrificas por mí tu juventud tu porvenir. Yo sólo puedo ofrecerte vejez, achaques y una inquietud constante, aparte de la melancolía que de vez en vez se apodera de mí dejándome ver lo falso de mi posición y el egoísmo insensato de que te hago víctima. ¡No, amigo mío, no; no, mi único amigo! Yo no debo sacrificar ni tu juventud ni tu porvenir. Yo debo ser una hermana para ti y no el estorbo en que al correr de los días me convertiría. Sé que lejos de ti moriré antes : la poca vitalidad de que tengo de ti la recibo, y sólo tú reavivas mi desdichado corazón, tan lleno de heridas. Las has cicatrizado todas, pero la naturaleza, rendida, sucumbe y no quiere envolverte en mi caída. Deseo que vuelvas a ser el hombre que conocí. Escribirás, tendrás amigos, vivirás tu vida. Y yo seré lo que quieras que sea para ti : amante, hermana o amiga, hasta que se cierran mis ojos ; pero desligado tú por completo de todo lazo que a mí te sujete. Te devuelvo la libertad. Olvido cualquier egoísmo que antes haya tenido sobre este particular. Te quiero tanto, que sólo viendo que no soy un obstáculo para tu porvenir volverá la tranquilidad a mi ánimo conturbado. Acaso alquilidad a mi ánimo conturbado. Acaso al leer esto surja alguna duda en tu mente acerca de mis verdaderos sentimientos. Te disculpo de antemano y sé que será pasajera. En el fondo de tu conciencia, siempre recta y comprensiva, no es posible que entre esa duda.

No sé si influirán algo en tu ánimo mis palabras, o si tu apasionamiento por mí te inducirá a proseguir esta aventura, hermosísima hasta ahora, trágica quizá mañana. Te he mostrado el fondo de mi pecho para que veas lo que hay en él, y ten la seguridad de que te amaré mientras viva, sea cual fuere

la resolución que tomes. A tu lado o lejos de ti, siempre te perteneceré.»

Y contesta él :

«Si a los demás se lo diste todo y no te devolvieron nada, excepto mal, no me des a mí nada y tómalo de mí todo : así se restablecerá la justicia. Tómalo sin remordimientos, sin reproches de conciencia : es tuyo ; ha estado guardado para ti ; suponiendo que tenga mucho valor, aún no tienen el que debería tener para parangonarse con tus merecimientos ; es el pago que te reservaba el Destino por tu manera de ser ; no darás pruebas de egoísmo gastándolo : gastas lo que te pertenece, lo que se te ha entregado como recompensa de tus virtudes.

¿Para qué me serviría la libertad sin ti ? ¡Eso sería la peor de las esclavitudes! Mi vida no puede volver a tomar el rumbo antiguo. Después de haberte conocido, yo no puedo vivir nada más que para ti. Todo lo que haga que no sea para ti es una falta que cometo en contra tuya. El egoísta, pues, soy yo, no tú. Yo, que aún hago cosas que no son para ti. Estaba destinado indudablemente a curar todas tus heridas ; sólo cuando no me ocupo de esa tarea dejo de cumplir mi deber.

¿Qué importa la tragedia que pueda sobrevenir ? Lo peor que podría resultar de ella es la muerte, y viniendo de ti no me espanta. Te sacrifico —dices— juventud y porvenir. ¡Cuán poco, todo ello reunido! Poseedor de las cosas más grandes que un hombre pueda tener, después de habértelas entregado todas aún te habría dado muy menguados bienes. Desecha toda preocupación. Aprovecha la vida que te quede para gozar la dicha que hasta ahora no conociste. Si le prestas tu aliento a mi cariño, revivirá con cada amanecer.

No puedo escoger en ti un aspecto único de la mujer. Ni amiga, ni hermana, ni amante ; amiga, hermana y amante a la vez. Sin posible sustitución en cualquiera de esos aspectos por ninguna otra.

Yo no puedo tomar determinaciones : soy tuyo ; tuyo en absoluto. Tú has de ser quien decida siempre de nuestro destino.

Nunca has sido ni serás un obstáculo puesto en mi camino. Has aparecido en él para que me recree y mi vida tenga sentido. Todo lo demás que he abandonado o pueda abandonar carece de importancia : hablando un lenguaje impropio, puedo decir que pierdo monedas de cobre y las sustituyo con otras de oro.»

C. LIÑAN

Poetas de ayer, de hoy y de mañana

España desmelenada



Cada hombre, siempre que esta palabra no se utilice como careta, es dueño de un mayor o menor relaño de propósitos. Los cuales, a manera de ramas, penden de él, de su vida. Le obligan a que procure su sustento y su realización. Y no bastádoles tan excesiva rirania—que vivir no sea ser tronco, sino rama—sientan en el lugar que anteriormente ocuparon en la conciencia del hombre, embriones de propósitos, aprendices de actos.

Entre los muchos nuestros cabritea, hoy más que nunca, el de escribir algunas líneas sobre poesía. Cosa superimportante y fútil al mismo tiempo. Imprescindible para quien guste de adentrarse por los más ocultos recovecos del espíritu.

No difere de valor la poesía por como se mire. Menos aún por los ojos con que se mire. Se transforma en objeto avecinado próximo a Dios o en vuelo de mosca. Simplemente, por el gesto con que el alma del artista escuche el aliento de la aérea dama; por la manera de acercarse a ella del poeta. Con taconeo militarote o con el incierto avance de dos tímidos párpados.

Es precisamente este desacuerdo en escuchar el límpido manantial siempre igual y siempre nuevo, el que nos enfrenta a lo más importante después de la vida: la poesía. Sí, primero, vivir, y luego, con la misma imperiosa necesidad que tenemos de vivir, verse vivir. Observar desde las almenas de nuestro espíritu el juego de cañas a que las distintas partes de nuestra persona suelen estar entregadas. Nada más que la poesía cumple en extensión y profundidad este cometido.

Como nadie, por el solo hecho de repetirse a sí mismo vivo, vive, ha de existir, y no muy lejos al hombre, un motivo de ese vivir, un algo que justifique en todo o en parte la vida. No basta que alguien me diga a mí, por ejemplo, usted vive, señor. Yo he de hallar por mí y para mí exclusivamente esa razón. Esa causa de la existencia tal vez.

Este nos parece el destino que a la poesía le correspondió el día que se repartieron entre todo el mundo el stock de destinos. Ella, que anota en sus páginas los hechos una vez desplumados del calor natal, ocasiona, por in-fiujo, nuevos hechos, nueva vida. Percátese

el lector que al decir hechos no me refiero a lo que vulgarmente se entiende por tal. No; los hechos históricos, posible material poético, no son los hechos de que yo hablo. Estos están más acá o más allá de la Historia. La Historia, que es vida reseca sin posible retoñamiento, es producida por esos hechos, cuyo campo de operaciones se halla en los individuos. Y en éstos, no como actos netos. Como llama que constantemente enciende esos actos, dándoles en cada proyección visos de originalidad. Así que no nos resultaría descabellado si afirmásemos que la poesía—la poesía de que nosotros venimos hablando—es antes que la vida. No creo necesario decir que esta vida es de orden espiritual. Pues la otra vida, la naturalista, es anterior a toda otra cosa.

Retrocediendo a lo que la poesía es para la vida. Vamos a decir aquí algo que seguramente molestará a los que se creen estar en el mundo con igual seguridad que estarían si pudieran en el concepto humano de lo eterno. No seamos timoratos. Lancémonos al rostro las verdades, que si no nos acogotan ya, daremos con una rendija por donde escapar.

Si la poesía, ocasionada la vida por influencia, por intromisión del sentido poético en el sentido vital, se debe tender a crear poesía, creándola, no solamente se mantendrá la vida elevada, se la obligará a izarse más y más.

La vida no brota de sí misma, sino de la poesía que en fin de cuentas, y con sinceridad, no pasá de ser una excelente tramoya.

Mas, que esto sea así, no debe chocarnos. Lo opuesto sí que debiera sulfurar nuestro inconsciente sentido de la fugacidad. Si en la infraconciencia estamos seguros de que todo es volandero como papel de fumar, ¿a qué, pues, pretender la estabilidad en el círculo de la conciencia?

Sin darnos cuenta, ensimismados en nuestras ideas, saltando de una a otra como buenos alpinistas del espíritu, damos de lado al propósito que nos trajo a trazar estas cuartillas.

Antes de alejarnos de este hermoso valle que nuestra curiosidad ha entreabierto, digamos al menos una frase bonita. Un piropo a la vida, que mañana será diferente a hoy, pe-

ro que mañana como hoy y ayer será codiciable: sé que en cuanto mi talle se tronche quedaré borrado de su alma: bella niña, aquí tiene usted mis brazos; puede ahora mismo devolverme a la nada.

Hemos venido a jugar en el estadio de esta Revista un partido. Somos, ante todo, deportistas. Venimos a jugar, solamente a jugar. Pero si de nosotros depende el que ganemos...

Como antes escribíamos, nos preocupa cómo escucha el poeta a la poesía actualmente. En cada época, por descontado, se la ha oído de manera diferente. Hoy también se asiste a sus discursos. Y no pocos, sino muchos, son los que van a oírla.

Sí, hoy son muchos, muchísimos los poetas. Si queremos hallar tiempo igual al presente, hemos de bajar la vista hasta el Renacimiento. Su creación es nueva, propia, únicamente para nuestra sensibilidad.

Rompe, o, mejor dicho, deslinda materialmente el pasado del presente. En el libro de un poeta de ahora, cuánta actualidad, qué poco pasado. Apretujada, en manojó el alma que gastamos, se encuentra acurrucada a veces en un verso

El poeta se sentirá contento de sí mismo. Cumple a la perfección su oficio: Expresar el alma de su tiempo. El lector también se sentirá satisfecho. Verá allí sus deseos, el vago ambiente anímico que apenas alcanza a asomarse a los labios, y hasta si es inteligente, notará, insinuado en alguna palabra del poeta, al porvenir.

Suponiendo esto, el lector, que piensa y que apetece caminar solo hacia el futuro, se entregará a profundas reflexiones. ¿Esta poesía que hoy satisface —¿por qué no dibujar aquí una leve sonrisa?— podrá hacer lo mismo el día de mañana?

Queremos nosotros responder a este imaginario lector, que suponemos, además de inteligente, limpio de prejuicios y dispuesto a aceptar toda realidad. En tres artículos que seguirá a éste, esbozaremos, nada más que esbozar, la respuesta que daríamos si ese amable lector nos inquiriese.

Preparemos el terreno por si no pudiéramos satisfacer nuestra promesa. No por falta de medios, no. Para hablar de cosa tan

fina y transparente tenemos manos casi de marfil.

La interrupción habría de venir de fuera, de la calle. Esta que antes no era nada y hoy vive a horcajadas sobre nosotros. Euforifollada señora, que no sabemos de qué encanto está revestida, que nos hace dedicar la horas y horas. Esta señora que tiene, como antiguamente, pavoneos de comadre.

Vivimos por decirlo de algún modo en sus ojos o en sus puertas. Comentamos el suceso del día, el enorme suceso de cada día. Apasionadamente nos lanzamos por el terraplén del momento, ¿dónde vamos? ¡Qué importa! No vale la pena de preocuparse.

El hombre, antes, debido a su magnífica dualidad, se vamboleaba entre el pasado y el presente, y sobre los dos lograba conservar el equilibrio. Tenía por ello oídos para las voces añejas y para las recientes. Ahora únicamente logra entumecer su vida la música recién aparecida.

A los hombres pasados les era grato bañarse en agua corriente. A los del momento les gusta el agua limpia, pero contenida en piscinas.

La causa de esto, tremenda, traspasa nuestra persona de angustia. Nosotros, con cara que edita carcajadas a granel, somos, en el fondo, unos tristes pesimistas. No nos importa un ochavo el porvenir. ¿Para qué, nos preguntamos, queremos nosotros otra reserva de tiempo si su calidad, estamos convencidos, será inferior a la del actual?

En cuanto al pasado, amigos, suspendamos esa conversación. No puedo soportar los recuerdos de mi niñez. El estampido de los cañones y los ayes de los muertos se mezclan a mis primeros amores. Tenía diez años.

Esto es el mundo en su totalidad, como un buen profesor de Geografía podría explicarlo. En esta posible lección reluce una negra piel de toro: España.

¿Cómo se encuentra, qué quiere, dónde va? En España la inteligencia, mordiendo durante cien años vetustos usos, descascarillando arcaicas instituciones, destrozando un inservible sentido de vida. En esta tarea toda la inteligencia. La más fina, la más potente, unida a la de su medida revolucionaria.

La consigna desde hace cien años no es otra: destruir. Abrir cauces, veredas, trazar planos de la nueva España. Novedad que está llegando hace mucho tiempo. Tanto, que los españoles empezamos a desesperar de que llegue algún día. Y eso lo pensa-

mos en estos instantes, en que lo esperado se aproxima.

Se acerca paso a paso, sus campanas martilleando el silencio que nos cubre. La España nueva va haciéndose en las almas algo formal, dotado de esquinas, de ecos. Por fuera, blanca, húmeda aún. Dentro, bullir de cosas nuevas, extrañas. En las celdas de la nueva España espíritus van trazando las rutas que habremos que seguir.

¿Pero qué nube de alas cenicientas bate sus alas frente a nuestros ojos? Luz de otoño, de otoño enfermo, vendada por un ciezo de nieve, ocupa el espacio entre la esperada y nosotros. La buena moza, de mejillas de melocotón, y ¿cómo no? siendo española, de talle juncal, viene de la mano de hombres entrecanos, entre las arrugas de la frente, el estigma de la traición a la verdadera causa. Los antiguos enemigos, han perdonado, porque las nuevas cosas han de apoyarse en una cordialidad ilimitada, nos traen la ansiada novia.

En esto se fundamenta nuestra desesperanza. El acorchamiento de los otros, de los opuestos, se ha inmiscuído en los nuestros. Ahora que se les ve en fila nos damos cuenta de que son iguales. El brillo de los ojos, el gesto de las manos, la sonrisa, y lo que es peor, lo de dentro, de la misma materia.

La inteligencia había de volver de nuevo a ser minera de lo estatuído. Y no es éste su único papel. Tiene a su disposición el inverso, el constructivo. ¡Qué escasos españoles en estos últimos cien años han podido dedicarse a una labor de construcción! Algunos artistas solamente han podido gozar de la paz necesaria para crear una obra de perfiles eternos.

El escritor, dependiente de la realidad inmediata, ha finado en España, después de haber sido trasteado brutalmente por ella. Por esta realidad española, tan cuajada de clavos y de garras.

Todo en España acaba en corrida de toros. El pueblo, ingenuo, aplaudiendo a quien le carcome. Ella, lanzando a los españoles finos a manotear por el espacio. Y la insobornable energía hispánica empujando esta semiislita que habitamos hacia el desierto azul, lejos de nuestros hermanos. ¿Conseguirá España ponerse el anillo que la librá de toda influencia? Luchemos por que así no sea.

• • •

Esto, que son muchas y una sola cosa a la

vez, puede alejarnos del oasis. Delante de nosotros marchan ya innumerables caravanas desviadas de su normal camino por los vientos anotados.

Y, sin embargo, la realidad debiera engrandecer la vida interior, en vez de empobrecerla.

ENRIQUE DE JUAN



OFICIAL QUE CONQUISTO HONORES
EN DEFENSA DE LA PATRIA

Haz tú otro tanto

Hay gentes tan ciegas que ni al mismo Vulcano considerarían un buen herrero, si no llevaba su gorro. Necedad es, pues, quejarse de ser desconocido de un necio que sólo conoce a los hombres por su traje o sus atributos. Por esto Sócrates fué desconocido por la mayor parte de sus conciudadanos. A él acudían para rogarle que les llevara «algún filósofo» y él accedía a sus ruegos. ¿Quejose alguna vez de que no le consideraran a él como filósofo? Jamás; no tenía rótulo en su puerta, y estaba muy satisfecho de ser filósofo sin parecerlo. Y no obstante, ¿quién lo ha sido más que él? Haz tú otro tanto: que la filosofía no se deje ver más que en tus actos.

EPICTETO

La moral y la educación sexual

V

La iniciación antes del casamiento

Antes de comprometerse para una unión de toda la vida, un hombre y una mujer deben darse mutuas explicaciones de sus sensaciones sexuales, con el fin de evitar la decepción y la incompatibilidad.

DR. AUGUSTE FOREL

Cuanto he dicho referente a la ignorancia masculina, que utiliza el cuerpo de la mujer sin conocer la más insignificante de sus necesidades, puede ser aplicado en el sentido inverso. Si el hombre debe dominar su pasión y orientarla; si debe velar celosamente sobre la voluptuosidad de su compañera, despertándosela y manteniéndosela con caricias oportunas y delicadas precauciones, por su parte, la mujer, debe esforzarse en comprender el amor, en expulsar toda repugnancia con relación al más natural de todos los actos, al más bello de todos los gestos, y de vibrar al unísono de su amante, entregándosele con toda la pasión posible, no consintiendo ser un instrumento inerte, sino vibrante, amoroso, apasionado. «Para vivir es preciso sentir la vida y experimentar fuertes sensaciones» (Stendhal).

Fuera del goce no es posible la armonía.

Para conseguir este equilibrio, para llegar a la realización de una armoniosa reciprocidad que dé a los amantes la felicidad en toda su plenitud, es indispensable la iniciación sexual.

He aquí un grave problema. Se nos ha acostumbrado tanto a dar una excesiva importancia a la virginidad, al pudor, a la inocencia... que cuesta trabajo colocar en el primer plan la felicidad del individuo.

La virginidad no tiene otro valor que el que el vulgo quiera darle. Para colocarlo en su verdadero lugar, basta con recordar que la hembra humana no posee el monopolio exclusivo. «No puede vanagloriarse de poseer un privilegio que hay que compartir con los «titis» (1)» (Remy de Gourmont).

La verdadera virginidad no reside en el

sexo sino en el corazón. Y esta virginidad del corazón no necesita para nada la inocencia, es decir, la ignorancia. Pero cuando existe en un espíritu capacitado, entonces sí que tiene un valor, porque se apoya sobre la voluntad. ¿Qué importancia tiene una virginidad que descansa sobre la ignorancia y que desaparece a las primeras nociones de lo que es el sexo?

Es una singular confesión esa de los moralistas que proclaman ser de necesidad la ignorancia sexual, al menos para la mujer. Para con el hombre, aunque no lo proclamen bien alto, le conceden en cambio, en voz baja, cierta tolerancia. De todos modos, ya reconocen la fuerza del instinto sexual, puesto que consideran que únicamente puede quedar a salvo mientras se desconocen los medios para satisfacerle. Ahora que la ignorancia tampoco puede mantenerlo intacto; frágil es la barrera ante los empujes vigorosos de esta necesidad. Los no iniciados llega momento que también encuentran el medio de satisfacerlo. La vida, de una manera poderosa e irrefutable, se cuida de demostrar que esta estrecha moral no tiene valor alguno.

La iniciación sexual, lejos de debilitar la barrera que debe colocarse para evitar los excesos, se cuida, al contrario, de fortificarla, porque presenta al individuo todas las realidades y todos los peligros. Muestra a los jóvenes de ambos sexos la verdadera importancia que el amor tiene en la vida y les enseña a no malgastar y a no mancillar las riquezas inestimables que poseen como únicos dueños. Enseñándoles — claro está que de una manera elevada y digna — las bellezas de la unión sexual y las condiciones de su normal realización, se les colocará al abrigo de multitud de peligros y errores, corrientes en nuestros días. Por ejemplo, se dice que es imposible de observar la continencia; y esto es una exageración, al menos por lo que a los jóvenes de ambos sexos, vírgenes, se refiere, ya que pueden, sin inconveniente alguno para su salud — ¡al contrario! — mantenerse sin el menor contacto sexual hasta llegados a los veinte años. Es altamente conveniente llegar a la virginidad hasta esta edad, tanto para la salud del cuerpo como para la mental; esta con-

(1) Monos.

tención desarrolla la voluntad y cultiva la personalidad. Es sobre uno mismo que deben alcanzarse las grandes victorias.

Es necesario rechazar esta falsa creencia de que el individuo, una vez instruído, querrá pasar a la práctica acto seguido. Dependerá de la forma en que se habrá hecho la iniciación teórica. Si esta iniciación va acompañada de comentarios lascivos, se comprende que los resultados sean diferentes de los que podrán obtenerse si la iniciación sexual parte de un punto serio, noble y filosófico. Si de pequeños recibieran los niños una educación que les diera a entender que el amor es una función natural, sin rodearla de ningún misterio, ni de ninguna restricción mental, ni de prohibiciones, ninguna curiosidad nociva se despertaría en sus espíritus.

Una educación sana y franca se impone: Primero, para la salud y la higiene.

Segundo, por la moralidad.

Tercero, por la felicidad de los futuros cónyuges.

La higiene sexual será observada mucho mejor por el adolescente que no se entregue a la prostitución, que no practique el onanismo ni conozca perversiones, tales como la inversión o cualquier otra degeneración genésica.

Y la higiene moral va a la par con la higiene física. Evitando los vicios y la degradación, los «amores» fáciles y los repugnantes contactos que para siempre pervierten a la juventud, se preservará su moralidad. La muchacha inocente no podrá ser engañada por el hombre casado o por el astuto, que la abandonan al verla encinta. Asimismo el joven se guardará de poner los pies en el lupanar.

Se educarán. Estudiarán las ciencias y las artes en espera de poder concertar la unión superior que embellecerá su existencia y les asegurará la felicidad. Y esto será gracias a la iniciación teórica que les habrá proporcionado los medios de armonía sexual con la mujer elegida. Es lamentable ver a muchachas inexpertas casarse y ser madres sin haber recibido la menor enseñanza sobre sus funciones de esposa y de madre. Sí, recibe una educación empírica. Algunas palabras dichas al oído y con temor por su madre, la misma noche de bodas. Y la joven se ve lanzada, con toda su candidez, a un desconocido que puede ser un hombre brutal y grosero. Sobre las dificultades y la higiene del embarazo nada sabe. No tiene más remedio que informarse cerca de las comadres del barrio

y de las vecinas, cuyos consejos y prejuicios, basados en sus tradiciones inspidas, son más nefastos que útiles. Una vez nacido el hijo, tropieza ante las mismas dificultades. Ni la más insignificante noción de higiene; ignorancia sobre los primeros elementos, error sobre error, y las consecuencias son las enfermedades y a veces la muerte del pequeño.

Puede verse, pues, que el dominio de la iniciación sexual es vasto e importante.

El juramento de fidelidad de la joven esposa, que ignora por completo las realidades del amor, no puede tener ningún valor. ¿Que quiere llegar virgen al matrimonio? Es cosa muy particular. Allá ella. Pero que no cometa la tontería de comprometerse para toda su vida sin saber a lo que se compromete. Semejante promesa es un engaño.

Si el hombre *sabe*, me diréis, podrá iniciar a su novia o esposa. Pero si no sabe o cree saber — esta es la peor hipótesis y la más frecuente realidad — desconocerá las necesidades físico-psicológicas de la mujer, y ésta se verá sacrificada sin esperanza de salvación, como ya he dicho más arriba.

Una cierta iniciación sexual es indispensable para los dos sexos. Y digo *cierta iniciación* por estimar que sería suficiente una explicación a grandes líneas, de conjunto, a los niños de corta edad, futuros enamorados.

Que es cuestión ésta que exige mucho tacto y prudencia no pretendo negarlo.

Pero porque sea difícil no es motivo suficiente para no hacer nada y dejarlo todo en el desbarajuste y la brutalidad de hoy día.

Tengamos confianza en el porvenir.

ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año
(12 números)..... 6'50
Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

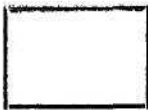
Incluido el número *Atmanaque* de 1.º de año.
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.

Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjase al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158. — VALENCIA (España).



Para una antología
de temas pedagógicos

De la Educación

Aunque pueda señalarse el más dilatado término de la vida humana, y la probabilidad que cada edad tiene de acercarse a esta meta, no hay cosa más incierta que la duración de la vida de cada hombre, y son poquísimos los que llegan a este término. Al principio de la vida son mayores los riesgos de ella; y quien menos ha vivido, menor esperanza de vivir puede tener. La mitad, cuando más, de los niños que nacen, llegan a la adolescencia, y tal vez no alcance vuestro alumno la edad de hombre.

¿Qué pensaremos, por tanto, de esa inhumana educación que sacrifica el tiempo presente a un porvenir incierto; que carga a un niño de todo género de cadenas, y empieza haciéndole miserable, por prepararle para una época remota no sé qué pretendida felicidad, que tal vez nunca disfrutará? Aun suponiendo fundado en razón el objeto de esta educación, ¿quién puede, sin indignarse, contemplar a unos pobres desventurados, sujetos a un yugo inaguantable y condenados como galeotes a remo perpetuo, sin estar ciertos de que han de sacar fruto de tanto penar? En medio de llantos, de castigos, de amenazas y de esclavitud se va la edad de la alegría. Por su bien atormentan al desdichado, sin ver que la muerte es la que llaman, y que le va a llegar en mitad de este triste aparato. ¿Quién sabe cuántos niños perecen víctimas de la extravagante discreción de un padre o de un maestro? ¡Dichosos son en huir de su crueldad, pues el único fruto que sacan de tantos males como les han hecho, es morir sin sentirlo!

Hombres, sed humanos, que es vuestra obligación primera; sedlo con todos los estados, con todas las edades, con todo cuanto es propio del hombre. ¿Qué saber tendréis fuera de la humanidad? Amad la infancia; favoreced sus juegos, sus deleites, su amable instinto. ¿Quién de vosotros no ha deseado alguna vez tornarse a aquella edad en que está siempre vagando la risa por los labios y en que siempre está serena el alma? ¿Por qué queréis estorbar que disfruten los inocentes niños de esos fugaces momentos que tan rápidos huyen, y de bien tan precioso de que no pueden abusar? ¿Por qué queréis llenar de amargura y quebranto esos años primeros que tan veloces pasarán para ellos, y que ya para vosotros no pueden tornar? Padres, ¿sabéis acaso cuándo la muerte descargará en vuestros

hijos el golpe fatal? No deis motivo a nuevos llantos, privándoles de los cortos instantes que les dispensa la Naturaleza; así que puedan sentir el deleite de la existencia, haced que disfruten de él...

... ..
¡Qué vocerío va a suscitarse contra mí! Oigo los clamores de esa falaz sabiduría que sin cesar nos lanza fuera de nosotros, que desdeña el tiempo presente, siempre corriendo sin tomar aliento en pos del porvenir, que huye al paso que nos adelantamos, y que a fuerza de querer trasladarnos adonde no estamos, nos traslada adonde nunca estaremos.

Ahora es tiempo, respondéis, de corregir las malas inclinaciones del hombre; en la edad de la infancia, en que menos se sienten las penas, conviene multiplicarlas para evitárselas en las de la razón. ¿Quién os dijo que estuviese en vuestra mano ese arreglo, y que todas esas bellísimas instrucciones con que abrumáis el entendimiento de un niño, no le hayan de ser un día más perjudiciales que provechosas? ¿Quién os dijo que le evitabais pesares con los que ahora le causáis? ¿Por qué le hacéis mayores daños de los que su estado permite, sin estar ciertos de que sus males presentes sean alivio de los venideros? ¿Cómo me probaréis que esas malas inclinaciones de que queréis curarle no son debidas mucho más a vuestros mal entendidos afanes que a la Naturaleza? ¡Desventurada previsión que hace hoy miserable a un ser con la bien o mal fundada esperanza de hacerle un día feliz! Y si este vulgo de argumentadores confunde la licencia con la libertad, y el niño que hacen feliz con el mimado, enseñémosles a que los distinguan.

Si no corremos en pos de imaginaciones fantásticas, no nos olvidemos tampoco de lo que conviene a nuestra condición. La humanidad tiene su lugar en el orden de las cosas, y el niño el suyo en el orden de la vida humana; es necesario considerar al hombre en el hombre y al niño en el niño. Todo cuanto para su bien podemos hacer es señalar a cada uno su lugar, colocarle en él y coordinar las pasiones humanas según la constitución del hombre: lo demás depende de causas extrañas que no están en nuestra mano.

ROUSSEAU

COMO EVITAR LAS ENFERMEDADES VENEREAS

Sin reglamentación de la prostitución ni policía sanitaria

Seguido de unas reflexiones sobre la mentalidad de las prostitutas y la vida sexual del porvenir

(Continuación)

Lo que caracteriza sobre todo la vida de las prostitutas le hoy en día es la humillación constante a que se ven sometidas, lo que hace que entre estas mujeres se halle raramente la que posee un alto valor moral.

En cuanto a su valor intelectual, es aún más bajo si cabe, Es, sobre todo en este aspecto, que se diferencia en absoluto de las antiguas *hetairas* griegas, ya que actualmente las prostitutas surgen de entre aquellas mujeres más superficiales, más frívolas, únicamente interesadas por los placeres ineptos, no preocupándose ningún otro aspecto de la vida —sobre todo las cuestiones que conmueven a los corazones sensibles, tales como las luchas sociales, etcétera—. Desgraciado el idealista que busca despertar la atención de las prostitutas sobre cualquier asunto vital; es como si «echara perlas a los cerdos». Sobre cien de estas mujeres no se encontraría una dispuesta a escuchar, porque su falta de intelecto llega hasta lo increíble. Sabido es, además, que en llegando a viejas casi todas acaban siendo unas benditas santurronas. Con esto ponen fin tranquilamente a su papel de verdaderas prostitutas.

Si mientras poseen los atractivos plásticos no les interesa la Iglesia, ¿a qué es debida su conversión en llegando a la vejez? ¿No podría muy bien ser la prostitución en otro aspecto? Creyendo, como tantas otras personas desprovistas de un espíritu de crítica, en la inmortalidad del alma, ellas sienten la necesidad en el anochecer de su vida, de ponerse en regla con las exigencias pecuniarias y demás reglas de esta Iglesia que fué la gran corruptora de almas por sus doctrinas de una ley moral comercial y egoísta, presentando como móviles de esperanza de una recompensa en un más allá de la vida terrestre, cuando se es *honrado*, y en un infierno sin fin cuando se vive sin el sacro honor descrito. Moral inferior en grado sumo a la del librepensador, por cuanto éste se comporta honradamente, sin esperar

la gran recompensa, y si no obra mal, no es por temor al eterno castigo.

Pues no solamente la inteligencia de la prostituta es, por regla general, nula, sino que su moral ha alcanzado a un punto tal de vileza, que el hombre idealista que las trata con respeto se ve despreciado y considerado como un ser original, cuando no por un necio, encajando aquí muy bien aquel proverbio italiano que dice: «El que mucho estima a los demás, muy maltratado se ve.»

Todo este enjambre de prostitutas y rufianes es esencialmente una fracción del pueblo refractario a toda aspiración elevada, con miras a una sociedad mejor y menos injusta. Toda esta gente constituye un elemento de tranquilidad para la clase explotadora y parásita, que los considera como un precioso auxiliar para el embrutecimiento del pueblo, formando cuadro con la taberna, la iglesia, el café-concierto y el cine vulgar.

Ahora podemos tocar otro aspecto de la mujer «pública»: el de los afectos, el amor. Bajo este punto también su inferioridad es bien notoria.

Muy raras son las personas que no sientan la necesidad de recibir afectos sinceros de otras personas, de sentirse amados de una manera desinteresada. Las prostitutas no forman una excepción. Por su oficio parece que debería ofrecérceles *a priori* la ocasión de hallar satisfacción para esta necesidad. Pues al contrario; paulatinamente va siendo para ellas más difícil, ya que van adquiriendo una marcada hostilidad al amor. Y es que viviendo una vida sin dignidad y de humillaciones sin fin, es muy raro que en el ejercicio de su profesión encuentren un hombre que se enamore de ellas con un verdadero afecto, porque todo hombre un poco digno, busca en la mujer cualidades que no se hallan en estos medios. Sabido es que casi todas las prostitutas tienen sus chulos, hombres sin pizca de honor, surgidos de los bajos fondos de las grandes poblaciones, y que viven siempre a costa de estas desgraciadas mujeres. No obstante, se dan casos de que,

algunas de estas mujeres, faltas de todo afecto, se despierta en ellas un verdadero sentimiento de amor hacia ese ser degenerado y desprovisto de toda dignidad. Aunque la mayoría de las veces es el puro interés lo que las guía, sobre todo si han llegado a una edad madura en que el *ogcio* ya no da de sí.

Por otra parte, entre las prostitutas las hay de una verdadera belleza, y de ellas se prenda alguno de sus clientes, hasta el extremo de llegar al matrimonio. Desgraciado el hombre que tal hace, porque rara vez será comprendido en sus buenas intenciones y será engañado por ella.

La vida de continua excitación y los placeres vulgares, aunque obtenidos a costa de humillaciones y de abdicaciones constantes, una vez les falta, sienten la necesidad de vivirla de nuevo. Luego, el nacimiento de los hijos, única razón de ser del matrimonio, no entra en sus cálculos, ya que siendo, por regla general, estériles, no pueden tenerlos.

Pero que se consuelen las mujeres «públicas», porque realmente no se hallan aún en lo más bajo de la escala de la vida sexual. Y de ello les voy a dar una prueba harto ejemplar de una vida sexual estéticamente y moralmente muy por debajo de la que lleva la prostituta de oficio. Se trata de una señora que se casó con miras al interés y que se prostituyó, por este hecho, para toda su vida. Pues bien; en una ocasión me declaró que *jamás había sentido el menor afecto hacia su marido* (¿Qué prostituta de oficio no ha amado a un hombre, al menos una vez en su vida?), y que en el curso de su larga *carrera* de esposa, continuamente le ha engañado. Su marido, no obstante, le ha demostrado siempre una grande estimación y completa confianza.

Cuando ante mí esta señora se burlaba de su marido por la confianza que en ella tenía y se vanagloriaba de sus astucias y artificios, tanto más difíciles por tratarse de la esposa del notario de un pequeño villorrio, comprendí hasta qué punto una mujer puede llegar a la degradación moral y cometer el más vil abuso de confianza que imaginarse pueda.

Pero esta dama se hallaba en buena compañía, compañía digna de ella, ya que sus amantes, que eran varios, formaban parte de las *amistades* de su marido. Hombres, como hay muchos, que simulan una amistad pero que en realidad se portan como los peores enemigos del que dicen estimar.

Esta mujer me confesó que para ella el sentimiento no tenía importancia alguna, en cambio, lo que a ella le interesaba, era el

contacto sexual. Es decir, que la vida sexual, se manifestaba en ella de una forma puramente mecánica, desprovista de todo elemento estético. Por otra parte, se muestra orgullosa del talento suyo, que le permitía engañar al confiado marido y conseguir hacerse amar por él sin la menor sospecha de su infidelidad. De todos modos hubo de confesar que también de soltera tuvo un amante ¡uno sólo!, ya que su marido se apercibió de la falta de su virginidad. Este marido, que tanto la ama, le dijo que aun no siendo virgen, e incluso que hubiera tenido un hijo con su amante, se casaría con ella, y así lo hizo, a pesar de no ser bella y no poseer fortuna alguna y carecer de la más elemental

Pues esta mujer que se vendió para convertirse en una dama respetable y poder vivir una vida material desahogada y que jamás tuvo para con su marido el menor sentimiento de amor, ni siquiera de afecto o de agradecimiento, que lo ha engañado constantemente de la manera más innoble e hipócrita, esta mujer, repito, al hablar de las que ejercen la prostitución como un oficio, pronunciaba con intención las más bajas palabras y tenía los más despreciativos gestos. Pero vosotras, mujeres que vais en busca de vuestro pan por medio de la prostitución, no os aflijáis por tan olímpico desprecio, ya que ejercéis vuestro oficio abiertamente, lealmente, sin engañar a nadie. Resalta vuestra pureza, comparadas con esa dama, que será todo lo respetable que se quiera en esta miserable e hipócrita sociedad, pero que su conducta no deja de ser denigrante y perversa.

Víctor Margueritte, *El Compañero*, tiene razón cuando dice «Acostarse con otro hombre ocultamente no es un engaño sino una indecencia. Enseguida debes decirle a tu marido la verdad.»

Esta respetable señora, perteneciente a la alta burguesía, no era solamente inferior a las prostitutas de oficio en el sentido moral, sino que estéticamente estaba muy por debajo del nivel de ellas, ya que manifiesta casi con jactancia, que jamás sentimiento alguno ni siquiera moral, intelectual o estético tuvieron la más débil relación en su vida sexual. Únicamente el mecanismo del acto del coito, en particular la dimensión del órgano sexual del hombre, es lo que más le interesaba. Esta mujer, pues, desde su desfloración (diez y seis años) hasta los cincuenta que tenía en el momento que la conocimos, convirtió el mayor y más intenso placer que nos ofrece Natura en el más indigno vicio carnal.

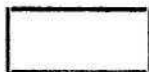
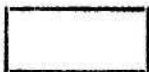
(Continuará.)

Una página maestra

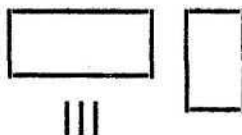
De la personalidad en arte

La extendida y errónea creencia de que la expresión de la personalidad es meta y gloria del conato artístico, ha causado infinito daño al arte y a los artistas. Por lo pronto, es un estúpido optimismo imaginar que ni siquiera uno entre un millar de artistas posea personalidad de suficiente interés general, al punto que merezca distinta manera de expresión. En segundo lugar, podemos estar ciertos de que cualquier sentimiento o idea personal acerca del arte, por parte de los más grandes artistas, sobrevino como un sub-producto; pero jamás fué resultado de un esfuerzo deliberado y consciente. Ningún artista que se interese mayormente en sí propio que en lo que está haciendo, es probable que logre grandeza. Cuando más, su destreza hará de él un virtuoso. La necesidad, tan frecuentemente pregonada, de querer ser personal, ejerce perniciosas consecuencias sobre los artistas, persuadiéndoles de que son diferentes y mejores que sus prójimos y colegas, y de que la fama puede conseguirse, no por lo que llevan a cabo, sino por lo que ellos mismos son o cómo son. Un pintor francés, Gleizes, aunque muy avanzado, se decide ya a anotar que la tarea exclusiva de la pintura, a través de las edades, ha sido *d'enrígister, d'enseigner, de rappeler* (inventariar, enseñar y recordar). Si un mayor número de artistas actuales tomaran más en serio la tarea, las exposiciones atraerían más acopio de público, y las obras adquirirían valor definido e interés, tanto para el presente como para el futuro. Lo más excepcional en el mundo es hallar un artista, de maestría en tal grado suprema, que nos hechice y fascine, pinte lo que pinte y por humilde e insignificante que sea lo que copie. Poseer esta especie de genio pictórico es tan raro, como estar dotado con una mentalidad a lo Rembrandt o a lo Miguel Angel. En lo atañedero al pintor moderno, el figurarse que su técnica es tan maravillosa, que las propias reacciones ante un plato de manzanas o un racimo de plátanos ocasionaran una especie de rapto o arrobo al universo entero, es una doctrina dañosa que no conduce sino al desastre.

FRANK RUTTER



Tres diplomas de honor



I.—PREMIO NOBEL

Se dice que un galardón otorgado es como un reflector que se proyecta sobre una figura, ampliándola en universidad. Esto tiene un margen, un viso bastante amplio de realidad. Sería rigurosamente exacto si se añadiese que se proyecta un ramo, un haz de luz sobre una figura, pero que no la capta; antes la expulsa, ladeándola, marginándola y casi con efecto negativo. Figura y galardón son confundidos, y una y otro pasan a ser *premio*, Diploma de Honor de Conservatorio.

«Cuando quieras olvidar a un hombre —se dice en algún sitio—, tenlo muy presente.» Cuando se quiere borrar algo, hágase antes. Un proyector sobre un nombre es —muy mal dicho, por cierto— un escobazo. Nada inutiliza tanto como una distinción, por merecida que sea. Entiéndase que esa distinción no ha de ser negativa. Exponer un nombre a la pública vergüenza, es como exponerle a las inclemencias atmosféricas, fortalecerlo, robustecerlo. Redearle de un halo, si antes no es cegar, es convertirlo en un inofensivo semidiós.

Si alguien desconociese la estructura interior de esa Fundación —que tiene algo de Asilo de Inválidos—, que es la institución del Premio Nóbel, le bastaría con recorrer la gama ya varia de sus favorecidos para comprender su mecanismo, su engranaje internacional. Es de una simplicidad aterradora. Y si en la elección turnada, al recaer sobre un escritor, es casi un Inri sobre su obra crucificada, cuando esa obra es todavía un camino, un premio X es un atolladero en que se atasca el caminante.

Sinclair Lewis —¿lo ha olvidado el lector?; ¡hace ya tanto tiempo!— es un Premio Nóbel 1930. Escritor y americano, esta vez ha pasado más el americano que el escritor. En su obra, ya densa, aparece por primera vez una América vista con los ojos abiertos, unos ojos chicos, grises y crueles. De esa crueldad *standard*, arma de dos filos, y que antes que un estado interior es el eco de una predisposición externa. Cuando Sinclair Lewis pone al descubierto toda la debilidad del pueblo yanqui, ese mismo pueblo, niño y dócil, recoge su sátira y la devuelve hecha mito, leyenda, ingenuamente, como quien acabase de descubrir otra parti-

cularidad más de su existencia y con el descubrirla la exhibiese legítima. Babbit no es un americano más. Es América vista por un americano.

Así, cuando estos días españoles, grises, llenos de insinuaciones imprecisas, de diciembre, la prensa ha traído el eco frío de la ceremonia —excepcional, esta vez treinta años de éxito creciente!— del reparto de premios, hemos visto, bajo un cielo diluido en la nieve, la figura de un escrito: joven, que entre los aplausos de una concurrencia en traje de fiesta recibía, con la emoción que un Babbit, junior, de la Universidad de Yale, un Diploma de Honor, la mención honorífica de un cheque.

II.—HENRI FAUCONNIER, PREMIO

GONCOURT 1930

Una buena tradición literaria quiere para sí todo un arriazón de otras tradiciones, sin las cuales acabaría por perecer. Requiere hasta la tradición de poderla romper periódicamente, que acaba por serle tan necesaria como esa, esencial, de dormirse sobre sus propias excelencias. El Premio Goncourt es en Francia una presa codiciadísima. Ha podido formarse en torno suyo toda otra red espesa de tradiciones, que han querido que sea, no sólo el más codiciado, pero el más difícil. Por supuesto, que esto último dista mucho de serlo... para el designado. Pero la hoja de servicios del Premio Goncourt sería una de las páginas más dolorosas de la historia de Francia, si su distinción sólo se concediese cada treinta años. En el entretanto, sólo es un toque de clarín. Una franja roja sobre una libro y una saeta indicadora. Dirección: Al mejor libro del año.

Lo particular es que cada año haya libros mejores. Algo sospechoso debieron ver en ello, cuando alguien fundaba no ha mucho y en la misma Francia otro premio para el libro peor... Sólo que de vez en vez no es que acierte un Jurado, sino un autor, y esto es más que posible haya sido rota esa tradición, que consiste en otorgar el premio al mejor libro para concedérselo al menos malo. Hace bastantes años que un muchacho francés —Henri Fauconnier, Premio Goncourt, 1930— era absorbido por la *brousse* malaya. Aún no se conocía la evasión —dice

Marc Chadourne, su amigo—. Aún no se había inventado la evasión —es mucho más exacto—, Fauconnier partía para la Malasia en busca de algo que otros compatriotas suyos habían de ir a perder posteriormente: la personalidad. No iba a mecerse en la tibia blandura de los climas malayos, a dormir en los brazos oscuros de las noches del trópico un empacho de conciencia incisiva, de hartura de *yo*. Fauconnier va en busca de sí mismo; pero se encontrará en las cosas antes de confundirse en ellas, y hallará, en la misma naturaleza, un orden posterior a esa naturaleza, excesivamente fecunda, pródiga, para ser clara y ordenada.

Así, su vida en la Malasia, antes que una aventura, será no tanto una previsión como un camino. Algo de ello, y no metafóricamente, hay en su actuación malaya. Empezando la explotación del caucho, abre en los bosques vírgenes de la Malasia una brecha de claridad y —¿por qué no?— de ordenación.

Un día dejaba su estancia oriental por el azul Mediterráneo, de Túnez, el más puro cedazo del mundo. Y a través de este cedazo exactísimo, nos devolvía una *Malasia* clara, como un friso, humana y próxima, porque sus hombres no calzan el coturno inverso de lo impreciso, de lo vago, sino que se recortan como una cenefa sobre el fondo de una prosa limpia y tersa, casi como un espejo. Una *Malasia* y una prosa aptas para el espaldarazo del Premio Goncourt.

III.—PREMIO JOAN CREXELLS

El último, cronológicamente. Importa poco que en sus términos económicos le corresponda también un lugarcillo. *No obsta*. El Premio Joan Crexells tiene, para Cataluña y la novela catalana, una importancia decisiva. Porque precisamente trataba de inquirirse la existencia de esa novela. Dada, propulsarla, impulsarla, lanzarle el asidero de un acicate. Había un hombre, aún tinto de emocionada juventud; del aleteo de un paso frágil y ejemplar por esta tierra ocre y azul —para José María de Sucre, para Guillermo Díaz Plaja: los ocres de Tagores, ¿no son alma y esencia catalanas?—. Joan Crexells, helenista, economista; había muerto joven, a esa edad en que los dioses sólo quieren que mueran los poetas; su muerte había sido una traición al hado, una traición a sí mismo y a su confianza. Había tomado entre sus manos un habla doblemente virgen y con un gesto, por natural, lleno de gracia,

había recogido entre sus pliegues hecha túnica y peplo, toda la esencia de Platón el de Atenas. Crexells ha sido, si no su primer traductor catalán, por lo menos el primero que ha ido a Platón cargado de Platón.

Paralelamente, al flotar de ese nombre —otro nombre de los que se van, como Rilke, no de los que se mueren—, aún manaba como de una herida abierta en el fragor de una polémica, más aún que académica, escolástica, ciertamente—, la duda en existencia de una novela catalana. Una duda justificada, mucho más justificada que la polémica que suscitaba y de la que, a la larga, había de acabar por alimentarse.

Para honrar aquel nombre, un día se instituyó el Premio Joan Crexells para la mejor novela catalana. ¡Buen tino... didáctico! Prueba de plumas y de ánimos. A través de estas notas, diluido en ellas, corre el pensamiento de que para lo único que sirve una distinción literaria es para inutilizar a quien la obtiene. Cuando es una coronación, es un Inri; cuando es una pura incitación, el favorecido corre el handicap de su galardón. Se le esfuerza a más; está obligado a más, en buena ley. Y no siempre es lo doloroso que no dé... Sólo que a veces un Diploma de Honor tiene el valor sustancial de un premio a ese esfuerzo, a una laboriosa obstinación; un galardón a la continuidad.

Este año ha recaído la joven distinción sobre una cabeza interesante. A Miquel Llor, el agraciado, sólo puede sentarle bien el adjetivo de puro, como novelista. Si una novela no es siempre un espejo que se pasea a lo largo de un camino, una novela no es tampoco rigurosamente una idea hecha carne o cuerpo y puesta en movimiento. La idea, esa idea que puede ser bandera y puede ser mortaja, brota luego con esa puesta en juego de las fuerzas vitales, cuando esas fuerzas se le suben a uno a la cabeza, no le huyen, poros y simple acción, mundo a fuera. Miquel Llor, que además de novelista puro es un novelista inteligente, ha sabido —una de las primeras veces en la literatura catalana— ver todas esas fuerzas, cobrar estado de conciencia en los hombres, y los ha lanzado, poseídos de su propio destino, por los caminos más difíciles. Y luego, sí ha paseado su espejo; un espejo biselado en la piedra de un Dostoyewski atenuado por André Gide.

Miquel Llor —Premio Joan Crexells, 1930—, no es sólo un novelista puro. Es —algo más importante todavía— un novelista casi intacto.

JUAN RUIZ

Un libro excepcional y un hombre extraordinario

Francis Hackett y su obra sobre Enrique VIII de Inglaterra

El hombre.—Francis Hackett nació en Kilkenny (Irlanda) en 1883. Su padre era médico, aficionado a la literatura y apasionado por la política. Nacionalista decidido y partidario ferviente de Charles Stewart Parnell, arriesgó muchas veces su posición en defensa de sus ideas. La infancia de Hackett transcurrió entre libros y conversaciones ardientes sobre política y literatura. Ingresó en el colegio de jesuitas de Clongowes Wood, donde, según confesión propia, conservó su espíritu rebelde de libre examen a pesar de la influencia que pretendieron ejercer sus educadores. De allí salió para matricularse en la Royal University de Dublín, convertida más tarde en la National University.

Siendo el sexto vástago de una familia pobre y numerosa, su situación era bastante difícil en Irlanda; entonces pensó salir de su país y embarcó para Nueva York a los diez y ocho años con la idea de crearse una posición como abogado. Bien pronto se le presentó la dura necesidad de ganarse la vida por otros medios; para continuar sus estudios hubo de aceptar un empleo modesto. Conoció durante seis años la terrible lucha del emigrado para no caer vencido y deshecho por el engranaje implacable de la gran ciudad. Se dedicó al periodismo, después de trabajar en una Compañía de ferrocarriles y ser preceptor del hijo de uno de los directores. A los veintitrés años escribía tres artículos diarios en *The Chicago Evening Post*. En 1909 fundó un suplemento semanal de este diario, asumiendo la dirección. Allí publicó folletos destinados a presentar al público norteamericano autores como Wells, Bennett, Chesterton, Shaw y Samuel Butler.

Regresó a Irlanda conocedor de que su padre padecía una grave enfermedad; pero en 1913 volvió a sentirse atraído por América. En su segundo viaje a Nueva York fundó el famoso semanario político y literario *The New Republic*, que ejerció no poca influencia sobre las decisiones del presidente Wilson y contribuyó a fomentar el movimiento literario representado por Sinclair Lewis, Waldo Frank y Sherwood Anderson, entre otros.

En 1922 intervino en la preparación del

Tratado angloirlandés; el *The New York World* solicitó entonces de él una historia de la lucha nacionalista sostenida en Irlanda. La redactó en cinco semanas, batiendo un verdadero récord de rapidez, pues su trabajo alcanzó la cifra de 610.000 palabras.

Después de vivir más de veinte años en América se retiró a una vida menos febril para escribir una novela, *That nice young couple*, cuya publicación originó un gran escándalo.

Además de su magnífica obra sobre Enrique VIII, traducida ya a varias lenguas (en España aparecerá muy en breve), Hackett ha crito dos volúmenes de ensayos, uno sobre literatura norteamericana y otro sobre política irlandesa. Esta obra sobre el monarca inglés, famosa ya en el mundo, ha conquistado rápidamente para su autor un merecido prestigio internacional. Ya se le ha comparado con los célebres biógrafos Emil Ludwig y Stefan Zweig; del primero tiene, en efecto, la objetividad y la clara precisión del estilo; del segundo, ese calor de humanidad con que el gran escritor austríaco enfoca siempre a sus biografiados y ese espíritu psicológico que le permite ver certeramente los aspectos más íntimos, los repliegues más oscuros del alma humana. Pero Francis Hackett posee además una ironía deliciosa que logra arrancar continuamente la sonrisa de sus lectores. En las páginas de esta espléndida obra se muestra, no sólo como un profundo conocedor de la historia política, religiosa, diplomática y guerrera de la Europa del siglo XVI, sino también como un artista prodigioso y un fino psicólogo, con no pocos matices de humorista.

La obra.—El protagonista es Enrique VIII de Inglaterra, uno de los personajes más extraordinarios del Renacimiento. La vida de este rey mujeriego y dionisíaco, acosado por todos los apetitos y esclavo de sus desenfrenados egoísmos, es una verdadera novela. Su reinado formó también época en la Historia. La imagen que traza el autor de «el rey Barba Azul» es realmente sorprendente por su fuerte verismo y su desbordada potencia vital. Vemos vivir a ese formidable egoísta,

que comete las mayores arbitrariedades y los más burdos desatinos con una despreocupación sin precedentes.

Cuando le estorba el Papa en sus innumerables manejos matrimoniales, prescinde tranquilamente de él y se proclama a sí mismo «Cabeza Suprema de la Iglesia»; cuando se cansa de su primera mujer, Catalina de Aragón, la arrincona y se entrega en los brazos de la traviesa Ana Bolena. Pero ésta, que fué su segunda mujer, no tardó en morir a manos del verdugo por orden de su regio esposo.

Enrique VIII sabe apartar como nadie con el pie, durante toda su vida, aquellos obstáculos que se oponen, aunque sólo sea débilmente, a las pasiones desbocadas de su voluntad soberana. Los hombres que le sirvieron más fiel y tenazmente, como el cardenal Thomas Cromwell, mueren en el patíbulo después de haber saboreado todos los halagos de la riqueza y el poder. El cardenal Wolsey, su constante y enérgico lacayo, escapó de las garras del verdugo porque la muerte vino piadosamente en su ayuda; pero murió caído y deshecho, arrestado y sumido en la miseria, con los bienes confiscados por su regio dueño.

Ni siquiera vacila Enrique VIII cuando se trata de ajusticiar a Tomás Moro, el humanista, que con Erasmo constituye lo más puro y sincero en la espiritualidad europea de aquel tiempo. En cambio, tiene la osadía de escribir una obra teológica, sumamente mediocre, para combatir a Lutero, y considera al pintor Holbein como a un vulgar sirviente, pagándole un salario de treinta libras anuales.

Pero la felonía más irritante de Enrique VIII, entre las muchas que cometió, fué la traición de que hizo víctima al caudillo Roberto Aske. Este había levantado en Nueva York un ejército revolucionario numéricamente superior a las fuerzas realistas que fueron para sofocar el movimiento; ante la gravedad de las circunstancias, el monarca procuró atraerse el caudillo con halagos y falsas promesas de Parlamento y amnistía. Aske cometió la insigne torpeza de acudir a parlamentar con el rey; su actitud resultó funesta, pues las tropas revolucionarias fueron disueltas y él murió ahorcado en York un día de feria.

Es verdaderamente desagradable comprobar, a lo largo de todo el libro, la abyección y el servilismo con que aplaudían y facilitaban estos desmanes los cortesanos y el alto clero que rodeaban al vesánico monarca. Hubo apenas alguna excepción honrosa.

Si esta figura central del libro está vista magistralmente, no es menos certero y notable el retrato psicológico que traza Hackett de las seis mujeres de Enrique. Destacan especialmente los de Ana Bolena y Catalina Howard, cuyos delicados cuellos de mujer frívola y bonita fueron cercenados sin piedad por el hacha del verdugo.

También son magníficas las semblanzas vigorosas de los cardenales Wolsey y Cromwell. Toda la obra es una soberbia reconstrucción histórica, henchida de vida y de color. Según la afirmación de un crítico, Hackett ha compuesto con unas páginas de la Historia la mejor novela histórica. Pero conviene advertir que lo ha hecho sin salirse en ningún momento del marco austero de la investigación seria y profunda. Acaso la mayor virtud de esta obra sea la objetividad perfecta con que está escrita.

FRANCISCO PINA

El último trato

Andaba yo, de mañana, por la pedregosa carretera, cuando, espada en mano, llegó en su carroza el rey. «¡Me vendo!», grité. Me tomó el rey de la mano, me dijo: «Soy poderoso y puedo comprarte.» Pero de nada le valió su poderío, y se volvió sin mí en su carroza.

Las casas tenían cerradas sus puertas en el sol del mediodía, y yo erraba por el sendero torcido, cuando un viejo me salió al paso con un saco de oro. Dudó un punto, y luego me dijo: «Soy rico y puedo comprarte.» Una a una ponderó sus monedas. Pero yo le volví la espalda y me fui.

Era de noche y el seto del jardín estaba en flor. Una doncella gentil se apareció y me dijo: «Te compro con mi sonrisa.» Pero su sonreír se desvaneció, palideciendo, en sus lágrimas, y desapareció sola, otra vez, en la sombra.

Relucía el sol en la playa y las olas del mar rompían caprichosamente. Sentado en la arena, jugaba un niño con las conchas. Al pasar yo, levantó la cabeza, y, como si me conociera, dijo: «Nada tengo; puedo comprarte por nada.» Desde que, en un juego de niños, hice este trato, soy un hombre libre.

RABINDRANATH TAGORE

El miedo, reacción defensiva, biofiláctica y destructora

Al doctor Arturo Montesano Selchi

Digámoslo de entrada: el miedo es un fenómeno natural. No lo ha inventado el hombre, ni tampoco es el hombre el único animal miedoso que hay en la Naturaleza. Cosas son estas tan obvias y sabidas que no me detendría a probarlas si no fuesen negadas por un escritor de la talla del doctor Montesano Selchi.

Es una lástima que la afirmación del doctor Montesano: «El miedo, causa única de nuestros males» no sea verdad. Y digo que es una lástima, porque si lo fuese, sólo tendríamos un enemigo que combatir, una causa con que contender, y la tarea de remediar nuestros males sería fácil. No me detendré aquí a enumerar las muchas y variadas causas de nuestros males.

Que el miedo ejerce alguna función biofiláctica o protectora sobre los animales, incluso el hombre, es algo que no se puede negar. Si el miedo sólo ejerciese una función perjudicial y destructora en los animales, ha tiempo que habría desaparecido, y con ella los animales incapaces de eliminar una función tan destructora. Es una ley evolutiva y axiomática que todo animal que no cambia, adaptándose al medio, defendiéndose y evitando el peligro, tiene que sucumbir.

Antes de continuar con el análisis del miedo quiero vindicar a éste de algunas de las injustas y caprichosas acusaciones que el doctor Montesano lanza contra él: Ni el matrimonio, ni la familia, ni la autoridad, ni la anarquía son invenciones del miedo, y me extraña sobremanera que un escritor versado en biología haga afirmaciones tan contrarias a los datos biológicos y etnológicos que poseemos. Veamos: La ceremonia religiosa o civil del matrimonio sí que ha sido inventada por el hombre; pero el matrimonio biológico, que es el matrimonio real y el que realmente cuenta, es una invención de la naturaleza, y fué inventado mucho antes de que el hombre apareciese sobre la tierra. El matrimonio biológico tiene por objeto la procreación y conservación de la especie y su duración está en relación directa con el cui-

dato que requiere la cría. Así vemos que entre los animales que la cría requiere poco cuidado, como los peces por ejemplo, las uniones son muy efímeras. Pero a medida que la cría necesita más cuidado y protección, no sólo la madre toma parte en esta función, sino que también el padre colabora al cuidado y alimentación de los hijos, con el consiguiente resultado de una unión más duradera, que en algunos animales como el león, el águila, la paloma y otros sólo termina con la muerte.

Igual se puede decir de la familia. Es una invención de la Naturaleza cuyo objeto no es otro que la protección y conservación de la cría. Su duración guarda relación con el tiempo que la cría necesita para alimentarse y defenderse del peligro por su propia cuenta.

La autoridad es el resultado de la fuerza, del orgullo, de la avaricia y del egoísmo y no una invención del miedo. El primer hombre que dijo «esto es mío», seguramente que no fué el más cobarde o miedoso del clan o de la tribu, sino el más fuerte y el más osado y avaricioso.

La anarquía es la protesta de la autoridad, contra la fuerza y contra la tiranía, y como para lanzar esa protesta a la cara del tirano se necesita valor, mal puede ser la anarquía una invención del miedo. Un cobarde nunca podrá ser un buen anarquista.

ORIGEN DEL MIEDO

Bueno será que distingamos; hay miedo y «miedos». Miedo instintivo y biológico y miedos adquiridos. El miedo biológico es común a todos los animales incluso al hombre. Los miedos adquiridos son propiedad exclusiva de este último y han sido adquiridos en el curso de su evolución sociológica.

Pese al doctor Montesano, los biólogos tienen completa razón al afirmar que el miedo es un acto defensivo, aunque a veces, lejos de ayudar al animal a huir del peligro, lo paraliza, dejándolo imposibilitado para su defensa y su huida. El miedo es una reacción defensiva no sólo contra el peligro real, sino

también contra el peligro imaginario, contra lo desconocido e imprevisto. El hecho de que algunos animales luchan cuando se ven acosados o cuando se les quiere robar la cría, no prueba de ningún modo que no tengan miedo. La primera reacción de todos los animales ante el peligro, ante un fenómeno desconocido o ante un ruido anormal, es la de huír. Esta primera impresión es a veces modificada por la curiosidad o por la necesidad de luchar. Como dice muy bien Havelock Ellis en sus estudios *Psychology of Sex*: «Todo animal debe su survival a la reacción emocional de ira o cólera contra sus rivales más débiles y a la reacción emocional del miedo contra los rivales más fuertes. Esta es la causa de que estas dos emociones estén tan profundamente arraigadas en la entera serie zoológica a la cual pertenecemos.»

Mosso, en uno de los estudios más completos y minuciosos que se han hecho sobre el miedo, dice (1): «Los caballos tiemblan cuando ven un tigre y son incapaces de correr. El miedo paraliza a los monos. Las focas se agitan tanto cuando son sorprendidas o perseguidas, que tiemblan y se caen, siendo cogidas con facilidad.»

De otro lado, es conocido que el conejo, la liebre, el ciervo y otros animales nunca corren con más velocidad que cuando son perseguidos. En el hombre, el miedo también muy a menudo pone alas para huír. En otras ocasiones el miedo y el peligro han hecho un héroe del cobarde. No es que los valientes sean inmunes al miedo. Plinio (2), hablando de cómo el miedo hace cerrar los ojos, relata cómo entre veinte gladiadores difícilmente pudo encontrar dos que no cerrasen los ojos cuando eran amenazados repentinamente. E. L. Smith, de los Laboratorios psicológicos de Colgate University, ha demostrado recientemente que un ruido inesperado produce una involuntaria e inconsciente reacción de miedo que retarda la digestión.

Dice el doctor Montesano: «En el hombre primitivo no puede haber habido miedo.» ¿En qué razón se apoya para hacer una afirmación tan contraria a los datos biológicos, etnológicos e históricos que la investigación ha acumulado? Continúa: «Si lo hubiese tenido, dados todos los peligros que le rodeaban—elementos naturales, fieras, alimañas,

falta de alimentos y de higiene—no habría subsistido.» Nada menos cierto. En el hombre primitivo hubo miedo, mucho miedo, y precisamente ese miedo hizo posible su subsistencia. El miedo le hizo ser precavido y cauteloso y le enseñó a evitar el peligro y el dolor. El miedo lo incitó a construir mejores chozas para defenderse y protegerse de los fenómenos naturales y de los animales. El miedo lo incitó a inventar mejores armas con que defenderse y atacar. El miedo lo incitó a guardar alimentos para los días de escasez y de hambre. Sin el miedo el hombre se habría expuesto al peligro locamente y habría desaparecido víctima de su imprudencia e imprevisión o «pristino valor», como le llamó el doctor Montesano.

El hombre primitivo temió la tormenta, el trueno, el relámpago, el huracán, los eclipses, los cometas y otros fenómenos naturales. Vestigios bien fuertes de ese miedo son bien palpables todavía en las masas. Bajo la influencia de ese miedo creó los espíritus, demonios y dioses a quienes culpar de muchos de sus males y a quienes trató de aplacar y propiciar con presentes, sacrificios y humillaciones. Así nació la religión. El hombre primitivo tuvo miedo a los animales más fuertes que él y buscó defensa y protección en la cueva, en los árboles, en la choza y en el fuego, hasta que inventó armas que le permitieron hacerles frente con probabilidades de victoria. Este miedo a los animales no ha desaparecido, pues el hombre moderno lo posee al igual que el hombre primitivo. ¿Qué hace el hombre moderno desarmado ante un león o un tigre? Huír como hicieron sus antecesores. El hombre primitivo no sólo temió a los animales más fuertes que él, sino que los admiró y hasta casi los deificó en el Totem.

El hombre primitivo temió el dolor y la enfermedad, inventando amuletos y todo un sistema de brujería, magia y exorcismos que ha sido y es malignamente explotado por pillos vividores y granujas sin escrúpulos. Es imposible imaginar los daños que semejante miedo ha causado y causa, pues el hombre moderno no se ha librado de él todavía.

¿Dónde está ese pristino valor que postula el doctor Montesano? Lo único que encontramos es un pristino miedo. Mal pueden, pues, reaparecer ráfagas de ese pristino valor en las guerras, en los delitos y crímenes, en los suicidios, como nos quiere hacer creer el doctor Montesano. Esas ráfagas de valor

(1) A. Mosso: *Flar*.

(2) Plinius, *Historia Naturalis*.

en muchas ocasiones no son más que ráfagas de locura en algunas, de miedo disfrazado en otras y genuino valor en las menos.

Stanley Hall, en un valioso y sugestivo estudio acerca del miedo, aunque reconociendo el daño de un miedo excesivo, llama la atención sobre los beneficios emocionales y aun intelectuales del miedo, y el papel importante que el miedo ha jugado en la evolución de la raza, y dice: «Hay miedos que paralizan algunos cerebros pero que son un buen tónico para otros. En alguna forma o grado todos lo necesitamos siempre. Sin el aparato del miedo en nosotros, ¡qué riqueza de motivo se habría perdido!» (1).

La ciencia no es ninguna invención ni se ha «inventado para justificar este infame proceder», como dice el doctor Montesano. La ciencia es el resultado de esa curiosidad que se manifiesta en toda la materia viviente y que alborea en la ameba y brilla con toda su plenitud en el hombre.

EL MIEDO INSTINTIVO O BIOLÓGICO

Al comienzo de este artículo he dividido el miedo en dos categorías —el miedo instintivo o biológico y el miedo o «miedos» adquiridos. El primero es común a todos los animales, incluso el hombre; el segundo ha sido adquirido por éste en el curso de su evolución.

Mosso, en la obra ya citada, dice: «Los niños, al igual que los animales después de una experiencia desagradable, se asustan de todo lo que no conocen. Algunas veces el miedo aparece repentinamente; de un día a otro, un niño puede mostrarse tímido y asustado a la vista de persona desconocida, o si el padre o la madre hacen algún gesto fuera de costumbre. El miedo que los niños tienen a los perros y gatos antes de aprender por qué hay que temerles, es una consecuencia hereditaria que persiste aun después de haber adquirido alguna experiencia. Lo mismo puede decirse del miedo a caerse al comenzar a dar los primeros pasos, a pesar de que nunca se han caído, y del miedo que los niños experimentan al ver el mar por primera vez.»

Respecto a los animales, dice Mosso: «Un gallo de diez días que nunca había oído el chillido del falcón, desapareció con la

rapidez del rayo al oírlo por primera vez, escondiéndose en un rincón, donde permaneció completamente inmóvil por espacio de diez minutos. Spalding tomó una clueca de polluelos de una semana, y mientras estaban escarbando soltó un halcón, a cuya vista los polluelos corrieron a esconderse entre las hierbas y la clueca trató de precipitarse sobre el enemigo, a pesar de que ni la gallina ni los polluelos nunca habían visto un halcón. Para asegurarse de que el miedo y reconocimiento de los enemigos es instintivo, Spalding soltó unas palomas que fueron a posarse cerca de los polluelos, sin que éstos mostrasen miedo alguno. Debemos, pues, admitir entonces que hay una recolección innata que constituye el miedo.»

Es de notar que los animales indefensos están más capacitados para huir del peligro y buscan protección en la huida a la menor señal de peligro, como la liebre, el conejo, los pájaros, etc. Los más fuertes y mejor armados, aunque no son inmunes al miedo, se deciden por la lucha con más facilidad, como el tigre, el león, etc.

Hay todavía otra clase de animales que ni están capacitados para defenderse ni para huir, y por lo tanto, cuando son sorprendidos, buscan protección en la inmovilidad y la imitación de los alrededores, como la tortuga, el armadillo y otros.

El hombre actual, a pesar de que no tiene razón ni necesidad de los miedos del hombre primitivo, todavía no ha podido aligerarse de ese lastre que entorpece su marcha. Las armas y la agrupación social hacen innecesario el miedo a los animales. La ciencia le explica la causa de los fenómenos naturales, demostrando que éstos no son actos caprichosos de ningún dios, espíritu o demonio que quiere perjudicarlo, sino que son causados por la interpretación de la energía y la materia; obedecen a ciertas leyes naturales, y hasta se puede predecir la marcha y aparición de la mayoría de ellos.

El naturismo le explica las causas de las enfermedades, enseñándole, además, su cura y prevención.

MIEDOS ADQUIRIDOS

De todos los animales, es el hombre el que menos miedo debiera tener, y sin embargo es el más cobarde y el más lleno de miedos. Enumerarlos todos sería tarea larga; por tanto, sólo mencionaré los más característicos. Hay miedos sociales. El tra-

(1). G. Stanley Hall, *A Study of Fears*, American Journal of Psychology.

bajador tiene miedo de perder su trabajo o colocación; el rico tiene miedo de perder su dinero; el campesino de perder su cosecha. Los religiosos temen a su Dios. Pero de todos los miedos que pesan sobre la humanidad, hay dos que se destacan como los más importantes: el miedo al dolor y el miedo a la falta de alimentos. El miedo a la enfermedad y el miedo a la muerte están incluidos en el miedo al dolor. En realidad, el hombre no teme la enfermedad ni la muerte, sino el dolor que acompaña estos dos estados. Y digo que el hombre (y los animales) no puede temer la muerte, porque ésta es un acontecimiento ajeno a nuestra experiencia. Tampoco podemos heredar el miedo a la muerte, puesto que es la última experiencia del individuo. Un niño no tiene miedo a la muerte; pero sí tiene miedo al dolor o a caerse, como anteriormente he demostrado. El miedo a la muerte se adquiere más tarde con la educación religiosa y con la identificación de la muerte con el supremo dolor y sufrimiento. Nadie tiene miedo al sueño, que es algo parecido a la muerte, y aunque se nos asegurase al acostarnos que no nos íbamos a despertar jamás, no por eso dejaríamos de quedarnos dormidos, pues nos sería imposible admitirlo por estar fuera de nuestra experiencia. Además, el sueño está asociado con el descanso, la salud y el bienestar. Igualmente el miedo a la enfermedad está incluido en el miedo al dolor.

EL MECANISMO FISIOLÓGICO DEL MIEDO Y SUS EFECTOS

¿Quién es el que no ha experimentado los efectos fisiológicos del miedo, temblores de piernas, palidez, palpitaciones del corazón, etcétera?

«¿Cómo ha podido verificarse toda una serie de fenómenos fisiológicos en virtud de una causa inmaterial?», pregunta el doctor Montesano, y contesta: «Sólo disponemos de una hipótesis explicativa: la fuerza emotiva y mental desarrollada en nosotros a la vista de la persona del fantasma o de lo que sea que nos ha dado, en vez de hallar libre el camino para exteriorizarse, vuelve a su origen o no sale de él.» Esta hipótesis carece de claridad y no explica el fenómeno. Detrás de toda serie de fenómenos fisiológicos, hay siempre una causa material. Esta serie de fenómenos fisiológicos son la exteriorización del deseo de huir. Para más claridad, lo ilustraré con un ejemplo. Supongamos un

teatro lleno de gente; alguien da la voz de fuego, y toda aquella multitud tan tranquila y alegre un momento antes, es presa de un pánico que la agita y empuja locamente hacia las puertas de salida. ¿Qué ha sucedido? La voz de fuego ha sugerido en la mente de los individuos el peligro de ser quemado, y con él uno de los dolores más intensos. El único objetivo es huir del peligro. Todas las reservas de energía son puestas en acción, y faltas de coordinación y dirección, se desbordan como un torrente, amenazando destruir el cuerpo en vez de salvarlo.

Los nervios descargan sus impulsos tan rápidamente, que el corazón palpita como queriendo salir del pecho, y los músculos tienen que responder tan rápidamente a las órdenes de movimiento traídas por el sistema nervioso, que tiemblan, inutilizando su objeto. Si el individuo logra coordinar un poco y dirigir esa serie de fenómenos fisiológicos, entonces el miedo da alas. Si debido a su educación, experiencias y estado fisiológico, el miedo a la muerte y al dolor no tienen para él la importancia que la multitud le concede, puede con facilidad reprimir la primera impresión de miedo y el deseo de huir, y afrontará el peligro con «sangre fría». Esta es la ayuda misteriosa, el «algo» o yo real que postula el doctor Montesano para explicar este fenómeno.

Ilustraré con otro caso la reacción del miedo. Supongamos que oímos una explosión violenta. La primera impresión será de temor, si ésta ocurre en un ambiente en el cual no tenemos razón para sospechar el peligro e ignoramos su causa; la segunda reacción será de curiosidad, y trataremos de indagar su causa.

Si esperamos la explosión como señal de peligro, como durante los bombardeos de la guerra, entonces la curiosidad, por regla general, será ahogada por el instinto de conservación, y el individuo buscará protección inmediatamente.

El miedo contrae, achica, tiende a paralizar. Hay veces que un susto nos deja como casi inmóviles por algunos segundos. Tratamos de escondernos, de hacernos invisibles, inmóviles. ¿Es esto acaso un vestigio ancestral? Hemos visto que hay animales que se defienden con su inmovilidad.

Bien sabido es que un susto puede causar la muerte o dejar al individuo con algún trauma nervioso y psíquico. Una alegría también mata a veces. Estos individuos, a

quienes el miedo afecta tan fatalmente, son por regla general individuos supersensitivos, cuyo corazón y sistema nervioso responden con inusitada violencia a cualquier estímulo. Un individuo sano es caracterizado por un sistema nervioso fuerte, que resiste con facilidad semejantes choques.

Los estudios más recientes sobre endocrinología tienden a demostrar que el miedo y el valor guardan cierta relación con las secreciones glandulares. Una de ellas, adrenalina, parece ejercer un papel importante sobre el valor. No cabe duda que hay individuos que demuestran desde temprana edad un valor característico, mientras que otros se muestran más tímidos y predispuestos al miedo. Claro que estos últimos, por medio de la educación y fuerza de voluntad y control de sí mismos, pueden en gran modo contrarrestar y a veces anular por completo los efectos de la herencia.

Hay miedos que no son precedidos de ninguna explosión violenta, sino que se infiltran paulatinamente en nuestro cerebro; a veces duran poco, otras se adueñan de tal modo de nosotros, que convierten nuestra vida en una especie de infierno dantesco. El temor magnifica los obstáculos, haciéndonos ver como una montaña lo que no es más que un grano de arena, y a menudo paraliza o enturbia nuestra razón, apartándonos de la solución del problema. El temor o apuro prolongado también produce trastornos digestivos y glandulares y mentales, cuya seriedad no se puede exagerar.

CÓMO CURAR EL MIEDO

En la sociedad actual, todo conspira a poner miedo en el hombre. La época más propicia para curar (o prevenir) el miedo es la niñez, y precisamente ésta es la época en que los padres, los amigos, los vecinos, los maestros, los curas, la sociedad entera se esfuerza en hacer de nosotros unos cobardes, inyectándonos tales dosis de miedo, con tan buen resultado, que pocos logran eliminarlas. Apenas abrimos los ojos, ya nos asustan con el coco, con los duendes, con fantasmas. Más tarde, comienza a infiltrarnos el supuesto santo (¿?) temor de Dios y del diablo, sin cuyo temor nadie puede ser un buen ciudadano. Miedo al pecado, al castigo, al placer, miedo a la muerte. Miedo a nuestros padres, a nuestros maestros, al Estado, al policía y al soldado. Miedo a la enfermedad, a los microbios, al contagio; este último miedo

es ventajosamente mantenido y explotado por los médicos alópatas.

Yo acuso a la religión de haber conspirado y tratado de hacer del hombre un cobarde. De un lado, le dicen que es hijo de Dios—motivo de regocijo, de alegría y de orgullo, debiera ser éste—; pero en seguida le añaden que hay que vivir en constante temor de Dios, y que hay que humillarse ante El o ante los que se llaman sus representantes, y que hay que arrastrarse como un gusano por este valle de lágrimas, y no contentos con llenar esta vida de fantasmas y miedos, nos describen con sadismo refinado los castigos y sufrimientos que nos esperan en una vida ficticia de ultratumba, que nadie ha podido probar, pero que la mayoría todavía se empeña en creer.

La ciencia ha matado ya muchos de esos fantasmas y miedos inventados por las religiones, para así dominar mejor a las multitudes y tocarles, no el corazón, sino el bolsillo.

Como ya he dicho, es durante la niñez que se debe comenzar a curar o prevenir el miedo. Cada sugestión de miedo que se le hace al niño, es una piedra que ponemos en su camino. No es necesario atemorizar al niño para que obedezca o sea bueno. La obediencia y el respeto cimentados sobre el temor, es como una casa cuyos cimientos son de arena.

No dejéis que nadie, nadie, atemorice a vuestros niños, ni que los asusten. Enseñadles a ser precavidos y evitar el peligro, y a afrontar con sangre fría las situaciones peligrosas. Enseñadles a ser dueños de sus nervios y de sus emociones; esta es la mayor riqueza que les podéis dejar.

He dicho antes que de los innumerables miedos que acosan al hombre, hay dos que son los más importantes, pues casi todos los demás se derivan de estos dos: el miedo al dolor y el miedo a la falta de alimentos.

Es una paradoja (y debiera ser motivo de vergüenza) que el hombre, la flor y nata de la creación, el animal inteligente y racional por excelencia, se vea acosado de enfermedades ajenas a los demás animales, a pesar de que éstos carecen de médicos y medicinas. Es admitido hoy por muchos médicos alópatas progresivos que la enfermedad es casi desconocida en la vida salvaje, y que es un producto de la civilización.

La Medicina alópata ha fracasado en su lucha contra la enfermedad, y no ha hecho

nada por eliminar el miedo hacia ella. Muy al contrario, ha hecho al microbio omnipresente, y con el miedo al contagio a ser atacado por ese monstruo invisible, siempre en acecho y siempre sediento de nuestra vida y celoso de nuestra salud, ha sustituido los demonios y malos espíritus de las religiones por los gérmenes y microbios, el mal de ojo por el contagio. El miedo continúa. Afortunadamente, hay algo más que la Medicina alópata, hay el naturismo. No me detendré aquí a discutir la filosofía naturista. Aquellos que se interesen por ella encontrarán una extensa literatura. Sólo diré que el Naturismo es la única filosofía que ha raciocinado el dolor explicando su objeto, cómo se puede evitar y mitigar. Bajo la penetrante luz del Naturismo, los fantasmas del dolor y de la enfermedad desaparecen, y el miedo al contagio y a los microbios deja de existir. El Naturismo nos enseña las causas de la enfermedad, su prevención y su cura, eliminando una de las causas más importantes del miedo y solucionando uno de los problemas más serios que atañen a la humanidad, y de cuya solución depende en gran parte la felicidad y bienestar de la raza humana.

Viene ahora el miedo a la falta de alimentos. No hay razón para que el hombre pase hambre o miseria. La tierra produce de sobra para alimentar hasta la saciedad a todo ser humano, y todo ser humano, por el solo hecho de haber nacido, tiene derecho a la vida y a satisfacer todas sus necesidades. A pesar de tanta abundancia, hay millones de seres humanos que carecen de lo más esencial para mantener la vida, mientras otros millones nadan en la abundancia. Baldón más negro no podría manchar nuestra civilización. La solución de este problema no está en practicar la tan alabada virtud crítica (¿?), llamada caridad. La caridad es una maldición, es un insulto, es una burla de los derechos del pobre. La caridad es una especie de taparrabos para acallar nuestra conciencia ante la injusticia social. La limosna apacigua al hambriento, robándole el derecho al banquete de la vida, entreteniéndole con un mendrugo, mientras los otros se hartan. La solución del problema está en la justa y equánime distribución del producto de la labor y de la riqueza comunal y natural.

«Si los hombres no tuvieran miedo, no tendrían hambre», escribióilverio Lanza. Gran verdad es ésta. El miedo y la cobardía son los espectros que se interponen en-

tre la miseria y la abundancia. El mito de Prometeo deja de ser mito, convirtiéndose en realidad. El pobre, el trabajador, es el Prometeo del siglo xx. El miedo es la cadena que lo tiene sujeto a la roca de la pobreza, mientras los buitres, las aves de rapiña, le devoran las entrañas. ¿Hasta cuándo, Prometeo...?

CONCLUSIONES

La oscuridad se combate con la luz. El miedo con la luz intelectual, con el conocimiento y la educación.

Antes de que la electricidad hiciese posible el alumbrado profuso de hoy, los duendes y fantasmas habitaban en la oscuridad de las calles y de las casas. Vino la luz, y todos los habitantes con que nuestra imaginación había poblado la oscuridad desaparecieron para siempre. Pero más que en las casas y las calles, la luz hace falta en los cerebros. La oscuridad y las tinieblas de los antros cerebrales es más peligrosa que la oscuridad de las casas y de las calles. En esos oscuros antros cerebrales, donde la luz de la ciencia no ha penetrado o penetra muy débilmente, pululan los fantasmas y duendes ancestrales y se cobija el miedo ¡Si pudiésemos alumbrar los cerebros con la facilidad con que alumbramos las casas y las calles!...

En este caso, la escuela, el maestro y el libro, son la luz. Pero no el maestro y la escuela al servicio del Estado o de la Iglesia, sino la escuela libre, donde el conocimiento fluya puro y no contaminado con prejuicios de ninguna clase, donde el niño aprenda a ser un miembro útil a la sociedad, y no un explotador y un parásito de la misma; donde el niño aprenda a ser hombre y no gusano que se arrastra servilmente ante los tronos levantados y sostenidos con su sudor; donde el niño aprenda a no tener miedo a nada ni nadie y a respetar la vida. Ahí está la cura del miedo.

DOCTOR JOSE M. MARTINEZ

Nueva York, febrero de 1931.

**Este número ha sido
revisado por la censura**

Preguntas y Respuestas

Pregunta. — Sobre su emotividad exagerada y cohibimiento cuando tiene que hablar ante alguien. — *M. P., Barcelona.*

Respuesta. — Lea la respuesta dada a otro consultante sobre tema análogo en el número anterior de ESTUDIOS. Estas son siempre puramente sugestivas y *similia similibus curantur*. Es decir, que se han de curar con la misma arma. Usted mismo, con perseverante educación de su propio psiquismo, ha de lograr el resultado. Es cuestión de volver a dominar el control de su sistema nervioso; no es difícil, y si se lo propone con tenacidad, lo conseguirá sin duda. Hay una multitud de libros sobre autosugestión que le pueden ayudar. Le recomiendo el método Coué, que ya mencionaba en la respuesta citada anteriormente.

Pregunta. — Sobre la dolencia de una hija enferma. — *Eduardo Toro, Carmaux (Francia).*

Respuesta. — La dolencia que usted indica es la osteomielitis. Es enfermedad grave siempre, y el tratamiento es, sobre todo, operatorio. Después hay que instituir un tratamiento general tónico: baños de sol, etc.

Pregunta. — ¿Es cierto que el deseo no satisfecho de una mujer encinta aparece en la piel en forma de una mancha? — *Ginés Gómez.*

Respuesta. — Esta es una de tantas supersticiones sin fundamento científico. Se citan casos y hasta algunos apoyan la posibilidad de este hecho. Es, ciertamente, muy grande el poder de la imaginación; mucho mayor de lo que se cree... pero, con todo esto, esta creencia no tiene la suficiente razón científica ni los hechos pueden confirmarla, por el lado de algunas manchas, que la imaginación ha relacionado con deseos insatisfechos, ¡cuántas veces habrán quedado deseos pendientes de satisfacción sin que suceda nada!

Pregunta. — Sobre la creencia de que el matrimonio entre consanguíneos puede dar frutos degenerados: hijos idiotas, etc. — *José Trilla, Barcelona.*

Respuesta. — No hay tal, amigo mío. En la naturaleza es el hombre el único mamífero que repudia el incesto (residuo ancestral de pretéritos *tabús* sexuales), y acaso

uno de estos sedimentos sea la *necesidad* de licencia para matrimonio entre primos, por ejemplo.

La consanguinidad no confiere fatalmente el triste privilegio de engendrar hijos degenerados *si los padres son sanos*. Lo que sucede es que si hay alguna tarâ familiar y entrambos progenitores participan de ella, en el hijo se verán probablemente sumadas las dos tendencias del padre y de la madre. Por ejemplo: si la madre es histérica y el padre un impulsivo (epiléptico, aunque no tenga ataques), por tendencia familiar es muy probable que el hijo de ambos sea epiléptico tipo.

Pero, repito, siendo los padres normales, nada debe usted temer.

Pregunta. — Sobre una «irritación» genital de un hermano. — *J. G., Las Palmas.*

Respuesta. — Esa irritación es seguramente una blenorragia, y debe usted hacer que su hermano se trate por un médico.

Pregunta. — Sobre el soñar excesivamente. (La misma preguntante.)

Respuesta. — En las obras de Freud, el inmenso psicólogo, hay en efecto mucho y bueno sobre la teoría de los sueños y su interpretación; pero nada referente a su tratamiento. Con todo, si la motivación de sus pesadillas obedece a cosas psíquicas que usted logra averiguar; si sus sueños encierran, como todos, una clave en la que usted con perseverancia logra algo claro, las citadas obras de Freud le darán una pauta a seguir en el tratamiento.

Busque, sin embargo, antes de esto, alguna causa menos recóndita (malas digestiones, por ejemplo), que muchas veces son el pretexto, por las pequeñas molestias que durante el sueño determinan, de pesadillas.

Como tratamiento elemental le recomiendo: Cenar ligero y temprano. Pasear antes de irse a dormir. Tomar al momento de irse a la cama una taza de infusión de tila, en la que habrá exprimido el zumo de una lechuga. Las duchas frías, breves, por la mañana, son útiles muchas veces y también los baños largos y templados. Para todo esto se requeriría ciertamente una consulta en regla.

Pregunta. — ¿Cómo se produce la apen-

dicitis y cómo se cura sin operación? — *Mariano de Vega, Depew, N. Y. (U. S. A.)*

Respuesta. — La apendicitis es una inflamación del apéndice ileocecal, delicado órgano del intestino grueso. Puede obedecer a diversas causas, siendo las más frecuentes el estreñimiento y las infecciones intestinales. Su tratamiento, si hubo un grave ataque en que peligró la vida del paciente, debe ser operatorio, y también cuando repetidos ataques, cada vez más intensos, hagan temer uno que pueda ser fatal.

No soy amigo de intervenciones quirúrgicas innecesarias! pero en esta dolencia, la operación, después de un serio ataque, es lo mejor. Empero, en formas larvadas no intensas, crónicas, etc., he logrado buenos éxitos con tratamiento médico, sin operación. El tratamiento en estos casos es un régimen alimenticio adecuado, evitar el estreñimiento, etc., y sobre todo los baños de sol, o mejor aún la lámpara de cuarzo (sol artificial de altitud). Todo esto, naturalmente, bajo observación médica.

Pregunta. — ¿Qué es lo mejor para combatir el flujo blanco?

Tratamiento de la falta de apetito.

¿Cómo suprimir una especie de saliva que tengo al levantarme?

Hacen estas preguntas *S. Valbuena, E. B. Rodríguez y A. B.*, los tres de León.

Respuesta. — A la primera. Hay que averiguar ante todo la causa de ese flujo o leucorrea, que puede ser indicio de alguna afección del aparato genital. Supongo que, naturalmente, se refiere a la mujer en su pregunta. Ensaye a que se dé la enferma abundantes lavados vaginales (de hasta 10 litros) con cocimiento de hojas de nogal y tomillo, bien calientes, y con una cánula de doble corriente. Si la leucorrea no cede así, hágala visitar por un médico.

A la segunda. Alguna causa debe tener la anorexia (falta de apetito) y esto es lo que debe usted inquirir. Sin saber más detalles, sólo puedo recomendarle lo siguiente: Tome cada día, media hora antes de cada comida, un sello con medio gramo de manzanilla en polvo. Haga ejercicio y vida sana, etc.

A la tercera. Si no me da más detalles, no puedo indicarle nada.

Respuesta a Juan Buendía, de Cartagena. Hágase ver por un buen oculista cuanto antes. Para ayudar a la memoria existen diversos métodos. Lea «Nemotecnografía», de Ros Ráfales.

Respuesta a la señorita R. M. C. — Su mal tiene, en efecto, tratamiento; pero éste es esencialmente en clínica, pues se trata de electricidad. Sin embargo, pruebe antes a darse cada mañana un baño local con agua bien fría, o mejor, con un cocimiento claro de hojas de nogal, también frío. No obstante, debo aconsejarle que se decida por el tratamiento antes dicho a base de electricidad sobre todo. Si estuviese usted en condiciones de trasladarse donde esto pudiera hacerse, sería lo mejor. No se fíe de anuncios y propagandas comerciales en que se prometen éxitos maravillosos, en lo que usted desea, tomando tal o cual potingue.

Pregunta. — ¿Existe algo para combatir la caspa y combatir la caída del pelo? — *Leandro Santos.*

Respuesta. — Sí, señor. Lo primero que debe hacer es una limpieza asidua del cuero cabelludo con soluciones y fricciones de líquidos antisépticos a base de alcohol, para ir deshaciendo la caspa. He aquí una buena fórmula:

Acido bórico	120 grs.
Resorcina	20 »
Acido salicílico... ..	60 »
Glicerina	60 »
Alcohol... ..	1950 »

para darse una buena fricción cada mañana.

No olvide que la tendencia al exceso de caspa puede encubrir una diátesis artrítica y que precisa en este caso un tratamiento general.

Pregunta. — ¿Se conoce algún remedio para evitar las canas? — *J. B., Palafrugell.*

Respuesta. — No, señor. Se dan casos en que al hacer una vida sana y lo más natural posible, alimentándose racionalmente, etc., han desaparecido algunas canas incipientes o se ha retrasado el encanecimiento del cabello; pero remedio, lo que se dice remedio, como no sea para disimularlas...

Pregunta. — Sufro molestias en el apéndice después de un ataque de apendicitis que sufrí. ¿Qué debo hacer? Otra: Una joven que se ha hecho vegetariana ha perdido bastante peso y algunos meses le falta la menstruación. ¿Qué hacer?

Respuestas. — A la primera. Vea lo que indico a otro consultante sobre la apendicitis. Si sólo tiene usted molestias y no parece

barruntar otro ataque, puede ponerse en manos de un médico. El mejor tratamiento es a base de régimen, fototerapia (lámpara de cuarzo) y diatermia.

A la segunda. Esa pérdida de peso indica o que el cambio ha sido demasiado brusco, y por consiguiente el organismo no se ha adaptado bien todavía, o que el régimen actual es deficiente y mal ajustado a las necesidades orgánicas; o que hay algo más que debe ver el médico. La falta de menstruación, si no obedece a causas del mismo aparato genital, puede radicar en anemia, pues a veces en estos casos el organismo trata de ahorrar pérdidas de sangre, ya que tiene poca y pobre. No demore la consulta con un médico adecuado.

Pregunta. — ¿Es normal que a la mujer se le retire la menstruación después del parto? — *José Fernández. Tandil.*

Respuesta. — La mujer que lacta criando a su hijo no debe menstruar. Esto es lo normal. Su segunda pregunta no puede ser contestada.

Pregunta. — Desea saber lo que hay de la creencia de que la mujer, a semejanza del hombre, emite líquido seminal durante la cópula. — *Isidro Casal, Granollers.*

Respuesta. — No hay tal. El licor seminal es patrimonio del hombre, pues dicho líquido es el mejor medio de que se conserve en él la vitalidad de los espermatozoides. Durante la cópula, por efecto de la excitación que acompaña al deseo sexual, ciertas glándulas del aparato sexual femenino rezuman un líquido viscoso que tal vez es medida de previsión natural para facilitar aquélla. Esto es todo.

R. REMARTINEZ

EL CINE

El cine, en medio de la vida, representa un trozo de otra vida. En los cortes de este trozo notamos las soluciones de continuidad. El cine corta las amarras de la mente espectadora que la sujetan al firme de lo «real», «demasiado real», y la atrae hacia su ámbito flúido. Pero una vez producida la sugestión fantasmagórica, no siempre se mantiene el espíritu en el mismo punto de equilibrio. Esto ya depende de la clase de uso que los empresarios y proveedores del arte hagan de éste. Si los tan maravillosos medios y posibilidades que posee la cinematografía, se emplean groseramente en la reproducción de la vida vulgar, fabricando argumentos para la pantalla como pudieran fabricarse para la novela o el teatro, la fina sugestión fantasmagórica del cerebro espectador cesa, y rápidamente se cae en la indefinencia imaginativa. Si por el contrario, las figuras, las obras y los conflictos argumentales se piensan y ejecutan con vistas a aquellos medios y posibilidades, el punto de avidez se man-

tiene durante largo tiempo. He aquí por qué resulta ridícula y mezquina la mayor parte de la cinematografía de nuestra hora.

Los industriales de ella, atentos sólo a su negocio, no se preocupan más que de satisfacer el gusto mediocre de la burguesía universal que es el público de teatro, y de teatro pueril. De comedias norteamericanas, vodeviles franceses y zarzuelas españolas. Quizá todavía es pronto. La cinematografía, como arte bella, nace ahora. Algo se ha conseguido verdaderamente notable en ideas y tramoya, coherente con su idiosincrasia estética. Pero se marcha muy despacio. En el porvenir, cuando el progreso técnico haga factible la exacta traducción visionaria al mundo exterior de nuestros ensueños y fantasmas, el cine habrá absorbido no sólo casi todo el teatro, sino la principal sustancia de las demás artes. Y su radio de acción en nuestra conciencia será enorme.

ANTONIO ESPINA

Bibliografía

NELKEN, MARGARITA : *Las escritoras españolas*.—Colección Labor, Barcelona, 1930.

España es quizá uno de los países en que de modo casi sistemático se ha desconsiderado más a la mujer. Incluso los que blasonan de feministas y feminófilos lo son tan sólo a medias, revelando vacilaciones y rindiendo tributo al eufemismo cobarde y ramplón.

Pero lo más grave es que incluso algunas de las mujeres que piensan, escriben, se agitan y actúan, lo hacen de una manera desmayada y denotando un espíritu tan poco anhelante, que pudiera llamárseles conformistas vergonzantes, sepulcros blanqueados, antifeministas por conveniencia.

Este es el caso de Margarita Nelken, escritora inteligente y aun documentada, si bien muy a menudo su erudición no es de fuente directa, sino de segunda y tercera mano. Su volumen *Las escritoras españolas* es un libro curioso, pero no interesante ni pulcro y compuesto con exiguo bagaje intelectual.

Aborda los temas con un criterio en general desacertado y sin pizca de originalidad. Se advierte que al estructurar su trabajo Margarita Nelken no logró hacerse superior a las dudas y vacilaciones. Todo el libro se resiente de una marcada incertidumbre.

Como todas las escritoras que creen haber triunfado, no obstante ser mujeres, evidencia escasa fe en las dotes psíquicas de su sexo, preterido en las lides del espíritu hasta ha poco entre nosotros.

El libro carece de vibración, de fuerza emotiva y plasticidad. Su lectura es difícil y penosa, descaendo terminarlo, aun cuando múltiples pormenores pudieran ser sugerentes y por demás instructivos y en alto grado edificantes. Pero a la señora Nelken le falta *quid divinum*. Su estilo plúmbeo no atrae, sino que en ocasiones repele. Pretendiendo ser objetiva, imparcial en la indagación, sus escauceos resultan desmañados y fríos, y a veces llenos de inconexiones y tautologías.

Aun sin el menor afán de polemizar, el lector que se haya adentrado en el estudio de la vida interna del pueblo español, ha de hallar forzosamente en la obra innúmeras omisiones y graves deficiencias.

La señora Nelken, no obstante, ha prestado un señalado servicio a la cultura, porque es

probable que otros escritores de ambos sexos se convenzan de la urgente necesidad de cultivar este tema enjundioso, enfocando con mayor amplitud, y especialmente con más devoción, y llevando a cabo la tarea pesquisadora con la profundidad que el asunto reclama.

La señora Nelken, por motivo que se oculta a nuestra penetración, ha dejado de incluir en su libro a Concepción Arenal, Blanca de los Ríos, Condesa del Castellá, Carmen de Burgos «Colombine», María de Maeztu, Benita Asas Monterola, Concha Espina, Isabel Oyarzábal de Palencia, María Luisa Navarro de Luzuriaga, María Luz Morales, Rosario de Acuña y muchas otras. Y esto es imperdonable, porque todas estas insignes damas tienen una ejecutoria de indudable valor intelectual y artístico.

La bibliografía está hecha con escasa escrupulosidad, hasta llegar a desconocer que algunas de las obras que menciona de autores extranjeros tienen traducción española, como ocurre con la obra de Pablo Rousselot.
S. V. C.

TALLADA, JOSEP M. *Economía monetaria Española*.—Publicaciones de l' Agrupació Pro Ciències Econòmiques. Barcelona, 1930.
—2 pesetas.

En la intelectualidad catalana destácase desde hace más de cuatro lustros la personalidad polifórmica de José María Tallada, ingeniero industrial, economista, teorizante de las cuestiones obreras y uno de los espíritus cultivados que más han contribuido a orientar la cultura técnica y sociológica.

Tallada fué el director del «Museo Social», institución que se creara en Barcelona en la primera década de nuestra centuria. A su iniciativa debieron algunas publicaciones que honran a nuestro país. Singularmente es acreedor a la simpatía de las gentes laboriosas por haber orientado una gran parte de la actividad societaria en un sentido de intervencionismo. Si hubieran predominado en la vida de Cataluña las soluciones preconizadas por el ilustre publicista, muy otro sería el presente y el porvenir de los trabajos de investigación de economía y psicología sociales.

El primer volumen editado por la «Agrupación

ció Pro Ciencias Económicas», titulado *Economía Monetaria Española*, es sin duda alguna una de las más concienzudas aportaciones al planteamiento integral del tema.

Tallada, avezado a escudriñar en lo íntimo de nuestra intrahistoria examina con objetividad la política monetaria española durante el siglo XIX. Tiene una visión certera de esta cuestión, y la resuelve sin rendir tributo a convencionalismos hueros. El análisis que realiza de la balanza de pagos, constituye un examen primoroso de nuestras vicisitudes en el orden financiero y económico. También son por demás interesantes los capítulos que consagra a desentrañar lo que significó para la vida nacional el privilegio otorgado al Banco de Emisión. Asimismo los aficionados a las altas investigaciones hallarán nuevos puntos de mira y soluciones a la tan traída y llevada cuestión de la crisis de nuestra divisa.

Tallada conoce a fondo las causas determinantes de la oscilación que experimentan los precios de los principales artículos, señalando los motivos que más han contribuído a la agravación del problema, y con honrada sinceridad y novilísimos propósitos indica los medios instrumentales que pudieran contribuir a iniciar una política salvadora en los cambios.

En el último capítulo ocúpase del momento actual, del problema monetario español, revelando independencia de juicio, competencia, sagacidad, y lo que vale más, un criterio ponderado y ecuánime.

Tallada ha llegado a ser un maestro en materias financieras, y en noble lid se ha colocado en uno de los primeros puestos de la bibliografía hispánica.

S. V. C.

LOS HOMBRES DE LA DICTADURA, por Joaquín Maurín. — Editorial Cenit, S. A. Madrid.

Mucho se ha escrito en España acerca de la Dictadura y de sus hombres. Individuos de todos los matices y de todos los sectores han tratado, *in extenso*, el interesante tema, cada cual según su posición social y su particular ideología, claro está.

Maurín ha echado también su cuarto a espadas y escrito este libro interesante, de prosa suelta y ágil, bien documentado.

En su criterio, la Dictadura, unas veces franca y brutal y otras suave y con sordina, que venimos soportando los españoles desde el 68 hasta nuestros días, tiene sus causas

principales en el antagonismo existente entre los intereses de la industria y los del campo.

España es un país eminentemente agrícola. Los grandes señores del campo, poseedores de inmensos latifundios, especialmente en todo el sur de la Península, temen la revolución y todo lo que tienda a transformar el absurdo régimen de la propiedad agraria. Por otra parte, los hombres de la industria ven que ésta no puede desarrollarse y prosperar en una nación empobrecida, y es natural que procuren acabar con el sistema feudal del agro, eficiente principal de la miseria que padece el sufrido pueblo. De ahí la rivalidad.

Ambos sectores del capitalismo temen igualmente la revolución, aunque por distinto motivo. El industrial haría su revolución de tipo burgués, retocando el tinglado político en provecho de sus intereses de clases; pero el propietario de la tierra, a la que vincula sus títulos de nobleza, ha de oponerse necesariamente a todo cambio que atente a sus privilegios y prerrogativas. Y las fuerzas rivales luchan entre sí rabiosamente, asaltan el Poder y mantienen al país en el lamentable estado en que se encuentra desde mediados del pasado siglo.

De otro lado el pueblo, desorganizado y desorientado, no logra la necesaria coordinación de esfuerzos para arreglar las cosas a su modo, y ello determina que entre los señores feudales de Andalucía, los industriales catalanes y los abogados gallegos, hayan hecho de España lo que es actualmente.

Tal, en síntesis el contenido del libro de Maurín.

En apoyo de su tesis argumenta bien, y en líneas generales con acierto. Claro que, dada su filiación marxista, en muchos aspectos no podemos coincidir con él. De todos modos, *Los hombres de la Dictadura* es una obra bien meditada, bien escrita, interesante, cuya lectura, por conceptuarla provechosa, recomendamos.

EL BAEDEKER DE LOS LOCOS, por Arthur Holitscher. — Editorial Cenit, S. A. — Madrid.

Viñetas primorosamente logradas de la vida de París y Londres de la postguerra, forman este interesante y ameno libro.

Holitscher observa bien y escribe con la concisión, claridad y justeza del repórter de altos vuelos. Ni lirismos rebuscados, ni empachos de retórica, ni sensiblerías. Objetividad. Crudeza. Y, de vez en cuando, una metáfora enérgica, una imagen feliz, un chispa-

zo de ironía, una frase cáustica, una observación aguda y certera.

No obstante, no son los primores del estilo lo que nos ha seducido en esta obra. Lo que singularmente nos ha entusiasmado es el aliento generoso que llena y anima todas sus páginas.

Al describirnos diversos aspectos de la vida ordinaria de Londres y París, no borrado aún el recuerdo doloroso de la bárbara guerra que destruyó al mundo, nos hace ver con toda evidencia cómo se va preparando actualmente la nueva masacre que por sus proporciones hará parecer un simple juego de niños la que de 1914-18 hemos padecido.

Algo es esto; pero no es bastante. Holitscher no se limita a reseñar simplemente. Toma partido por la paz, entendiéndolo por paz, no la evitación de la guerra entre los pueblos, sino la transformación de la sociedad en un sentido que haga imposible la violencia entre los hombres.

Y la obra transpira dolor y rebeldía, y representa una acusación documentada y briosa contra el capitalismo, causante principal de tantas y tan variadas desdichas y crímenes.

Creemos que basta con lo dicho para hacer el elogio de este libro.

EL ACORAZADO «POTEMKIN», por F. Slang.—Editorial Cenit, S. A.—Madrid.

No es desconocido para nadie este título que corresponde al de una película que se ha proyectado en los más importantes Cinesmas del mundo, y que recientemente ha sido prohibida por el Gobierno español.

Lo que no se debe dejar de conocer es el contenido de este libro, que pulcramente traducido y editado con todo esmero, nos ofrece la Cenit en su nueva colección «Documentos vivos».

En 1905, la escuadra rusa sublevóse a la vista de Odesa. Puede asegurarse que aquella sublevación fué el primer chispazo de la hoguera revolucionaria que había de devorar al zarismo y subvertir todos los valores en la inmensa Rusia.

El acorazado *Potemkin* fué el primero en izar la bandera de la revuelta, y el último en arriarla, después de una emocionante y gallarda odisea.

Slang ha desempolvado documentos auténticos y ha compuesto este libro, en el que se establecen los hechos, su génesis y desarrollo, con sobriedad de trazos, sin adornos retóri-

cos innecesarios, ateniéndose en todo momento a la verdad histórica.

Oportunísimo ha sido sacar a luz el relato de esta gesta magnífica, hasta hoy desfigurada por los que tenían interés en que la verdad no resplandeciera. Estos marinos sublevados, no sólo representan el dolor de un pueblo que se alza contra un estado de cosas inaguantable, sino que significan, al mismo tiempo, la aurora tímida de una nueva época en la cual la Humanidad ha de escalar un plano superior en la fatigosa ruta de su evolución. Por eso dar a luz la verdad de estos hechos es labor utilísima y digna de todo encomio.

Jamás hemos recomendado la lectura de un libro con más ferviente entusiasmo que recomendamos ahora la de *El acorazado Potemkin*.

LA RISA NEGRA, novela, por Sherwood Anderson.—Editorial Cenit, S. A.—Madrid.

Lo que más nos ha llamado la atención en esta obra es la originalidad de estilo y de procedimientos.

Anderson parece un individuo torturado por la preocupación angustiosa de buscarse a sí mismo. Y esa misma preocupación inquieta al personaje centro de su obra.

Buscarse a sí mismo. Bucear en la propia alma. Explorar sus estratos más profundos y recónditos. Verse a sí propio al desnudo. Y vivir. Dejarse arrastrar por el torbellino de la vida, sumarse a su torrente, palpita en su todo heterogéneo y complejo, y permanecer, sin embargo, uno mismo. Magnífica preocupación. De ella nace y se acusa fuertemente una personalidad recia y bien diferenciada: la del que se atreve a seguir sus impulsos vitales, soberano de sí mismo, dominando siempre, aunque sin excesivo fuego.

En esto estriba, precisamente, la originalidad de Anderson. Se consulta a sí propio, mira la vida con sus ojos y vierte al papel lo que siente y lo que ve tal y como lo ve y lo siente. Objetiva la realidad y sus sensaciones personales, sin sujetarse a ningún canon, sinceramente y con valentía.

En *La risa negra* abundan los tipos bien trazados, y el ambiente en que se mueven está descrito a todo color; pero lo verdaderamente notable es el retrato psicológico de Bruce, del hombre que se busca a sí mismo, que se asoma curioso al alma de los otros,

que desea hallar un sentido a la vida y vivirla ampliamente.

Este tipo, felizmente logrado, es algo de una valía auténtica que afirma el rango del escritor, y da superior categoría a su arte inimitable.

MI VIDA DE OBRERO EN LOS ESTADOS UNIDOS, *por Henry Dubreil*.—Editorial España.—Madrid.

Este libro no es la obra de un literato ni de un técnico. Es la descripción objetiva de la vida del trabajo en los Estados Unidos de Norteamérica, llevada a cabo por un obrero que ha observado directamente y trabajando esa vida.

Naturalmente, para escribir un libro tan interesante como el que comentamos, no basta haberlo vivido. Se precisa una sólida preparación, experiencia, conocimiento de los métodos de trabajo y una vasta cultura social. De todo esa hace galas Dubreil. Y demuestra que sabe observar, y, lo que es más meritorio y difícil, expresar sus observaciones en un lenguaje llano, preciso, sencillo y lleno de claridad.

Despréndense del estudio de esta obra valiosas enseñanzas. Y oportunas. No sólo hallamos una relación justa de la vida del obrero en los Estados Unidos, de la organización del trabajo, del desarrollo de la industria, de la disciplina del taller y de cuanto se refiere a las relaciones existentes entre el capitalista y el asalariado, sino que, además, nos orienta eficazmente acerca de los problemas de la racionalización que tan vivamente preocupan en la actualidad al mundo civilizado, y que a tantas confusiones se prestan cuando se conocen insuficientemente o se plantean mal. Aunque no fuera nada más que por esto, valdría la pena de leer este libro.

Sin embargo, no es ese su solo mérito.

Mi vida de obrero en los Estados Unidos nos da a conocer una América que desconocíamos o conocíamos mal, que es peor. Para nosotros, el país del dólar era la ciudad del diablo amarillo de Gorki o la plutocracia ávida de ganancias y manchada de crímenes que nos da a conocer Upton Sinclair en sus soberbios libros. Es eso, sin duda; pero faltaba para tener una visión completa de aquel pueblo robusto y joven, devoto de la acción fecunda y enamorado de las empresas gigantesca, estar enterados de los interesantes aspectos que nos revela Dubreil.

Cierto que Dubreil sólo nos había de lo

que constituye su especialidad: la industria metalúrgica. Pero es suficiente. Conocida la vida del taller, los métodos de trabajo y la psicología del obrero, como asimismo sus relaciones con los técnicos, se tiene mucho adelantado para formarse una idea general justa acerca de los demás sectores de la producción.

Se desprenden del estudio de esta obra multitud de enseñanzas provechosas que no pueden ser reseñadas extensamente en estas simples noticias bibliográficas, que forzosamente han de limitarse a un breve comentario. Por eso nos ceñimos a recomendar la lectura de este libro interesantísimo, en la seguridad de que el lector más exigente no ha de quedar defraudado.

H. HOJA

SUBURBIO MIO, *poemas*, por Arturo Cambours Ocampo.—J. Samet, editor.—Buenos Aires.

Lo que más nos ha gustado de este opúsculo, son las ilustraciones, debidas al lápiz de Jorge Arancibia. Confesamos nuestra incapacidad para comprender la lírica moderna. Nos deja fríos. Rara vez hallamos en ella belleza y casi nunca nos conmueve. Nos parecen los poemas de los modernistas, una agrupación de imágenes descoyuntadas que bailan una zarabanda de aquellarre a distinto compás.

Así, este poema de Cambours, no nos ha impresionado ni bien ni mal. Nos ha dejado fríos. Como todo lo que escriben los poetas de ahora...

CORAZONES QUE AMAN, *por Crispulo Gutiérrez (Pin de Pilara)*.

Tiene páginas bien logradas esta novela juvenil. Y sobre todo inquietud y pasión. El autor es un trabajador de las minas. Dicho está que sus escritos no pueden ser, hoy por hoy, joyas literarias.

Sin embargo, hay condiciones en este muchacho. Sólo le falta estudiar asiduamente, cuidar el estilo y tener menos prisa en publicar lo que escribe. Esta misma novela, bien retocada y mejor cuidada la impresión, hubiera tenido doble mérito.

A pesar de todo, hallamos útil su contenido, y nos permitimos aconsejar al autor consulte a menudo los buenos autores y perseverar en sus propósitos, seguro de que puede hacer algo notable.



La batalla crepitaba en la calle de la Pépinière; la barricada, bien defendida por el famoso capitán Lisbonne, y construida por Gaillard padre, estaba, además, protegida por otras dos barricadas establecidas en las calles adyacentes.

En efecto; uno de los mayores errores tácticos de la Communa, fué no haber previsto el movimiento envolvente de los versalleses; sus barricadas caían una tras otra, a menudo sin poderse defender.

La Communa tenía una fe ciega en sus fortificaciones y en sus barricadas; pero las barricadas, si son buenas, sobre todo en los días de ataque, se vuelven insuficientes en los días de defensa.

Un solo cañón defendía la calle de la Pépinière. Un antiguo oficial del ejército regular, asqueado por las impresiones que había conservado de sus veinte años de vida militar, dirigía esa pieza, y disparaba regularmente, aunque con pocos resultados.

La suerte de la batalla no ofrecía duda alguna; la barricada debía caer como las otras; el cañón estuvo pronto fuera de uso; los defensores cayeron uno tras otro, y pronto no quedó ninguno.

Entre los últimos combatientes se encontraba Gregoire Fournier, sombrerero de oficio, hombre de unos treinta años. Aunque simple soldado, fué él quien mandó en la barricada después que el capitán Lisbonne fué herido, caso que se produjo con frecuencia en los últimos días de la Communa, cuando muchos oficiales habían desaparecido. Además, dos suboficiales, un cabo y un sargento estaban también heridos.

Se oía la voz de Gregoire dando órdenes. Como tantos otros, se revelaba de pronto jefe, sin que hasta ese momento hubiera tenido conciencia de su propio valer.

Los versalleses retrocedieron un momento. Un grupo de «communards» les habían sorprendido por detrás, infundiéndoles un ligero pánico, que duró poco. Pronto nuevos refuerzos versalleses llegaron, y los «communards» fueron obligados a abandonar la barricada.

Gregoire entró en el patio de una casa, y gritó

—¿Quién quiere salvar a un desdichado?

Una ventana se abrió; una mujer hizo una señal, y Gregoire subió al cuarto piso.

Allí se halló en presencia de una mujer de unos veinticinco años.

—Entre —le dijo en voz baja.

Ayudó a Gregoire a quitarse la ropa, y le dió ropa de su marido. Era viuda de un hombre muerto en la guerra durante el primer sitio de París.

Fuera, la batalla continuaba terrible. El cañón tronaba en medio del repiqueteo de los fusiles. Fulgores de incendios se extendían sobre París; se oía desplomarse el castillo de las Tullerías, y pronto una explosión terrible anunciaba el fin de ese palacio de los reyes.

¡Cuántos crímenes se habían cometido en ese antro! ¡cuántas intrigas diplomáticas hechas y deshechas!

De allí había salido Napoleón III para hacer la guerra a Alemania. De allí salió Luis XVI para entrar en la prisión del Templo. De allí Carlos X y Luis Felipe huyeron para el destierro.

Al quemar las Tullerías, la Communa hizo una gran obra, un gesto magnífico: puso entre la realeza y la República una barrera infranqueable.

Después de haber aceptado un pedazo de pan y medio vaso de vino, Gregoire se había adormilado en una silla; estaba extenuado, como todos los últimos combatientes de la Communa.

La señora Gervais le invitó a tenderse en su cama; Gregoire empezó rehusando; pero la irresistible fuerza del sueño le venció. Se echó, y pronto quedó dormido.

La señora Gervais le miraba. Bajó después para ver si se abrían de nuevo las tiendas. Los «communards» habían evacuado el barrio; pero todas las tiendas estaban cerradas.

En la esquina de la calle, los soldados habían encendido fuego. La noche había llegado fría. La señora Gervais volvió a su piso, Gregoire continuaba durmiendo.

¡Qué extraños pensamientos atravesaban el espíritu de la señora Gervais! Miraba al refugiado, que tranquilamente reposaba. ¿Qué iba a ser de él? ¿Quién era, ante todo? Llevada por un sentimiento de generosidad natural, le había abierto la puerta de su casa; pero después ninguna pregunta le había hecho. ¡Tan abatido estaba después de cinco días de combate incesante!

Era hermoso; buen tipo de hombre. Soñaba. Unas palabras escapaban de su boca entrecerrada; pero eran palabras de guerra. Se creía aún en la barricada, y daba órdenes: —¡Beltrán, tira a la derecha! ¡Cuidado, Vaillant, un obús!

A pesar de la gravedad de la situación, ella hubiese querido (¿no era mujer?) sorprender algunas palabras que la pusieran al corriente de su vida...

A poco, Gregoire se movió; despertóse, y con la mirada un poco extraviada, a consecuencia del cansancio cerebral, del exceso de fatiga que se hacía sentir en él, miró algún tiempo alrededor de sí; tardó un poco antes de comprender; sonrió al fin, y tendió la mano a la señora Gervais.

Hablaron algunas palabras. Dió su nombre, su dirección, y quiso partir. Pero la señora Gervais le retuvo algunos instantes; tenía café: Gregoire no podía irse sin tomar una taza. La tomó, en efecto, y se fué.

Pero, ¿dónde ir? Volver a su casa, era hacerse detener inmediatamente. Hubiera podido ir a casa de amigos; pero, ¿cuáles? Todos estaban más o menos comprometidos; todos habían tomado una parte activa en la Communa.

Perplejidad, incertidumbre, uno de los sentimientos más dolorosos que el hombre pueda experimentar. Tenía muy poco dinero en el bolsillo; la paga de guardia nacional no le había sido dada desde que los versalleses habían entrado en París. Entró en un despacho de vino, que conocía en el barrio, calle del Templo.

El tabernero se asustó, no porque fuera reaccionario, sino porque el terror que reinaba en París difícilmente puede expresarse. Todas las pasiones humanas se desataron en aquellos momentos: el odio, los celos, el espíritu de lucro, pues se habían prometido premios a los delatores. Antiguos presidiarios estaban alistados en la Policía.

Los policías acercábanse a mirar a los hombres honrados en la misma cara; las denuncias anónimas se elevaban a doscientas mil en algunos días; se fusilaba por doquier; se enterraba por cualquier parte; los perros aullaban a la muerte; arroyos de sangre corrían en ciertas calles. La burguesía se desquitaba.

El tahonero no echó a Gregoire; le hizo entrar en una habitación detrás de su tienda, y le dió un plato de sopa, un pedazo de pan y un vaso de vino.

El comercio no estaba restablecido; las carnicerías no habían abierto aún sus puertas, y las vías del ferrocarril estaban obstruidas por la salida de los «communards» prisioneros y la llegada de nuevas tropas.

Gregoire no podía permanecer donde estaba; muy conocido en el barrio, donde trabajaba hacía tiempo, se había destacado por su inteligencia superior, su jovialidad, y sobre todo por sus opiniones sociales muy avanzadas. Formaba parte de la Internacional, y hasta era uno de sus fundadores.

Dejó, pues, la taberna del señor Boulard, y se fué hacia la casa donde había trabajado; pero la casa estaba cerrada. El patrón, llamado Antoine, había marchado de París. Vivía magníficamente en Normandía, donde podía hablar contra los «communards», esos *bandidos* a los que debía su fortuna. Lo vió después de la represión, cuando de los ciento diez obreros, cuarenta fueron fusilados, muertos en el combate, desterrados o deportados.

Llegó la noche. Su instinto le condujo alrededor de su casa inconscientemente. La ropa que llevaba no se ajustaba a su estatura. Estaba rendido y casi hambriento. En la esquina de la calle en que vivía encontró a un amigo que no había podido servir a la Comuna, por

hallarse en ese momento en el hospital, donde le curaban heridas recibidas en la guerra contra Alemania. Ese compañero le recomendó que no entrara en casa de su madre, donde sería detenido inmediatamente, pues el portero era de la policía.

¿Qué hacer? Desde la mañana erraba al acaso; pensó ir a ver a su hermana que estaba casada, tenía dos hijos y vivía en una aldea llamada Saint Mandé. Se puso en camino. Había que andar mucho. Llovía. Llegó, sin embargo, empleado del Estado, estaba en la provincia. Su hermana estaba sola.

Se sobresaltó al ver a su hermano. Le creía muerto y ahora temblaba al recibirle. Ya había sido registrada su casa. Le hizo sentar, le dió de comer y le permitió dormir en su casa a condición de que se marchara al romper el alba, cosa que él prometió hacer.

Comió. Tantas fatigas y privaciones le habían dado hambre. Los dos hijos de su hermana, sus sobrinos, le miraban con tanta sorpresa como terror. El soñaba, pensando en la hospitalidad que había recibido, en la abnegación y el valor de aquella mujer desconocida que le había acogido a pesar de la amenaza que pesaba contra todas las personas que diesen asilo a los «communards».

Era la orden legal; pero la legalidad no era respetada en aquellos días de terror en que se fusilaba por una simple denuncia. Por una de esas denuncias, un inocente fué fusilado en lugar del autor de este escrito.

Se fué, pues, a la mañana siguiente. Su hermana le dió dinero. Pudo lavarse, cepillarse. Recibió calzado y una camisa de su cuñado, lo que tenía gran valor para él, porque era por el calzado por lo que se conocía a los combatientes de la Comuna.

Empero, ¿dónde ir? París es un mundo, pero la existencia de sus habitantes es muy restringida. Su vida ordinaria oscilaba de su casa al trabajo, y los domingos o días de semana, casi siempre los mismos paseos y las mismas visitas a los amigos.

Pero en aquellos tiempos de abominación, ¿dónde estaban los amigos? Unos habían sido detenidos y fusilados; otros habían huído; otros se escondían, viviendo con nombres supuestos.

Instintivamente volvió a la taberna del señor Boulard. Quería tener noticias de sus compañeros de trabajo. Las consiguió, efectivamente. Muy pocos quedaban libres. Detenidos, fusilados, huídos, tales eran los datos dados por el tabernero. Gregoire permaneció allí hasta la tarde, y se fué, con gran satisfacción del señor Boulard.

Pero, ¿qué fuerza le llevaba hacia la casa donde se había refugiado la primera noche? ¿Por qué, a pesar de las inquietudes en que vivía, volvía siempre su pensamiento hacia la que le había dado asilo, con peligro de su libertad y hasta de su vida? ¿Qué fuerza misteriosa le arrastraba hacia la que le había dado el refugio salvador?

Se encaminó hacia los muelles del Sena, donde pensaba tener más probabilidades de no ser reconocido; a lo largo de esos muelles, cadáveres de «communards» permanecían tendidos, y Gregoire creyó ver que algunos de esos cuerpos palpitaban aún. Andaba rápidamente. Sobre el río ya flotaban algunos cadáveres. Pudo ver las ruinas humeantes de las Tullerías, y experimentó una satisfacción enorme. Las Tullerías eran, para los parisienses de 1871, lo que la Bastilla para los hombres de 1789. Al fin, llegó. La calle no había adquirido aún su aspecto ordinario. Incluso algunas tiendas permanecían cerradas, y la gravedad, la expresión de terror y de angustia, impregnada en los rostros, bastaba para anunciar que un cataclismo había pasado por allí.

Gregoire entró en una taberna donde también se vendía carbón, se sentó y pidió un vaso de vino, que apenas probó. Soñaba, cuando una mano se puso sobre su hombro. ¿Era la mano de un policía, la de un agente provocador? No; era la de su bienhechora.

Ella se sentó. Hablaron. El tabernero era un buen hombre, que no dejaba de tener sus ideas, pero odiaba a los versalleses, y no le sorprendió que la señora Gervais conversara con Gregoire.

Este contó lo que había hecho desde que había abandonado la casa de ella, sus correrías a través de París, el terror que reinaba, la imposibilidad de recibir un asilo, y, por fin, la resolución que había tomado de suicidarse antes que dejarse prender por los versalleses.

Sabía qué suerte le esperaba. Su padre había sido condenado a presidio después de las jornadas de junio de 1848. Prefería morir antes que sufrir la misma suerte.

Decía estas cosas con tranquila entereza. Se advertía en sus palabras la resolución premeditada y firme.

La señora Gervais escuchaba la voz simpática de Grégoire. Sus ojos, animados por la fiebre, brillaban magníficos en un rostro soberbio, pero pálido de cansancio.

Reflexionó, vió a ese hombre a quien había ofrecido un asilo, acosado, perseguido, fusilado, y sintió en el corazón una emoción de cuya fuerza no pudo darse cuenta.

—Venga a mi casa—dijo.

Pero él se negó. No; no iba a comprometerla, a denunciarla involuntariamente a la policía. Si debía morir, moriría. Sin duda tenía a su madre consigo, pero quizás su hermana podría tomarla a su cargo. Además, la vida le parecía sin valor ahora: sus conceptos sociales estaban aplazados para una época ya lejana; la reacción triunfaba; siempre sería la misma miseria para el obrero.

La señora Gervais combatió ese pesimismo. Había que vivir, debía vivir. El argüía la derrota de la Communa, pero también ella sufría por lo mismo. ¿No era también hija de un revolucionario. Su marido mismo había combatido en 1851. Se despidió diciéndole:

—Espere a la noche y venga. Mañana le llevaré a casa de una amiga a quince kilómetros de aquí. Yo camino bien. Una vez allí, usted estará a salvo.

Llegada la noche, subió. La señora Gervais había preparado una pobre cena, lo que permitía el estado general. Y luego, se amaron.

¡Poder irresistible del amor, aumentado por la eminencia del peligro! ¡Sólo los que han pasado por tales momentos pueden apreciarlo!

Se quiere vivir, se quiere sentir, se quiere amar antes de la muerte. La *Naturalism* triunfa.

Eran las cinco de la mañana. Golpes violentos retumbaron en la puerta. Eran soldados que registraban. Encontraron a Grégoire y le detuvieron.

Fué estoico. Se vistió y siguió a la tropa que le conducía a la corte marcial, cuando apareció una banda de trasnochadores, mujeres y hombres, medio embriagados. Eran prostitutas llegadas de Versalles, acompañadas por sus hombres, que volvían a París a correr las francachelas.

Esos miserables rodearon inmediatamente a los soldados que llevaban a Grégoire, lanzando ¡muera! furiosos. Pronto se agregaron a ellos otros innobles individuos.

La señora Gervais miraba desde la ventana. Vió la escena terrible y bajó. El oficial resistía débilmente, pero una prostituta, la más hermosa, le hizo una promesa al oído; se decidió a abandonar a Grégoire, que fué puesto de espaldas a la pared.

Una mujer —un monstruo—dirigió la ejecución, pero Grégoire no cayó solo. Antes de que la voz de ¡fuego! fuera lanzada, la señora Gervais estaba a su lado, ante los soldados.

Ambos gritaron: ¡Viva la Communa!

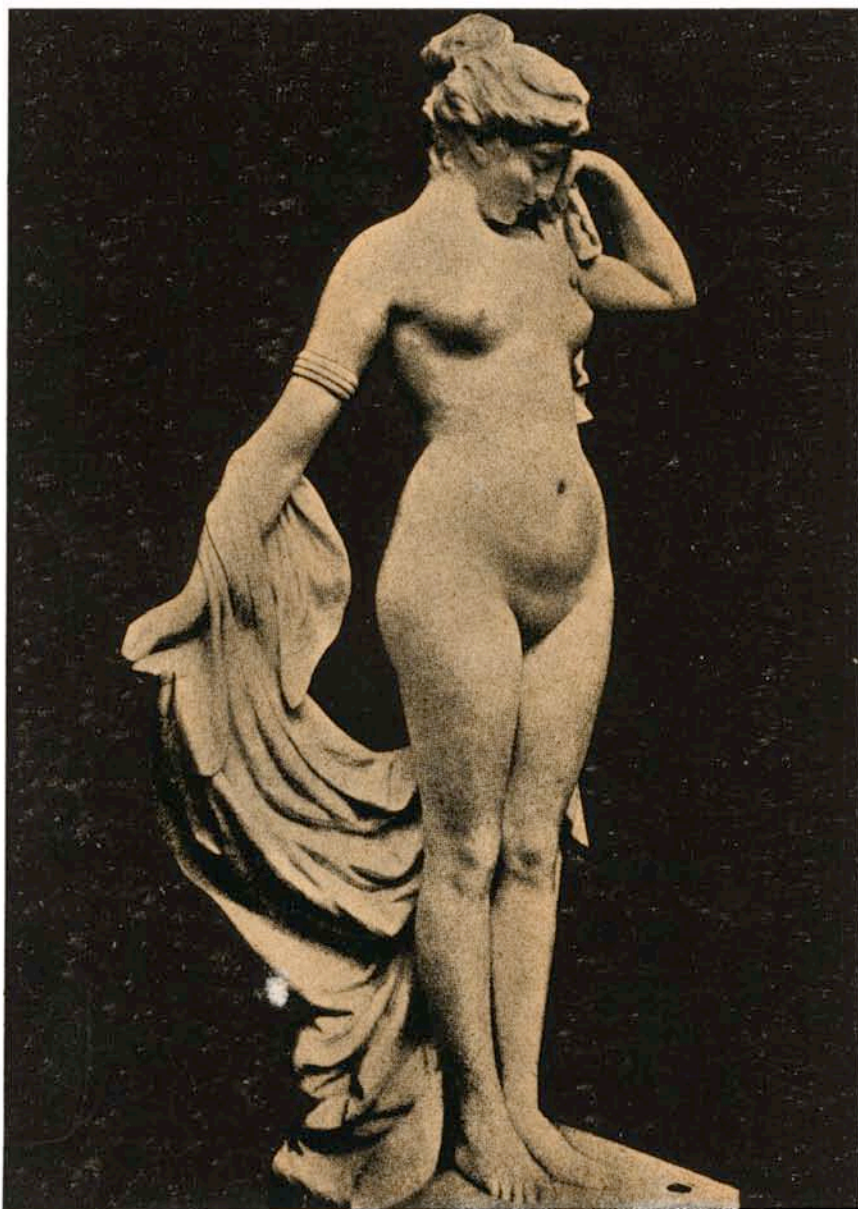
Así perecieron los amantes de una noche.

GUSTAVE HINART

(1) Traduzco para ESTUDIOS este escrito, imaginado en parte, verídico en otra, que escribió mi padre, hoy anciano de ochenta y cuatro años, uno de los pocos supervivientes de la Communa de París.

La trama es imaginada, pero el marco, el ambiente de la represión y de terror está bien reconstituido, tal como fué en realidad, según atestiguan las narraciones hechas después de la derrota de esa sublevación memorable.

Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que hechos parecidos han tenido lugar, y que nada hay fantástico en cuanto a la aventura del personaje central. Y no creo que sea debilidad de un hijo amantísimo atribuir un cierto valor a lo que un combatiente de la Communa nos dice de sus recuerdos después de cerca de sesenta años.—Gastón Leval.



FRINÉ, mármol de G. Campagne

La escultura, la más gráfica, la más plástica, de las Artes Bellas, es la Naturaleza esculpida; la imaginación que, como la Venus de Milo, han resistido el peso formidable de las generaciones y de los siglos, sin que mientras aliente el alma humana sobre el mundo. Porque la escultura, como la materia viva, tiene espíritu y admirado las contempla, subyugado por el Arte, hasta llega a suponer que sí que laten, sólo que los latidos que es la realidad cince

“¿Se cree en Dios? —dice el profundo realista de la pluma Octavio Picón—. Pues el cuerpo es el vaso del a Naturaleza? Pues es lo más hermoso que ha producido. Último grado en la escala de la selección natural, o mirarlo, parece que se pintan y confunden el amor a la

CINA DE RTE



SUSANA, mármol de Barrois

nación petrificada, el pensamiento hecho forma. La mayestática grandeza de ciertos desnudos escultóricos n que por eso se desmaterialicen sus materialidades de piedra, son y serán el asombro de los hombres píritu y cuerpo: su espíritu es el arte; su cuerpo la línea; y si a las bellas esculturas no se las ve latir, el que latidos van por dentro. Por eso lo más emotivo, lo más maravilloso de la escultura está en el desnudo, d cincelada por el genio.

so del alma labrado por la sabiduría infinita. ¿Se admite sólo la existencia de las fuerzas misteriosas de la natural, o barro que animó una voluntad creadora, nuestro cuerpo nos atrae y embelesa; en el placer que da or a la vida y la acción de gracias por haberla recibido.“

las páginas más optimistas realzan en gran manera el valor de la obra total. La actitud de plena seguridad revelarían ignorancia. No cae nunca Mella en este callejón sin salida. Afirmaciones de hombre de acción, sí, pero con una nota, escondida muchas veces, en la que el pensamiento pone freno a la actitud demasiado segura. No son fáciles de recorrer los caminos de grandes propósitos. Si alguna vez, de un salto, se coloca en el final, luego medita las dificultades de este salto, sólo factible con el pensamiento. Doblemente sugeridores, por esto, sus trabajos. Dan la lección completa. Afirmativos nada más, no darían ninguna lección valedera. Y la lección está preñada de simpatía, que es cómo las lecciones dan fruto.

Ideario es el primer volumen de las obras completas del autor. Si el propósito de los editores se cumple, Mella será, por fin, conocido realmente y como se merece.

El libro está editado con gusto y con un criterio de selección digno de elogio. No se habían visto muchos libros, en España, editados por libertarios, como **Ideario** Ricardo Mella era acreedor a este homenaje, el más íntimo de todos y el más acorde con su vida y su pensamiento.—Precio, 5 pesetas.

El mundo agonizante, por Campio Carpio.—Es éste un libro duro como el acero, recio como el roble y rebelde como el cardo; grito de alerta ante el peligro de muerte que amenaza al mundo en este momento de tristeza, de desolación y tedio; ofrenda de un corazón libre, sin más intereses creados que los contraídos consigo mismo y con la humanidad doliente, a un ideal de paz, de libertad y de justicia.—Precio, 3 pesetas.]

¡También América!, por Campio Carpio.—Este libro es el reflejo de una lucha a vida o muerte entre la violencia y la libertad; grito de guerra contra las bárbaras tiranías, que por medio del terror conmueven al mundo en este momento de cobardías y claudicaciones; anatema contra los enemigos de la libertad.—Precio, 4 pesetas.

Higiene de la vida sexual, por el doctor Max Gruber.—Una obra de valor incalculable, de utilidad indiscutible, es el libro de Max Gruber. De las muchas obras conocidas acerca de la vida sexual, pocas podrán igualarse en claridad y sencillez, a la vez que en exposición metódica y ordenada de los conocimientos necesarios, cualidad ésta que la coloca entre las mejores obras de este género, pues en sus páginas aprende con facilidad el más neófito en estas cuestiones del sexo. «No debe permitirse—dice el doctor Gruber, al final de esta obra—que el número de niños aumente de tal modo, que sea imposible para la familia el alimentarlos y educarlos; se debe evitar engendramiento de niños que tengan la posibilidad de nacer enfermizos o raquíticos.» Estas palabras revelan la moralidad racional y humana que inspira a su autor al escribir esta obra. Que a tan nobles propósitos se corresponda leyendo y recomendándola, es misión de cuantos sepan el valor de estos conocimientos.—Precio, 1'50 pesetas.

Educación y crianza de los niños, por Luis Kunhe.—Consejos a los padres, preceptores y educadores. Librito de alto valor biológico y de utilidad inapreciable.—Precio, 1 pta.

El Vegetarismo, por Carlos Brant.—Esta obra está considerada, con justicia, como una de las mejores, si es que hay alguna que la aventaje, de la ya vasta literatura moderna naturista. En efecto, la pluma galana y sutil de Carlos Brandt, movida al impulso de la lógica incontrovertible, el concepto diáfano que subyuga y convence, abriendo nuevos e insospechados horizontes al lector, lograron esta bella obra, a la que deben hermosos y eficaces conocimientos a la par que nuevas normas de vida sana y optimista, la generación actual de hombres de firme voluntad y de nobles ansias de vida natural.—Precio, 3 pesetas.

Enfermedades del Estómago, por el doctor

T. R. Allinson.—Compendiado y documentadísimo tratado acerca de las enfermedades del estómago y sus causas, medios y tratamientos para combatirlas, seguido de un tratado alimenticio racional. Librito de gran utilidad y eficacia indiscutible.—Precio, 1 peseta.

Enfermedades del aparato respiratorio, por el doctor T. R. Allinson.—Tratado conciso y breve, pero metódico y bien definido, repleto de prácticas y racionales enseñanzas para evitar, tratar y combatir las diferentes enfermedades del aparato respiratorio. Un librito que nunca se ponderará bastante por su gran eficacia y por las normas científicas en él expuestas para la conquista de la salud.—Precio, 1 peseta.

Reumatismo, por el doctor T. R. Allinson.—Sus causas, síntomas, complicaciones, resultados, tratamiento.—Precio, 0'50 pesetas.

Los Vegetales (Génesis y milagros), por el doctor Arthur Vasconcellos.—Es bien conocida en el campo naturista la alta personalidad y el prestigio científico del doctor Vasconcellos. El presente librito es uno de los mejores tratados acerca de los vegetales como alimento natural del hombre, sus propiedades y su valor fisiológico.—Precio, 1 peseta.

Los microbios y el Naturismo, por el doctor Arthur Vasconcellos.—La teoría microbiana, sobre la que fundamenta la Medicina oficial su base experimental como origen de todas las enfermedades, es rebatida en este librito desde el punto de vista de la teoría naturista, que desecha todo el fárrago mercantil y venenoso de sueros y específicos, buscando en la vida natural e higiénica la verdadera fuente de salud.—Precio, 0'50 pesetas.

Un viaje por Icaria, por E. Cabet.—Descripción de un nuevo sistema de convivencia humana. Cabet es uno de los precursores del comunismo. Su concepción es digna de estudiarse y contrastarse con otras nuevas y más modernas teorías.—Dos tomos, 8 pesetas.

Evangelio Naturista, por el doctor Arthur Vasconcellos.—Hermosa elegía del ideal naturista; evangelio de la vida y de la salud.—Precio, 0'50 pesetas.

Humano ardor, por Alberto Ghirardo.—(Memorias de Salvador de la Fuente). Libro de luchas vividas, emocionante y de mucha y provechosa enseñanza. Ghirardo es de sobra conocido para que hagamos una apología de su obra. Su nombre y su historial de luchador dicen de sobra el crédito de que goza su literatura rebelde y humanista.—Un tomo, 5 pesetas.

Emilio o la Educación, por J. J. Rousseau.—Este libro de educación que basó un sistema y consumó una idealidad en Pedagogía, no debe faltar en ninguna biblioteca de hombre estudioso.—Precio 4 pesetas.

En la línea recta, por Eusebio C. Carbó.—Sabido es que el movimiento naturista, que cada día adquiere nuevos incrementos, adolece, en sentido general, de un error mayúsculo: el de tender a mejorar al individuo, sin cuidarse del factor social. Error que neutraliza los buenos resultados que pueden derivarse de la difusión y el arraigo de esas excelentes doctrinas. El individuo es la correspondencia con su medio. Esto es lo que induce a Carbó a sentar en esta su utilísima e interesante obra una senda libertadora integral de las colectividades humanas, basada en la transformación radical de la sociedad.—Precio, 2'50 pesetas.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes.—Hermosa edición especial para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes, acaecida el 23 de Abril de 1616.

Precedida de un documentado estudio de la vida y obras de Cervantes, y de una iniciación bibliográfica de excepcional interés. Un volumen de 892 páginas, con hermosas ilustraciones, encuadernado en cromotipia.—Precio, 3 pesetas.

Entre dos frentes, por Madam Smit. — Novela de paz y amor. Provechosa propaganda en contra de la guerra.—Un tomo, 4 pesetas.

El Dolor Universal, por Sebastián Faure. — *El dolor universal* es, sin disputa, la más grande obra, la más humana, la de más fundamental importancia de cuantas se han escrito propagando una sociedad libre. Hasta los más encarnizados enemigos de toda libertad, forzosamente han tenido que reconocer la lógica y la bondad, profundamente humanas, de esta obra inmortal.—Precio, 3 pesetas.

La Revolución Rusa en Ucrania, por Néstor Makhno.

Todos los que han seguido con atención la trágica pugna desarrollada en Ucrania, saben ya quién es Makhno. Pero su retrato más cabal, al propio tiempo que la historia verídica, y toda ella fervor, de la revolución ucraniana, está en su reciente libro *La Revolución rusa en Ucrania*, documento que ningún hombre preocupado por los problemas sociales debe desconocer.—Precio, 3 pesetas.

Juana de Arco, sacrificada por la Iglesia, por Han Ryner. — El genial filósofo y eximio novelista Han Ryner sostiene en este formidable librito, con valentía inusitada, una formidable acusación contra la Iglesia: el martirio y sacrificio de Juana de Arco, la heroína doncella que pasado el tiempo la misma Iglesia había de elevar beatificándola, como un sarcasmo más contra su víctima. En esta acusación Han Ryner invita a recusar su afirmación a los más calificados representantes del catolicismo, que rehuyen la invitación con astucia diplomática.—Precio, 0'60 pesetas.

Para ser vegetariano, por José Galián Cerón. — De utilidad para los que sigan la dieta vegetariana. Indispensable al que desee adoptar el vegetarianismo. Contiene además una utilísima guía de los alimentos naturales y de los derivados, admitidos en el régimen vegetariano corriente.—Precio, 1'50 pesetas.

Colección "La Novela Mensual de ESTUDIOS"

Crainquebille, por Anatole France. — Nadie ha sabido ridiculizar las normas rígidas de la *justicia escrita*, como lo hace Anatole France en este *drama vulgar*, en el que se admira la fina ironía y el sublime estilo del gran escritor.—Precio, 0'50 pesetas.

La muerte de Oliverio Becalite, por Emilio Zola. — El inmortal Zola muestra en esta preciosa novela el contraste de una vida civil, muerta según la ley, con la libertad que adquiere la personalidad *desaparecida* a los ojos del mundo y sus convencionalismos.—Precio, 0'50 pesetas.

El marco, por Alejandro Kuprin. — Una hermosa narración sirve de marco a unas vidas agitadas en la lucha revolucionaria y al planteamiento de un problema sentimental hondamente sugestivo.—Precio, 0'50 pesetas.

Luz de domingo, por Ramón Pérez de Ayala. —

Es esta una pequeña novela por su volumen, pero inmensa por su belleza incomparable y por la alta moralidad en que se inspira. El genial escritor enaltece el sentimiento del amor por encima de las bajezas del instinto y de la maledicencia.—Precio, 0'50 pesetas.

Infanticida, por Joaquín Dicenta. — Una formidable acusación contra la sociedad que villipendia y desprecia a la joven incauta, caída en falta por la ignorancia en que a toda costa se quiere mantener a la juventud, hasta convertirla en *infanticida*.—Precio, 0'50 pesetas.

Urania, por Camilo Flammarion. — Singular género literario éste de cantar las maravillas celestes en forma novelesca, que sólo podía estar reservado al genial poeta del universo, como muy justamente se ha dicho de Flammarion. El estudio de la astronomía hecho en forma altamente sugestiva e interesante.—Precio, 0'50 pesetas.

Seguirán apareciendo en esta colección un título cada mes, siempre de autores de reconocido prestigio universal.

DICCIONARIOS

(15 por 100 de descuento a corresponsales y suscriptores)

Enciclopedia Sopena, en dos volúmenes.—Contiene 200.000 artículos, 50.000 biografías, 20.000 grabados, 87 mapas en negro y en color y 39 hermosas cromotipias.—80 pesetas al contado y 90 a plazos.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española, publicado bajo la dirección de don José Alemany.—Contiene 90.000 artículos, 8.000 grabados, 2.000 retratos, 380 cuadros, 77 mapas en negro y color y 15 cromotipias.—18 pesetas.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado LA FUENTE. — Contiene 80.000 artículos, 1.014 grabados, 370 retratos, 100 cuadros, 11 mapas en color y 3 cromotipias.—9'00 pesetas.

Nuevo Diccionario de la Lengua Española, por don José Alemany.—Este Diccionario es un excelente compendio de la parte lexicográfica de la Enciclopedia Sopena.—7 pesetas.

Diccionario Ilustrado ARISTOS. — 60.000 voces, 2.500 grabados. — 5'50 pesetas.

Diccionario de la Lengua Española, por Atilano Rancés. — Edición de bolsillo. — Contiene 45.000 voces y está ilustrado con 800 grabados.—3'50 pesetas.

Diccionario Francés-Español y Español-Francés, por P. Alcalá Zamora y Teophile Antignac. — Edición manuable.—Con la pronunciación figurada.—5'50 pesetas.

Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés, por Ricardo Roberston.—Con la pronunciación figurada.—5'50 pesetas.

Pequeño Diccionario de la Lengua Española «Ite».—Edición de bolsillo. — 1'75 pesetas.

Diccionario «Ite» Inglés-Español. — Edición de bolsillo.—2'50 pesetas.

Diccionario «Ite» Francés-Español. — Edición de bolsillo.—2'50 pesetas.

Diccionario Filosófico, por Voltaire. — Obra trascendental, considerada como la más valiosa y fundamental de este genio inmortal.—Dos grandes tomos en tela.—16 pesetas.

TARJETAS POSTALES DE "ESTUDIOS"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los retratos de los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un descubridor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—*Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dos-
toiewski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Rios.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando La-
salle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapèrede.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linares, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

SERIE VII.—*Lope de Vega, Tiziano, Ludmila Pitoeff, Stravinski, Descartes, Justus Liebig, Harvey, Romain Rolland, Darwin, Miguel Servet, Desmoulins y Andreiev.*

SERIE VIII.—*Bécquer, Rubens, Alberto Durero, Chopin, Raimundo Lulio, Raspail, Galvani, Ch. Louis Philippe, Mendel, Luis Blanc, Theroigne de Mericourt y Stendhal.*

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 pesetas.

No se venden tarjetas sueltas.

A corresponsales y suscriptores de Estudios, el 30 por 100 de descuento.



El peor enemigo del progreso y de toda libertad es esa literatura pornográfica, depravada y cínica, que va convirtiendo a la juventud en rebaño servil y cretino, sin voluntad y sin conciencia de su papel en la vida.

Merced al amparo de que goza toda esa repugnante producción, indignamente llamada literaria, la juventud, cada vez más embrutecida por lecturas eróticas, lujuriosas y estúpidas, va perdiendo los últimos arrostos de su dignidad, descendiendo al más bajo y vil sensualismo,

del que es vergonzoso producto esa legión de *hombres-sombras*, impotentes e incapaces de sentir y pensar con nobleza moral; sin aspiraciones dignas y elevadas, sin ilusiones bellas y honrosas; inútiles, en fin, para lo que no sea entusiasmarse por todo lo trivial y tonto, por todo lo puerco y degenerante, y malgastar sus energías en banalidades torpes y perjudiciales.

Frente a esa avalancha embrutecedora y denigrante, hemos de oponer, con la medida que nuestros escasos recursos nos permitan, la labor de superación mental y física del hombre, la creación de una cultura ampliamente ecléctica y racional que haga comprender a esa juventud alocada que por encima de toda esa podredumbre histórica y viciosa están estas páginas, repletas de bellas enseñanzas, de conocimientos útiles, consagradas a liberar al hombre de la ignorancia y a crear una generación consciente y culta, capaz de llenar su augusta misión renovadora.

Para ello solicitamos de cuantos crean útil la labor de ESTUDIOS, ayuden a su difusión procurándole suscriptores, propagando su lectura en todas partes, y recomendando la lectura de sus libros.

Amenidad, Interés, Educación sexual, Arte, Conocimientos eugénicos para la vida privada, Ética moral y científica

Es una excelente Revista ecléctica mensual, en la que colaboran las más prestigiosas firmas de la intelectualidad española. Es una publicación de amplios horizontes científicos, de divulgación de conocimientos prácticos para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

56 páginas de texto selecto ... Precio del ejemplar, 50 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Para España, Portugal y América: Un año (12 números). 6'50 Ptas.

Para los demás países: Un año (12 números). 8'00 "

PAGO ANTICIPADO

A los corresponsales y libreros, el 20 por 100 de descuento

Toda correspondencia, giros, valores, etc., al Administrador:

J. JUAN PASTOR

APARTADO 158 - VALENCIA (ESPAÑA)

BOLETIN DE SUSCRIPCION

(Puede cortarse este Boletín y remitirse dentro de un sobre abierto, franqueado con un sello de dos céntimos)

Fecha

Sr. Administrador de ESTUDIOS:

Sírvase tomar nota para remitir una suscripción de ESTUDIOS, a partir del número del mes de a las señas abajo indicadas.

Para cuyo efecto, remito con esta fecha el importe anual de pesetas por Giro postal (1).

DIRECCIÓN:

Sr. D.

Calle

Población

Provincia

Firma,

(1) Si no se quiere o no se puede anticipar el importe, puede indicarse que se haga el envío del primer número a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir la Revista de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del suscriptor en este caso. El servicio de Reembolso sólo rige para España.

CUADERNOS DE CULTURA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Estos CUADERNOS se dirigen principalmente al autodidacto: al hombre que quiere formarse una cultura por su propio esfuerzo; al hombre que no dispone de tiempo ni medios adecuados para el cultivo metódico de su inteligencia y para el cual la vida es un panorama lleno de interrogantes; al hombre que desee penetrar en el conocimiento del mundo y del pensamiento humano y quiera formar su educación basándose exclusivamente en la lectura.

Estos CUADERNOS ponen ante el lector, en libritos económicos de limpio y fácil estilo, todas las disciplinas del saber humano, orientadas en un sentido claro, científico, imparcial.

Se publica un CUADERNO cada quince días, esmeradamente impreso en papel pluma, de 72 o más páginas, al precio de 60 céntimos cada uno. A los corresponsales y librerías, a 45 céntimos desde cinco ejemplares en adelante.

Van publicados los siguientes títulos:

- 1.—**Socialismo**, por Marín Civera. (Agotado.)
- 2.—**Introducción al estudio de la Filosofía**, por F. Valera. (Agotado.)
- 3.—**El Universo**, por el doctor Roberto Remartínez.
- 4.—**Liberalismo**, por F. Valera.
- 5.—**La formación de la Economía Política**, por Marín Civera.
- 6.—**Sistemas de gobierno**, por M. Gómez.
- 7.—**Higiene individual o privada**, por el doctor Isaac Puente. (Agotado.)
- 8.—**Escritores y pueblo**, por Francisco Pina.
- 9.—**Sindicalismo: su organización y tendencia**, por Angel Pestaña. (Agotado.)
- 10.—**La Vida (Biología)**, por Luis Huerta.
- 11.—**Nuestra casa solariega (Geografía)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 12.—**Cómo se forma una biblioteca**, por Federico Carlos Sainz de Robles.
- 13.—**Monarquía y República**, por Alicia Garcitoral. (Prólogo de Marcelino Domingo.)
- 14.—**América antes de Colón**, por Ramón J. Sender.
- 15.—**La familia en el pasado, en el presente y en el porvenir**, por Edmundo González-Blanco.
- 16.—**La dramática vida de Miguel Bakunin**, por Juan G. de Luaces.
- 17.—**Uso y abuso de la tierra**, por Emilio Palomo.
- 18.—**La Escuela Única**, por José Ballester Gozalvo.
- 19.—**Democracia y Cristianismo**, por Matías Usero.
- 20.—**Introducción a la Historia Natural**, por Enrique Roja.
- 21.—**Salvador Seguí ("Noy del Sucre")**, por José Viadiu.
- 22.—**El mundo de habla española**, L. Basa.
- 23.—**El romancero español**, por R. de Cam-pomor Freire.
- 24.—**La vida de las plantas**, por Emilio Guínea.

Seguirán originales de Angel Pestaña, Gonzalo de Reparaz, Alvarez del Vayo, Adolfo Salazar, Roberto Castrovido, Genaro Artilles, Antonio Espina, Luis Bello, etc.

Se envía un ejemplar de muestra a quien lo solicite.



Como el Caballo de Atila

Por H. Noja Ruíz

Pocas veces podrá tildarse de excepcional una obra con mayor motivo que a esta novela, última producción del conocido y admirado escritor Higinio Noja Ruíz.

Porque lo meritorio y lo que verdaderamente hace excepcional a un libro no es sólo su trama novelesca, lo emocionante y episódico de su narración, sino la trascendencia de las ideas a cuyo fuego se forja su producción, el concepto elevado que sugiere su lectura, finalidad artística a que aspiró el autor para dar forma vital a una nueva concepción más humana y más digna, a una moral superior a que forzosamente han de encaminarse las relaciones de humana convivencia.

El mundo contemporáneo, casi sin excepción, repudia por bárbara e inútil la odiosa pena de muerte, baldón ignominioso de nuestro siglo (ineficaz euan innoble recurso vengativo, que no justiciero, de la sociedad contra el malhechor, muchas veces triste guñapo del vicio que la misma sociedad fomenta, dañino e inconsciente instrumento del ambiente ineducado), y que a pesar de todo mantiene en vigencia el Código.

Crear un estado de conciencia colectiva adverso a la aplicación de la repugnante condena, impulsar ese estado de opinión hasta borrar del articulado que sanciona las faltas de los hombres ese oprobioso artefacto llamado patíbulo, es labor trascendental y digna. A ello tiende la novela de Higinio Noja Ruíz, abordando un problema original y de honda penetración psicológica, con estilo claro, preciso, ameno, que le consagra como uno de los mejores escritores de vanguardia.

Un volumen de 324 páginas, magníficamente impreso en papel pluma, con portada a tricromía. Precio, 5 pesetas.



EL MÉDICO DEL HOGAR

Por la Dra. Jenny Springer

Obra verdaderamente sensacional, importantísima, indispensable en todos los hogares. Es un libro de consulta y de estudio; el consejero acertado, exacto y desinteresado, el amigo verdadero de la salud. Poseer esta hermosa obra en casa es asegurar su salud, su felicidad, y la de los suyos; es poseer un tesoro científico que le defiende de los posibles errores del profesionalismo médico. Forma un precioso tomo de 942 páginas, con 936 grabados, 56 láminas en colores y 3 suplementos: Enfermedades sexuales (con 3 láminas). Desarrollo del hombre (con 8 láminas), y dos modelos anatómicos desmontables del hombre y de la mujer.—Lujosamente encuadernado.—Precio 40 pesetas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 10 por 100 de descuento.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia
de Medicina de Barcelona
Ex médico de la Cruz Roja

Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón. Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 3 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 91. — Marzo 1931

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.